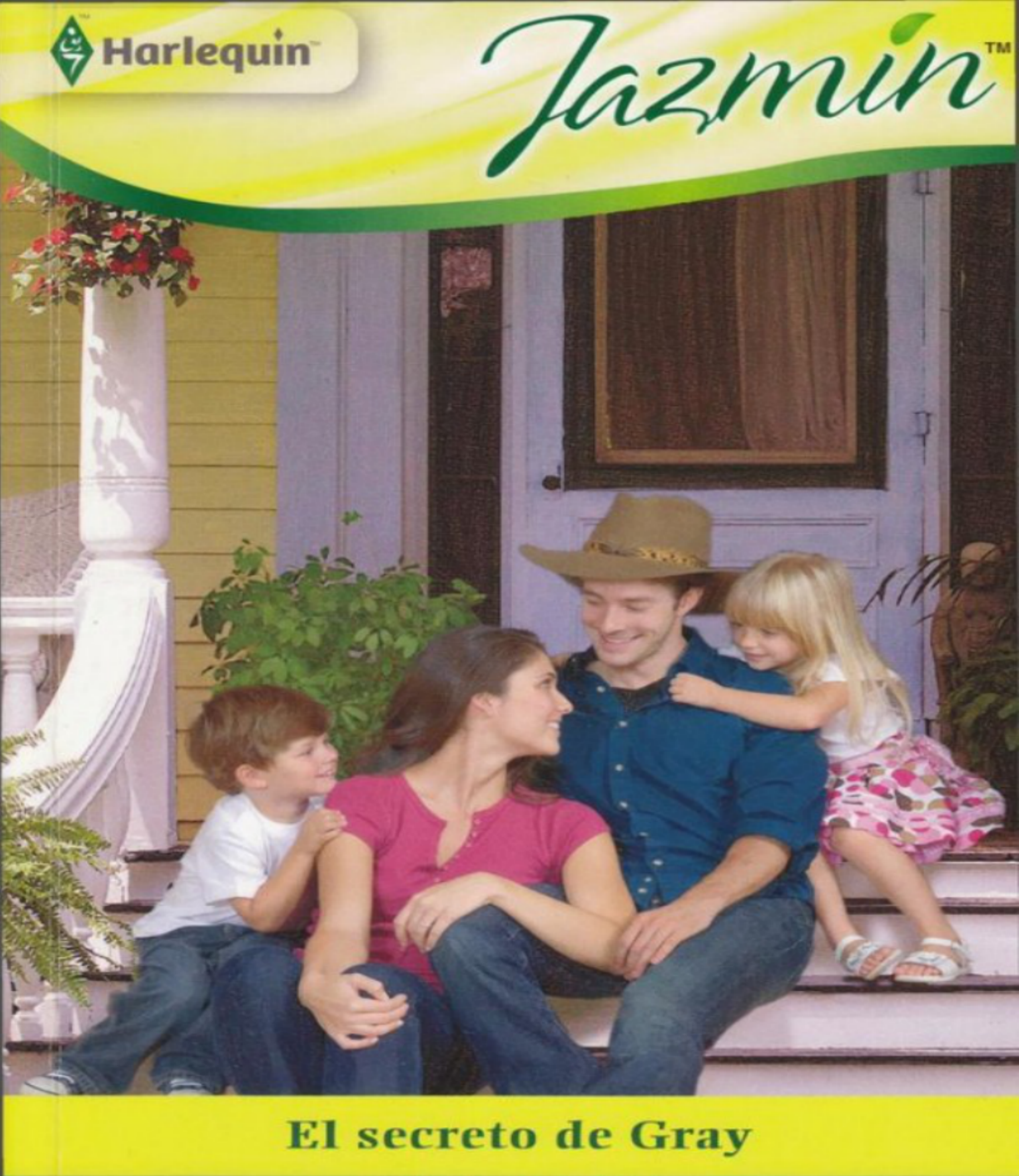

Harlequin
Jazmín
El secreto de Gray
BARBARA HANNAY

Capítulo 1

Se habían dormido. Por fin.

Holly contuvo el aliento mientras cerraba el libro de cuentos y se disponía a salir de la habitación con el máximo sigilo. Aquellos niños podían dormir profundamente a pesar del estruendo del tráfico de Nueva York pero, al mínimo chirrido en el interior del apartamento, se despertaban llenos de pánico.

Para su alivio, ambos pequeños dormían plácidamente en la litera, abrazados a sus peluches preferidos: Anna, un koala; Josh, un canguro.

Holly llegó a la puerta y apagó la luz. Por primera vez, no hubo protestas. Sólo un bendito silencio.

Atravesó el pasillo de puntillas… y el silencio continuó. Con suerte, sería una buena noche, sin pesadillas ni colchones mojados. En el último mes había habido muy pocas noches buenas.

Antes de que pudiera suspirar aliviada, sonó su teléfono móvil.

«¡No!». Con la rapidez del rayo, se metió en su dormitorio y cerró la puerta.

La pantalla indicaba quién le llamaba: Brandon, su novio. «Fabuloso».

—Hola, Brand —susurró.

No llegaba ningún sonido del dormitorio al final del pasillo, así que se sentó aliviada en la cama.

—¿Por qué susurras, Holly?

—Acabo de conseguir que los mellizos se duerman.

Brandon suspiró.

—¿Qué tal han pasado la semana?

—Un poco mejor.

—Eso es genial.

Holly no describiría el leve avance de los niños como «genial», pero no iba a corregirle, con todo lo que la había apoyado durante la repentina y trágica muerte de su prima, Chelsea, y todo lo posterior.

—He oído tu mensaje —comentó él.

Holly se recostó sobre los cojines y alegró su tono de voz.

—¿Qué me dices? ¿Puedes conseguir el fin de semana libre?

Cruzó los dedos mientras esperaba la respuesta. «Ven, Brand, por favor. Te necesito».

La familia de Brandon poseía una granja lechera en Vermont, y su padre no andaba muy bien de salud, así que la responsabilidad de gestionar la granja había recaído enteramente en él.

Holly sabía que esperar que fuera a verla a Nueva York otra vez tan pronto era mucho pedir. El mes pasado, tras la muerte de Chelsea, él se había tomado casi toda la semana libre para estar a su lado y ayudarla con los niños. Algo admirable y que le había sorprendido muy gratamente. Desde que se había marchado de Vermont para estudiar en Nueva York, había asumido que, si quería ver a su novio, debía ser ella quien hiciera el esfuerzo. Holly también había crecido en una granja lechera, así que comprendía lo que exigía. A pesar de todo, sólo había podido ver a Brandon unas cuantas veces durante el año.

Si se encontraban el fin de semana, se aseguraría de que pasaran tiempo a solas. Brandon y ella llevaban siendo pareja desde el instituto, casi seis años. Dentro de poco, acabaría sus estudios, Anna y Josh se irían a Australia con su padre, y ella regresaría a Vermont para asentarse allí con Brandon.

Podía imaginar claramente su vida juntos: él ocupándose de las vacas mientras ella trabajaba en la escuela local, ambos conciliando su trabajo con la vida personal y, en algún momento, con su propia familia, niños rubios como su padre.

Esa imagen le hacía muy feliz. Pensar en su novio siempre le hacía sentirse protegida y en casa. Tal vez ése no era el ideal de muchas chicas, pero ella no buscaba un novio que despertara su pasión. Su prima Chelsea, la madre de los mellizos, había corrido ese riesgo y el resultado había sido un divorcio y el corazón roto.

—No creo que pueda ir este fin de semana —anunció Brandon.

Holly reprimió un suspiro.

—Lo entiendo, cariño, pero…

—¿De verdad lo entiendes? —le cortó él con inesperada impaciencia—. Porque yo sí que no entiendo por qué estás complicando esto, Holly. El padre de los niños por fin va a ir a buscarlos, ¿para qué me necesitas a mí?

—Sería agradable tenerte cerca, sólo eso. Llevo un mes cuidándolos y ahora voy a separarme de ellos.

Contuvo otro suspiro. Los mellizos se encontraban en casa el día que Chelsea había sufrido el infarto, y había sido Josh, con sus seis años, quien valientemente había llamado a la ambulancia. No sólo habían perdido a su madre, además habían sufrido un horrible trauma. Las pesadillas de Anna resultaban aterradoras.

Holly tendría que explicarle todo aquello a su padre, además de las necesidades y costumbres de los pequeños, y sería mucho más fácil si su novio, que le aportaba seguridad, también estaba a su lado. Como un ancla, o una red de seguridad.

—De hecho, no voy a ir este fin de semana.

El repentino nerviosismo de Brandon sacó a Holly de sus

pensamientos. Él nunca se ponía nervioso.

—Tengo que decirte algo… —añadió él, y carraspeó—. No he querido decírtelo antes, por lo de Chelsea y todo eso…

Carraspeó de nuevo.

A Holly se le encogió el corazón. ¿Estaba intentando romper con ella?

Recuerdos de valor incalculable acudieron a su mente: el baile del colegio donde se habían conocido; la mesa de la cocina donde él le ayudaba con los deberes; la textura familiar de sus labios; el relicario con forma de corazón que él le había regalado por San Valentín hacía tres años; la gustosa sensación de hundir la nariz en su cuello cuando él la abrazaba; la seguridad que siempre había sentido a su lado…

Un pánico asfixiante la invadió. No soportaba la idea de perderlo, especialmente después de haber perdido a Chelsea. El temor le hizo un nudo en el estómago.

—Estarás de acuerdo en que lo nuestro no funciona —señaló Brandon.

—¿A qué te refieres?

—Sólo nos vemos unas cuantas veces al año.

—Pero ya casi he terminado mis estudios —le recordó ella, casi como un ruego—. Pronto regresaré a casa y podremos…

—Lo siento, Holly. El asunto es que… he conocido a otra.

Capítulo 2

Cuando el taxi se detuvo delante del bloque de apartamentos de Manhattan, Gray Kidman estaba recordando la primera vez que había subido allí. Entonces era un novio lleno de amor, seguridad y esperanza, que no sabía que más adelante se le rompería el corazón.

Pero ahora sí sabía por qué estaba allí, y conocía los desafíos y la posibilidad de fracasar.

Bajó del taxi y elevó la vista al piso donde le esperaban sus hijos. El corazón se le aceleró. Estaba tan nervioso, que la mano le tembló y no acertaba a llamar al telefonillo.

Los niños contestaron inmediatamente.

—¡Hola, papá!

Cerró los ojos, abrumado por la emoción al oír las voces de sus hijos. Llevaba tres largos meses esperando aquel momento. Primero, la temporada de inundaciones le había impedido salir del rancho, y luego se había roto un tobillo al intentar atravesar la crecida de un río.

—Buenos días, campeones —saludó por el micrófono.

—¡Te abro la puerta! —gritó Anna ilusionada.

—Ya la he abierto yo —anunció Josh dándose importancia, e igualmente emocionado.

Gray sonrió y las puertas se abrieron, dándole acceso al vestíbulo del edificio. Se echó su mochila al hombro y entró cojeando levemente. Llamó al ascensor.

Enseguida vería a sus hijos…

El corazón se le aceleró. Hacerse cargo él solo de Anna y Josh era una ardua tarea, probablemente el desafío más difícil al que se había enfrentado. Quería lo mejor para ellos: un hogar seguro y agradable, una familia amorosa y la mejor educación posible.

Irónicamente, ya tenían todo eso: aquel bloque de apartamentos era seguro y moderno; estaban a cargo de la prima de su exmujer, Holly, una niñera excelente; vivían cerca de sus abuelos; y estudiaban en uno de los mejores colegios del país.

Le había roto el corazón que su esposa se marchara del rancho, llevándose además a los niños, pero se había visto obligado a aceptar que Anna y Josh estaban mejor en Nueva York que en el remoto outback australiano.

Y sin embargo, ahí estaba de nuevo, para llevarse a los mellizos al lugar del cual su madre había huido. No tenía otra opción. Su rancho era su única manera de ganarse la vida.

Temía que no fuera suficiente para ellos.

El ascensor subió a la tercera planta y, cuando se abrieron las puertas, sus hijos estaban esperándolo.

—¡Papá! —exclamó Anna, abalanzándose sobre él.

Gray dejó su mochila en el suelo y la subió en brazos, mientras ella lo abrazaba por el cuello.

—Hola, papá —saludó Josh, mirándolo expectante.

Gray se agachó, sentó a Anna en una rodilla, y abrazó a su hijo. Qué hombrecito tan valiente, que había llamado a la ambulancia al ver desmayarse a su madre.

Qué maravilla estar con ellos… por fin.

Le preocupaba encontrarlos tristes y apagados, pero parecían felices, advirtió aliviado.

—Eso sí que es una bienvenida —dijo alegremente una voz.

Gray elevó la vista y vio a Holly O'Mara, la prima de Chelsea, en la puerta del apartamento. Sonrió emocionado. Se puso en pie, con una mueca de dolor por el tobillo, y alargó la mano.

—Hola, Holly.

—Me alegro de verte, Gray.

No conocía mucho a aquella joven. Cuando habían coincidido en alguna reunión familiar, ella siempre se había mantenido en segundo plano, como si estuviera más a gusto sola, así que nunca se había acercado a charlar con ella. Además, estaba preparándose para convertirse en profesora de Lengua, con lo cual sería igual de culta que su exesposa, es decir, otra mujer que le recordaría sus deficiencias educativas. Pero no podía negar que le debía mucho. Se había ocupado de los niños ella sola durante tres largos y difíciles meses.

Con los mellizos pegados a sus piernas, siguió a Holly al interior del apartamento. Y allí, repentinamente, fue consciente de que nunca volvería a ver a su bella exmujer.

Era una locura sentir eso en aquel momento. Ya había llorado su pérdida tres años atrás, cuando ella le había dejado, y, llegado el momento, había continuado con su vida, encontrando consuelo en un saludable cinismo hacia el matrimonio.

En aquel momento, la sensación de pérdida le abrumó.

«No te derrumbes, no delante de los niños».

—Has hecho un viaje muy largo —oyó que decía Holly amablemente—. ¿Por qué no vas al salón y dejas el equipaje? He preparado café.

Gray agradeció la normalidad y familiaridad de su bienvenida.

—Gracias —dijo—. Gracias por todo, Holly.

Sus miradas se encontraron y se produjo una conexión inesperada. Holly sonreía, pero a Gray le pareció ver lágrimas en sus ojos oscuros, y se le hizo un nudo en la garganta.

—Vamos, niños, enseñadme el camino —gruñó.

Holly se obligó a sonreír hasta que Gray y sus hijos se marcharon por el pasillo. Sin embargo, a solas en la cocina tuvo que contener las lágrimas.

Habían pasado dos meses desde la ruptura con Brandon, pero la llegada, al fin, de Gray lo había revivido todo.

Y por si fuera poco, por encima de ese dolor, se sentía tensa por aquel encuentro.

Estaba muy feliz por Anna y Josh. Comprendía lo mucho que necesitaban a su padre, y era maravilloso verlos tan emocionados. Pero no sabía si soportaría que se marcharan a Australia. Por supuesto, Gray tenía todo el derecho a llevárselos a su casa, y no había duda de que los amaba. Había visto la emoción de su rostro al abrazarlos después de tanto tiempo. Ahí también había estado a punto de echarse a llorar.

Hasta entonces, no había sido consciente de lo frágil que se había vuelto tras la presión emocional de los últimos tres meses.

Los niños y ella habían vivido muchas cosas juntos, y se habían unido increíblemente. Ante la muerte tan repentina de Chelsea, todo su mundo se había tambaleado y, profundizando, había descubierto una sensibilidad y una sabiduría que no sabía que poseía.

Aunque los padres de Chelsea vivían cerca, se habían quedado tan afectados que le habían cedido el cuidado de sus nietos gustosamente, hasta que su padre fuera a buscarlos.

Mirando hacia atrás, Holly no sabía muy bien cómo se las había arreglado. En muy corto espacio de tiempo, había perdido a Chelsea, su prima y mejor amiga, y luego a Brandon. Se habría escondido de todo durante un par de décadas, si no fuera porque las necesidades de Anna y Josh eran aún mayores que las suyas.

Para poder darles el amor y la atención que necesitaban, se había visto obligada a dejar a un lado su corazón roto.

Así que, en cierto modo, los pequeños la habían salvado. Y le resultaba difícil aceptar que su papel en aquel pequeño equipo estaba a punto de terminar. No se imaginaba viviendo sin ellos.

—Mira, papá —dijo Anna, levantándose el labio superior y enseñándole un hueco, orgullosa.

—Qué bien, te falta un diente.

—Lo dejé bajo mi almohada y vino el Ratoncito Pérez —explicó, y miró a su hermano—. A Josh aún no se le ha caído ninguno.

Gray advirtió la mirada avergonzada del pequeño.

—Josh debe de tener los dientes más fuertes —sugirió.

El niño le sonrió agradecido.

—Os he traído un regalo —informó Gray, sacando un pequeño paquete de su bolsa de viaje—. Es un juego para que lo compartáis, cartas con fotos del outback australiano.

Los mellizos tenían tres años cuando se habían marchado de allí, dudaba de que lo recordaran.

Fue colocando las cartas sobre la mesa: brillantes fotos de canguros, árboles de caucho y amplias llanuras rojas bajo un cielo azul intenso.

—¿Aquí es donde vas a llevamos? —preguntó Josh.

Gray asintió.

—¿Tu casa es como ésta? —inquirió Anna con preocupación, señalando la imagen de una casa algo desvencijada con tejado de metal, y sola en mitad del desierto.

—Más o menos —admitió él—. Pero nosotros tenemos más árboles y un jardín más que decente.

Se sentía como un agente inmobiliario intentando vender una propiedad que no lo valía.

—Mi rancho está pintado de blanco, y tiene muchos edificios extra —añadió—: cobertizos para maquinaria, almacenes y casas para los vaqueros.

Debería haber llevado fotos de Jabiru Creek en lugar de aquéllas genéricas.

—¿Podremos montar a caballo? —preguntó Josh.

Su entusiasmo contrastó enormemente con el terror de Anna. A Gray se le encogió el corazón. Su hija era clavada a la madre: igual de delicada, y, en aquel momento, igual de preocupada y triste.

—Tengo un poni muy bueno que puedes aprender a montar —le dijo a Josh, y se giró hacia Anna—. Pero tú no tendrás que hacerlo si no quieres.

Intentó animarla guiñándole un ojo, pero la niña cada vez estaba más preocupada. Maldición, él no tenía ninguna experiencia en tratar con niños, donde la cosa más tonta podía convertirse de pronto en un enorme problema.

Holly, que había entrado con una cafetera y dos tazas, agarró una foto de una poza reflejando el cielo.

—Mira, Anna, ¿a que es precioso?

Por encima de las cabezas de los mellizos, sus expresivos ojos enviaron un silencioso mensaje a Gray: debían cambiar de tema.

—¿En tu rancho tienes lugares tan bonitos como éste? —añadió.

—Por supuesto.

—¿Y puede uno bañarse? —siguió, con afán de animarlo.

«No, a menos que quiera arriesgarse a ser devorado por un cocodrilo».

—Cerca de casa hay una presa donde es posible bañarse —

respondió en su lugar.

«Cuando no hace demasiado calor ni está embarrado».

Acarició el brazo de su hija y le dio un vuelco el corazón. Detestaba la idea de que se ensuciara de barro, o se quemara, o se viera sometida a alguno de los múltiples peligros del difícil entorno que era su hogar. ¿Sería capaz de cuidarla adecuadamente? Intentó decir algo positivo.

—¿Te gustan los cachorros, Anna? Tengo una perrita que, para cuando lleguemos a casa, habrá parido unos tres o cuatro.

Anna abrió mucho los ojos.

—¿Y todos están en la tripa de su mamá? ¿Como hicimos Josh y yo?

Gray se tensó, creyendo que su hija se echaría a llorar al mencionar a su madre. ¿Qué debía hacer y decir?

Holly habló por él.

—Eso es, Anna. Los cachorros están juntos en la tripa de su mamá —contestó con tranquilidad, como si no hubiera sucedido nada extraño o peligroso—. Si hay tres cachorros, serán trillizos. Y cuatro, cuatrillizos.

Para sorpresa de Gray, Anna sonrió, claramente encantada con la respuesta de Holly.

—¿Qué tal si os vais a jugar un rato mientras papá se toma un café? —sugirió Holly—. Llevaos las cartas a vuestra habitación. Os avisaré en cuanto la comida esté preparada.

—¿Papá va a comer con nosotros? —inquirió Josh.

—Por supuesto. Va a quedarse aquí unos cuantos días.

Satisfecho, el chico recogió las cartas y ambos trotaron felices hacia su dormitorio.

Gray miró a Holly con una sonrisa de sorpresa.

—Han hecho justo lo que les has pedido. ¿Siempre son tan obedientes?

Ella rio.

—Ni mucho menos. Aunque van mejorando cada vez más —respondió, y le tendió una taza—. Bébetelo mientras esté caliente.

Gray le dio las gracias y bebió un trago. El café era fuerte y de muy buena calidad.

Observó disimuladamente a Holly. Se habían visto pocas veces, pero aseguraría que ella estaba diferente. ¿Acaso se le había afilado el rostro? ¿Por eso sus ojos parecían más grandes, su boca más carnosa y sus pómulos más marcados? ¿O lo diferente era su expresión?

No sabría decirlo, pero percibía una profundidad en la que no había reparado antes. Los últimos tres meses debían de haber sido muy duros para ella, sin duda había tenido que madurar rápido.

Fuera lo que fuera, le sentaba muy bien. Y era evidente que había

cuidado de maravilla a los mellizos.

—Espero que sepas lo agradecido que te estoy por cuidar de los niños —comentó—. No debió de ser fácil encontrarte con todo esto después de que Chelsea…

Holly asintió.

—Ha habido momentos duros, pero cada día es mejor que el anterior.

Gray se preguntó con cierta ansiedad qué momentos duros habría superado. Se quedó en silencio, sumido en su preocupación, mientras se bebían el café.

—¿Cómo está tu tobillo? —inquirió Holly.

Gray recordó su ira ante las inundaciones, y su frustración tras el accidente.

—Ahora está bien. No te imaginas lo exasperante que ha sido no poder llegar aquí antes.

—Reconozco que tampoco fue fácil intentar convencer a Anna y Josh de que estabas retenido por las inundaciones.

—Lo siento.

—No podías evitarlo —replicó ella—. Y fue buena idea el pedirme que no les dijera nada. Acababan de perder a su madre, se habrían derrumbado al saber que su padre también se encontraba herido.

Gray se inclinó hacia delante, deseoso de hacerle la pregunta que le corroía:

—¿Qué tal crees que les sentará regresar a Australia conmigo?

Esperaba una respuesta tranquilizadora, del tipo: «Bien, ya han pasado lo peor». Para su desgracia, vio que ella clavaba la vista en su taza. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Creí que mi casa, al ser un lugar completamente distinto, los ayudaría a salir adelante. Pero conoces a mis hijos mejor que yo.

Holly sonrió levemente.

—Deseo que lleven bien el cambio, pero no puedo prometer que vaya a ser fácil, Gray. No soy ninguna experta, pero según lo que he leído…

—¿Según lo que has leído? —le interrumpió él, tenso.

Como ranchero, confiaba en las habilidades prácticas, y le costaba aceptar que los libros pudieran enseñar algo.

Holly se ruborizó, pero elevó la barbilla y entrecerró los ojos.

—Nunca había experimentado este dolor, y menos aún ayudado a unos niños tras la muerte de su madre. Así que consulté a un médico, a una psicóloga, y además he investigado por mi cuenta. Después de todo, los libros están escritos por expertos.

Gray notó que le quemaba la nuca. Sin mirar a Holly a los ojos, le preguntó:

—¿Y qué dicen los expertos?

—Según parece, a los niños que han sufrido una pérdida les ayuda tener una rutina, una vida predecible. Así se sienten más seguros.

A él se le encogió el corazón. Una vida segura y predecible era casi impensable en el outback, donde se vivía a merced de los elementos, o de los cambiantes mercados. A diario surgían problemas relativos al aislamiento y las enormes distancias.

Recordó todo lo que su exesposa detestaba de su estilo de vida, y lo que él mismo había vivido en los últimos tres meses: retenido por las inundaciones, a punto de quedarse desabastecido, con un pie roto por la crecida de un río.

Las dudas se apoderaron de él. ¿Cómo iba a apartar a sus hijos de aquel mundo que conocían y adoraban?

Se puso en pie bruscamente y se acercó a la ventana, desde donde se veían las abarrotadas calles y el tráfico. Se cruzó de brazos con la mandíbula apretada.

—Si los expertos de tus libros tienen razón, lo último que mis hijos necesitan es otro gran cambio.

Capítulo 3

Por un instante, Holly se sintió tentada de decirle a Gray que sus hijos estarían mucho mejor si se quedaban allí. Durante los últimos tres meses, siguiendo el consejo de la psicóloga, había llenado la vida diaria de los niños de pequeños rituales para que tuvieran ilusión por el futuro: confeccionaba los menús a partir de sus comidas preferidas, preparaba actividades gustosas para ellos después del colegio, les leía sus cuentos favoritos antes de dormir y los abrazaba a menudo.

Claro que Gray también sería capaz de cubrir las necesidades de sus hijos. No sólo era un hombre orgulloso reclamando sus derechos, además amaba profundamente a sus pequeños. Ella sabía, por los padres de Chelsea, que en los últimos tres años, había viajado de Australia a Estados Unidos varias veces al año, sólo por verlos.

El que ella quisiera que los niños se quedaran en Nueva York era egoísta. Inspiró hondo.

—Anna y Josh quieren estar contigo, Gray. Eres su padre. Te han echado mucho de menos.

El rostro de él se relajó levemente.

—Pero va a ser duro para ellos dejar esto, ¿cierto?

—Deberás estar preparado para algún que otro momento difícil —reconoció ella.

—Tenía la esperanza de que, si me quedaba en Nueva York unos días y les daba la oportunidad de acostumbrarse a mí de nuevo…

—Seguro que eso ayuda. Y, mientras estás aquí, podemos hablarles de lo que se van a encontrar al llegar a Australia.

Gray asintió pensativo y luego sonrió a Holly. Ella apartó la mirada al ver el repentino destello de aquellos ojos azules, y la clavó en la mochila de cuero que reposaba en el suelo, junto al sofá. El tipo de mochila que encajaría en una camioneta polvorienta, pero que en aquel apartamento resultaba totalmente fuera de lugar, casi como un símbolo del error que había sido la boda entre Gray y Chelsea.

Su prima apenas había comentado los problemas que le habían hecho huir de Jabiru Creek a Nueva York. Quedaba claro que había sido una decisión dolorosa, porque no había dejado de amar a Gray, pero amaba aún más su danza. En el outback australiano no había trabajo para una coreógrafa de su calibre y, al final, le había resultado demasiado difícil renunciar a la vida urbana y a su carrera.

—Fue una atracción fatal —le confesó una vez—. Gray y yo éramos lo opuesto en casi todo. Creo que ambos intuimos desde el principio que el matrimonio no funcionaría, pero nuestros

sentimientos eran tan intensos que tuvimos que intentarlo.

En aquel momento, sentada a escasos metros de Gray Kidman, Holly comprendió que su prima se arriesgara. Él seguía siendo muy atractivo, con una presencia profundamente masculina.

Se obligó a ponerse en pie. Necesitaba poner distancia entre ambos.

—Si has terminado el café, te mostraré tu habitación y podrás dejar tus cosas —anunció, y atravesó la habitación.

—Holly, antes de que te vayas…

Ella se giró lentamente y vio la sonrisa tímida de él.

—Seguramente estoy pasado de moda. Sé que eres una mujer moderna y urbana, pero prefiero asegurarme de que no te supone un problema que me quede en tu apartamento.

—Por supuesto que no hay problema —respondió ella, intentando sonar desenfadada.

—¿Y tu novio? ¿A él también le parece bien?

Holly sintió una puñalada en el corazón, igual que le ocurría siempre que alguien mencionaba a Brandon. Después de dos meses, el *shock* seguía vigente, sobre todo tras el doloroso descubrimiento de que Brandon había estado saliendo seis meses con Maria Swain, antes de reunir el valor de contárselo.

Logró articular una sonrisa despreocupada.

—Tampoco hay problema por eso. Ahora no tengo novio —dijo, y se apresuró hacia la habitación de invitados para no ver su reacción—. Es importante que te quedes aquí, Gray, necesitas aprovechar al máximo tu tiempo con los niños antes de que os marchéis.

—Te lo agradezco —respondió él, siguiéndola por el pasillo.

—No es gran cosa, pero sí mejor que nada —afirmó ella al llegar a la habitación de invitados.

—Es fabulosa —alabó Gray, dejando su mochila a los pies de la cama—. ¿Y tú, Holly?

—¿Yo? Mi… dormitorio está… al final del pasillo.

Gray pareció avergonzado y se frotó la mandíbula.

—No me refería a dónde estaba tu dormitorio, sino a cuáles van a ser tus planes cuando ya no tengas que ocuparte de los niños.

Holly tragó saliva. Hablar de dormitorios con aquel hombre tan atractivo le había confundido las ideas.

—Acabo de terminar mis exámenes de fin de carrera, así que he empezado a buscar empleo. ¿Quién sabe dónde terminaré?

«Con suerte, en cualquier lugar excepto Vermont».

—Ahora mismo, lo que voy a hacer es preparar la comida.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias, sólo es una ensalada de pollo. Ve a jugar un rato con los niños.

Gray sugirió a los niños que pasearan por Central Park después de comer. Se sentía más cómodo en espacios abiertos, con césped, árboles y el cielo encima de ellos, en lugar de cemento, tiendas y multitudes con prisas.

Holly los acompañó.

En principio, Gray no la había invitado. Había supuesto que desearía disponer de esas horas de libertad para pintarse las uñas, ir de compras o lo que las mujeres de ciudad hicieran cuando tenían tiempo para ellas.

Pero cuando estaban a punto de salir del apartamento, Holly le había entregado un folleto.

—Aquí viene todo lo que hay en Central Park.

—No lo necesitamos —había dicho él al instante—. Ya nos apañaremos, ¿verdad, niños?

Aunque conocía muy poco de Central Park, sabía encontrar el zoo y el tiovivo, y Anna y Josh nunca se habían quejado.

—Pero aquí vienen todas las actividades para los más pequeños —insistió ella sorprendida—. Y hay un teatro de marionetas.

—¡Marionetas! —exclamaron al unísono los mellizos—. ¡Queremos verlas, por favor, papá!

A Gray le invadió el pánico. Las palabras del folleto bailaban ante sus ojos, y los sentimientos de frustración e insuficiencia, contra los que llevaba toda la vida peleando, resurgieron.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —le pidió entonces—. Y trae tu folleto.

Ella se ruborizó, lo que resaltó aún más sus ojos y su cabello oscuros. Tal vez era más tímida de lo que él había creído.

—Sí, Holly, ven con nosotros —rogó Anna, agarrándola de la mano—. ¡Por favor!

—Pero es vuestro momento para estar con vuestro padre —dudó ella, aunque no necesitó mucho para acceder—. ¿Queréis que compruebe si quedan entradas para las marionetas?

Llamó y tuvieron suerte, quedaban cuatro entradas para la función de la tarde.

Cuando salieron hacia el parque, Gray advirtió que la timidez de Holly se evaporaba rápidamente. Pronto le quedó claro que a ella le encantaba pasar tiempo al aire libre con los niños. Rio mucho, con los ojos brillantes, y estaba perfecta con sus pantalones vaqueros ajustados, su sencilla camiseta gris, el cabello recogido en una coleta y el rostro sin maquillaje.

De pronto, le inquietó darse cuenta de que sus hijos iban a echar mucho de menos a Holly cuando llegara el momento de separarse. A

su lado se los veía relajados y cariñosos. Josh era feliz de su mano cuando cruzaban la calle, y Anna celebraba con ella sus rápidas bajadas por el tobogán con una naturalidad que denotaba costumbre.

El folleto de Holly demostró ser un fabuloso hallazgo. Después de que los niños se subieran a todos los columpios, recorrieran el zoo, jugaran al disco volador y comieran un helado, todos se dirigieron al teatro de marionetas, en una antigua cabaña sueca.

La función fue muy divertida, y requirió la ayuda de los niños para aconsejar y advertir del peligro, ¡casi levantaron el techo de tanto gritar! Nada que ver con los ballets a los que Chelsea le había arrastrado, pensó Gray.

Hubo un momento en que se giró y vio a Holly mirándolo divertida. ¡Él había soltado una carcajada! Ya ni recordaba la última vez que se había reído así.

Salieron del teatro a media tarde, y los niños los precedieron con amplias sonrisas, imitando al Lobo Malo y jugando al escondite entre los árboles. Gray también estaba totalmente relajado, descubrió con sorpresa. Hasta entonces, no había sido consciente de su tensión desde que le anunciaran la muerte de Chelsea.

—No tienes por qué cocinar de nuevo esta noche —le dijo a Holly —. ¿Y si cenamos fuera? Invito yo.

Ella rio.

—Iba a sugerirte eso mismo. Tenemos la tradición de cenar en nuestra cafetería preferida los sábados por la noche.

Él temía que Anna y Josh echaran de menos sus hábitos. ¿Querrían crear nuevos con él? No podía llevarlos a cenar fuera, la cafetería más cercana a Jabiru Creek se hallaba a cientos de kilómetros. ¿Una hoguera junto al río valdría?

Al entrar en la cafetería, los envolvió el sonido de risas y animada conversación, y el aroma a beicon y café. Los camareros saludaron afectuosamente a Holly y a los niños.

—Éste es mi padre, es de Australia —presentó Josh lleno de orgullo.

Se sentaron a una mesa, Gray y Anna en un lado, y Holly y Josh en el otro. La camarera les entregó los menús.

—Tomaré una hamburguesa —anunció Gray, sin mirarlo siquiera.

—¿Cuál? Tienes seis para elegir —preguntó Holly, algo sorprendida.

Él se encogió de hombros y sonrió con despreocupación.

—La que sea más grande.

—Entonces, la Mighty Mo —apuntó la camarera con una sonrisa.

—Gracias, suena estupendo —dijo Gray y se giró hacia su hija—.

¿Y tú, princesa, qué quieres comer?

La observó estudiar el menú, siguiendo la lista con un dedo.

—Un sándwich de queso gratinado —decidió.

—Yo quiero un perrito caliente —dijo Josh.

—«Por favor, papá» —le recordó Holly.

—Por favor, papá —repitió el niño sonriente.

—Sois unos lectores excelentes —alabó Gray.

Vio que le sonreían sin darle importancia.

—¿Y tú, Holly, qué vas a tomar? Déjame adivinarlo: ¿una ensalada griega?

Eso era lo que Chelsea pedía siempre y, a juzgar por lo delgada que estaba su prima, debía de cuidar igualmente su dieta.

—De hecho, preferiría unos nachos con queso, guacamole y crema amarga —contestó ella con una sonrisa.

Horas después, cerca de la medianoche, Holly se despertó al oír un grito de terror. Se levantó con el corazón desbocado: Anna estaba teniendo otra pesadilla.

Se apresuró a su dormitorio sin encender la luz, conocía el camino de sobra. Pero esa noche, en mitad el pasillo, se dio de bruces con algo sólido: un hombre de metro ochenta de estatura, con el torso desnudo, y hombros anchos y musculosos. Y que sólo llevaba puestos unos pantalones cortos. Holly se sonrojó.

—¿Qué le ocurre a Anna? —inquirió él, camino de la habitación de los mellizos.

—Es una de sus pesadillas.

Conforme le seguía, Holly se reprendió mentalmente. De acuerdo, encontrarse a aquel hombre medio desnudo volvería loca a cualquier mujer, pero ¿dónde estaban sus prioridades? ¿Y la pobre Anna?

En el dormitorio, encendió una lamparita que bañó todo en luz rosada. Anna estaba hecha un ovillo en mitad de su cama, llorando y gritando: «¡Mamá! ¡Mamá!».

Gray no sabía qué hacer, pero Holly estaba tristemente acostumbrada a esa escena. Se arrodilló junto a la cama y abrazó a la pequeña.

—Ya, cariño. No pasa nada. Puedes despertarte, estás bien.

El colchón se hundió bajo un peso extra: Gray se había sentado al otro lado de la cama, con cara de preocupación. Acarició suavemente a su hija en la mejilla.

—Anna, mi pequeña —susurró.

—¡Papá!

La pequeña se soltó del abrazo de Holly y se fundió con su padre. A los pocos minutos, dejó de llorar y temblar.

Holly no podía culparla. ¿Qué niña no querría que la rodearan aquellos brazos fuertes y masculinos? Al mismo tiempo, no pudo evitar sentirse rechazada. Tras semanas de atender a la pequeña en sus crisis nocturnas, de pronto ya no era necesaria.

Miró a la cama de Josh. Al principio, era el primero en levantarse e intentar tranquilizar a su hermana. Últimamente, se quedaba tumbado, sabedor de que Holly acudiría y, pasados unos instantes, la tormenta se calmaría.

—Buenas noches, campeón —le susurró Holly.

—Buenas noches —respondió el niño, y bostezó.

—Vuelve a dormirte —dijo ella y lo besó en la mejilla.

Era un niño estupendo. Lo adoraba. Los adoraba a ambos.

Al girarse para ver cómo seguía Anna, se encontró con la mirada ardiente de Gray, y sólo entonces recordó que no era el único adulto semidesnudo en la habitación. A ella, el camisón le cubría poco más que una camiseta larga.

Intentó hacer caso omiso de la intimidad de aquella situación, pero tras la velada en el parque y la posterior cena, sus lazos se habían estrechado. Parecía casi como si fueran una pequeña familia.

«¡Por todos los… ¿Qué estoy pensando?».

¿Cómo podía traicionar a Chelsea con pensamientos así? Pronto estaría despidiéndose de aquel padre y sus hijos. Y en otoño, se embarcaría en una emocionante aventura nueva, su carrera.

—Creo que Anna estará bien —dijo suavemente, decidida a ser juiciosa—. Tal vez quiera un poco de agua.

Le tendió a Gray el vaso que había en la mesilla y observó a Anna mientras daba unos sorbos.

—Dejaremos la lámpara encendida cinco minutos más —anunció.

—¿De acuerdo, princesa? —comentó Gray, dejándola de nuevo en la cama.

—Buenas noches —se despidió Holly, arropándola con las sábanas.

La pequeña pareció tranquila de nuevo, con sus rizos rubios brillando mientras se abrazaba a su koala de peluche.

Gray la besó, y a Josh le dio un suave toque en el hombro.

—Buenas noches, papá.

De vuelta en el pasillo, Gray dejó escapar un suspiro.

—Cielo santo, qué susto —murmuró—. Prefiero oír el gruñido de un cocodrilo junto a mi tobillo que a mi hija gritar.

—Los gritos de Anna le encogen a uno el corazón —secundó Holly.

—¿Esto ocurre a menudo, desde que Chelsea…?

Holly asintió.

—Al principio era peor, pero la cosa va mejorando. Es la primera pesadilla en bastante tiempo.

—Tal vez hoy ha tenido demasiadas emociones fuertes.

—Puede ser.

Gray suspiró pesadamente.

—Ahora no podré volver a dormirme —comentó, peinándose el cabello con una mano temblorosa—. Son las dos de la tarde en Australia. ¿Sería mucha molestia si me preparo un té? ¿Quieres tú uno?

—Ningún problema, pero me temo que sólo tengo té verde o manzanilla.

—Entonces, ¿qué tal algo de vino? Compré un par de botellas de tinto australiano en el aeropuerto.

Debería marcharse directa a su habitación, pensó ella, en lugar de tomarse una copa de vino en mitad de la noche, vestida sólo con su camisón, con el apuesto padre de sus adorados sobrinos…

—Tomaré una copa. Sólo voy a… por algo de abrigo.

«De acuerdo, soy una tonta, pero tengo una buena excusa», se consoló mientras salía corriendo. Gray necesitaba hablar de sus hijos, sobre todo después del susto con Anna.

Cuando entró en la cocina, tapada con una bata de seda que le cubría hasta las rodillas, Gray se había puesto unos vaqueros y una camiseta, afortunadamente, y estaba descorchando una botella.

Capítulo 4

Gray agradeció enormemente que Holly quisiera tomarse algo con él a medianoche. Aunque Anna se había tranquilizado rápidamente en sus brazos, sus gritos lo habían conmocionado. Más que nunca, era consciente de su falta de habilidades al respecto. Desconocía tanto de sus hijos… Y no sería capaz de leer libros de expertos psicólogos cuando, dentro de poco, se hiciera cargo él solo de Anna y Josh.

De pronto, la ilusión de tenerlos de nuevo en su vida se empañó con terror. Le acosaron todos sus fracasos, esos problemas que acarreaba desde su infancia y que le habían costado el matrimonio.

¿Cómo iba a ser un modelo para Anna y Josh? Había decepcionado a sus padres y a su esposa. ¿Decepcionaría también a sus hijos? Las preguntas le agobiaban, conforme Holly y él se sentaron en unos sofás con vistas a la ciudad. Encendieron una luz tenue, y dejaron las cortinas abiertas para contemplar los rascacielos salpicados de luces. De la calle llegaba el rumor del tráfico. Nueva York, la ciudad que nunca dormía. ¿Cómo iba a hacerlo con aquel ruido constante?, pensó Gray con ironía.

Holly se sentó con los pies recogidos bajo ella, de lado, y la copa de vino en sus delgadas manos.

—Es un Margaret River, debería ser bueno —comentó Gray—. Salud.

—Salud —contestó ella con una leve sonrisa, elevando su copa.

Lo probaron y sonrieron satisfechos. Era un vino extraordinario.

Comenzaron hablando de cosas prácticas, como la ropa que necesitarían los niños al llegar a Australia, y la que podía enviarse por correo. También tenían que decidir sobre los juguetes: los favoritos se los quedarían y otros los regalarían a organizaciones sociales.

—¿Qué tal llevarán el dejar atrás a sus amigos? —preguntó Gray.

—No creo que eso sea un problema. Cuando eres un niño, los amigos entran y salen de tu vida —respondió Holly, y sonrió—. No te preocupes tanto, Gray. Josh está como loco por llegar a tu rancho.

Sintiéndose un poco más seguro, él formuló lo que más le preocupaba.

—En cuanto a las pesadillas de Anna… ¿sabes a qué se deben? ¿Podría ser porque se encontraba con Chelsea cuando… el aneurisma?

—Es muy posible —contestó Holly, clavando la vista en su copa—. Chelsea estaba preparándole un sándwich cuando se desmayó.

Era demasiado terrible hasta imaginarlo. Qué impotente y aterrada debía de haberse sentido Anna. Y seguramente, también culpable.

Gray suspiró pesadamente.

—¿Josh también tiene pesadillas?

Holly negó con la cabeza.

—Creo que Josh es más fuerte que Anna. Él telefoneó a la ambulancia, hizo todo lo que pudo. Seguro que eso le ha ayudado a superarlo, aunque sea a nivel subconsciente.

Gray se sintió orgulloso de su hijo.

—Aún necesito aprender tanto… ¿Hay algo más que deba tener en cuenta?

Holly frunció el ceño y tomó otro sorbo de vino antes de contestar.

—Me gustaría que Josh mostrara más su dolor. Lo ha estado almacenando, y estoy segura de que llorar le haría bien.

—Probablemente crea que llorar es de chicas.

—Es posible. Mis hermanos así lo creían —dijo Holly y suspiró—. Seguramente necesita que se le anime a hablar de ello.

Gray hizo una mueca. Hablar de sentimientos no era su terreno. Toda su vida, había sido un hombre de acción, no de palabras.

Viendo su reacción, Holly cambió de tema.

—Dirigir el rancho debe de tenerte muy ocupado. Supongo que has contratado a una niñera para que te ayude con los niños.

Gray inspiró hondo.

—Hasta ahora, he organizado un equipo para que se ocupe de reunir al ganado, lo cual me ha liberado bastante. Mi plan era esperar hasta ver cómo eran Anna y Josh. Había pensado ayudarlos a que se habituaran al cambio primero, y luego buscar a alguien. No tendría sentido contratar a una niñera que no les gustara —añadió, dejando su copa vacía en la mesa.

—Cierto, tendría que ser alguien apropiado —dijo ella, apartando la mirada.

Gray creyó ver lágrimas en sus ojos, y se le hizo un nudo en la garganta. Había creído que ella estaría deseando verse libre de los niños, pero parecía que le apenaba separarse de ellos.

—¿Anna y Josh podrán decidir cuando elijas a su nueva niñera? —inquirió ella, de pronto.

—Serán consultados. ¿Alguna recomendación por tu parte? —respondió él, queriendo ser diplomático.

—Antes debo reflexionar sobre el asunto —dijo ella, bajando las piernas al suelo.

Gray no pudo evitar contemplar aquellas piernas largas, torneadas y con las uñas pintadas de un rojo muy sexy. Con la bata de seda verde y el cabello oscuro, Holly resultaba una imagen encantadora, como un cuadro. Chica a medianoche.

Gray pensó en lo perfecto que sería, para los niños, por supuesto, que ella continuara siendo su niñera. Los comprendía a la perfección,

y ellos la adoraban. Además, poseía grandes dotes didácticas. Con su ayuda, la transición a Australia apenas sería traumática.

Aunque eso no sucedería nunca, claro. Ella estaba a punto de empezar su nueva carrera profesional allí. ¿Por qué iba a renunciar a todo eso y marcharse al outback?

Era una chica urbana, prima de su exmujer, igual de cultivada que ella. Si detestara el rancho igual que Chelsea, podría influir en los niños.

Vio que se ponía en pie.

—Gracias por el vino —dijo.

—¿Otra copa?

Ella negó con la cabeza.

—Necesito irme a dormir. Mañana nos espera un nuevo día —respondió, tensa.

Y, sin decir nada más, dejó la copa en la cocina y se marchó a toda prisa.

Estaba molesta. ¿Habría intuido lo que él había pensado?, se preguntó Gray.

Una vez en la cama, no lograba conciliar el sueño. Su mente no se lo permitía, repasando lo sucedido durante el día, y también los tremendos altibajos de su romance con Chelsea. Había conocido a la madre de sus hijos cuando ella se encontraba en el norte de Queensland, de gira con una compañía de danza estadounidense. Y había cometido tantos errores con ella…

Nunca había conocido a una mujer tan delicada ni tan hermosa. Había sido amor a primera vista, apasionado y obsesionado.

Con la imprudencia de la juventud, la había seguido de regreso a Nueva York, y la había cortejado con la pasión y determinación de cualquier joven desesperadamente enamorado. Tras un compromiso precipitado, una boda en Central Park y una luna de miel maravillosa en París… habían regresado a Jabiru Creek. Al outback australiano.

Antes del primer mes, Chelsea había sido consciente del error que había cometido. Amaba a Gray, de eso nunca hubo duda, pero en el outback se había marchitado como una flor sin agua.

A Gray se le puso un nudo en la garganta al recordar su rostro lleno de lágrimas mientras le hablaba:

—Hemos cometido un error, Gray. ¿No crees que deberíamos separarnos ahora, antes de que esto se complique? Eres un buen hombre. Y yo debería haber sido más sincera. No quería hacerte daño.

Por supuesto, él debería haber renunciado entonces.

Pasado el tiempo, era fácil ver lo ciego que había estado para besarle las lágrimas, y rogarle que se quedara y le diera otra oportunidad.

Unas pocas semanas después, ella había descubierto que estaba

embarazada, así que se había quedado con él…

* * *

—Despiértale tú.
—No, tú.
Risas infantiles invadieron el sueño de Gray. Maldición, ¿ya era de día?
Había tardado mucho en dormirse, y estaba completamente agotado. Tal vez, si no se movía, sus hijos se marcharían y lo dejarían dormir.
Ni por asomo. Pequeñas manitas estaban moviéndolo.
—¡Papá!
Él gruñó a modo de protesta.
—¡Papi! —gritó Anna, llena de pánico.
Gray abrió los ojos al instante, y los entrecerró ante la luminosidad de la habitación.
—Buenos días —murmuró—. ¿Qué hora es?
—Muy tarde —le informó Josh—. Hemos desayunado hace siglos.
Gray se incorporó sobre un codo, bostezó y se frotó los ojos con las manos.
—¿Estás bien, papi? —preguntó Anna preocupada.
—Sí, cariño, sólo un poco dormido. Mi cuerpo cree que aún está en Australia.
Se sentó en la cama y se apoyó con los codos en las rodillas. El *jet lag* era espantoso.
—Holly ha dicho que te avisáramos de que ha hecho café —anunció Josh.
Bendita Holly. Un café era justamente lo que necesitaba. Después de una buena ducha.
—¿Y vosotros dos, qué habéis planeado para hoy? —preguntó, alborotándoles el cabello.
—¡Hacer las maletas! —exclamaron a coro.
¿Cómo podían estar tan contentos?
—¿Hacer las maletas os parece divertido?
—Holly nos ha enseñado un juego nuevo: estamos guardando todos nuestros juguetes en una caja que es un cohete mágico y que va a llegar a Australia volando.
Holly sí que sabía tratar a los niños. Qué pena que no pudiera acompañarlos.
Mientras se duchaba, se recordó que no debía presionarla a que los ayudara. Ella ya se había desvivido por los mellizos, cuando tenía su propia vida de la que ocuparse. Como era comprensiva y generosa,

nunca reconocería que estaba deseando liberarse de su compromiso con los pequeños para comenzar su carrera, volver a salir y encontrarse un novio.

Apelar al cariño que sentía por los mellizos sería chantaje emocional. Ojalá él confiara más en su habilidad para criar a sus hijos.

Su formación era lo que más le preocupaba. Por diferentes razones, sus padres habían descuidado su educación formal. Aún recordaba con amargura las peleas entre sus padres. Su escolarización había terminado nada más empezar, al tiempo del divorcio de sus padres. Sólo años después, siendo ya adulto, había comprendido su desventaja. Para entonces, se había creado una dura capa y había logrado superar casi todos los desafíos, sin darse cuenta de que sus fracasos volverían para minarlo, y fallaría a su esposa. Si no tenía cuidado, tal vez fallara también a sus hijos.

No. No permitiría que Anna y Josh crecieran con las mismas limitaciones que él. Pero, si quería darles las mejores oportunidades, necesitaba ayuda. Necesitaba a alguien como Holly.

Ojalá ella estuviera libre…

«Ha estado bien», pensó Holly al final de todo el día preparando las maletas. Gracias a la participación de Gray, apenas había sido un proceso doloroso. Su sentido del humor, algo que ella desconocía hasta entonces, había salvado algunos momentos peliagudos a la hora de desprenderse de ciertos juguetes.

Y luego, le había sorprendido aún más ofreciéndose a preparar la cena.

—Tú has trabajado muy duro hoy —había comentado él, con una sonrisa tímida de lo más sexy—. ¿Te gustan los espaguetis a la boloñesa? Me temo que mi habilidad en la cocina es algo limitada.

Holly le aseguró que le encantaban los espaguetis a la boloñesa. Cualquier cosa le parecía bien cuando él le sonreía así. Aunque ella no quería que le afectaran esas sonrisas, ¿cierto? Tan sólo le agradecía el té *chai latte* que le había subido de la tienda a dos manzanas, y la oportunidad de darse un buen baño caliente antes de disfrutar de una cena no preparada por ella.

Anna y Josh se pasaron toda la cena hablando de Australia. Se emocionaron al saber que el rancho de Gray tenía su propia pista de aterrizaje, y que el correo y los suministros llegaban por avión.

—Volaremos a Normanton, y desde ahí iremos en coche a Jabiru Creek —explicó Gray.

Holly se imaginó a Gray y los niños en un gran todoterreno, atravesando largas llanuras rojas hacia un lejano rancho, y le invadió una ola de soledad.

¿Qué le ocurría? Sabía desde el principio que aquello sucedería. Pero no podía evitar sentirse fatal. Todas las personas importantes de su vida le estaban siendo arrebatadas: Chelsea, Brandon… y pronto Anna y Josh.

«Comenzaré de nuevo, y me construiré una vida alrededor de mi nuevo empleo», se dijo. Aunque, en aquel momento, la idea no logró hacerla feliz.

De pronto, oyó que Josh le preguntaba a su padre por su nuevo colegio. Para su sorpresa, vio que Gray se sonrojaba y carraspeaba.

—El colegio en el outback es algo diferente a lo que estáis acostumbrados. Se llama Colegio del Aire.

Esa vez fue Holly quien intervino, tremendamente interesada.

—¿Y cómo funciona?

—Es como una clase normal, pero por radio. Los niños viven en ranchos repartidos por todo el outback, y cada rancho tiene un receptor-transmisor de radio. Así, el profesor puede hablar con todos sus alumnos y ellos con él, y entre ellos —explicó Gray—. Parece que funciona muy bien.

—¿Clase por radio? ¡Genial! —comentó Josh, visiblemente emocionado.

—Sí, suena estupendo —coincidió Holly.

Para su sorpresa, sentía celos de la niñera que cuidaría de Anna y Josh en su adaptación a ese sistema de enseñanza tan poco ortodoxo.

Sonrió a los niños.

—¡Qué suerte tenéis!

Anna, sin embargo, no parecía muy convencida. Se giró hacia Holly.

—¿Seguirás siendo nuestra niñera?

Ella contuvo el aliento. Temía no poder ocultar sus sentimientos si contestaba. Para su alivio, fue Gray quien respondió.

—Holly no puede venir a Australia, Anna. Ya lo sabes. Pero encontraremos una buena niñera australiana.

Anna se entristeció.

—Yo quiero a Holly. Y me gusta mi colegio de aquí. ¿Por qué tienes que vivir en Australia? ¿No puedes vivir en Nueva York?

Holly advirtió que a Gray se le ensombrecía la mirada y le temblaba la sonrisa. Era evidente que le preocupaba la reacción de su hija. Aunque había decidido mantenerse fuera de la conversación, salió en su ayuda.

—¿Cómo iba a vivir vuestro padre en este apartamento? —preguntó, con una sonrisa—. ¿Qué haría con todo su ganado?

Anna se encogió de hombros.
—¿Guardarlo?
—Como si fuera posible —gruñó Josh, poniendo los ojos en blanco.
Se produjo un incómodo silencio. Gray seguía preocupado y Anna estaba a punto de echarse a llorar. Al verla, aumentó el nerviosismo de Josh.
—Va a ser genial vivir con papá —le aseguró a su hermana suavemente.
—No, si Holly no viene con nosotros —señaló la niña, y rompió a llorar.
Holly vio tensarse a Gray, al tiempo que sintió arder sus mejillas. Se puso en el regazo a la pequeña.
—Cariño, ¿cómo lloras en medio de esta encantadora cena que tu padre ha preparado?
La pequeña la abrazó fuertemente, llorando desconsolada.
—¿Por qué no puedes venir con nosotros?
Fue un momento muy difícil. Aquella reacción de Anna sólo aumentaría la falta de confianza de Gray en su capacidad para cuidar a su frágil hija.
Holly sentía además una tensión diferente: Anna había expresado la misma pregunta que ella llevaba haciéndose todo el día.
El curso escolar en Estados Unidos no empezaba hasta el otoño, con lo cual podía pasar junio y julio en Australia, ayudando a los mellizos a adaptarse a su nueva vida, y regresar a tiempo para empezar su nuevo empleo.
Además, después de haber oído nombrar el Colegio del Aire, le atraía mucho la idea.
Claro que no todo sería sencillo. Después de los últimos meses, le hubieran gustado unas vacaciones de verdad, porque yéndose a Australia tendría pocas oportunidades de descansar.
Por otro lado, no tenía ningún plan para las próximas semanas, y no le apetecía regresar a Vermont, donde se pasaría todo el tiempo, bien evitando a Brandon, bien soportando la compasión de familia y amigos.
El único factor negativo era la atracción que sentía hacia Gray, pero seguro que pronto dominaría esa tontería. No había peligro en que se enamorara de él, ya que aún le duraba el dolor de haber sido plantada por Brandon. Iba a ser muy cautelosa en lo relativo a los hombres, especialmente los atractivos.
—¿Qué tal si acuestas a los niños y les lees un par de cuentos? —propuso Holly a Gray al terminar la cena.
—¿Ellos no esperan que lo hagas tú? —inquirió él, claramente nervioso.
Holly lo miró desconcertada, parecía que le hubiera encargado una

horrible tarea. A lo mejor el llanto de Anna durante la cena le había afectado más de lo que aparentaba. Intentó que se sintiera más seguro.

—A Anna y Josh les encantaría que fueras tú quien les leyera esta noche —aseguró—. Necesitan acostumbrarse a pequeños cambios, y éste sería un buen primer paso. Sus libros preferidos están apilados en la mesilla.

Gray tragó saliva, incómodo.

—De acuerdo.

Holly le observó salir de la cocina con cierta reticencia. ¿Le ponía nervioso estar a solas con sus hijos? ¿Temía que Anna llorara de nuevo? ¿Debería haberse ofrecido a acompañarlo?

Estuvo a punto de gritar que la esperara, pero algo en su forma de cuadrar los hombros y su paso firme, la detuvieron de hacerlo. Parecía un soldado marchando a la guerra.

Al final, todo fue bien. Mientras ella recogía la cocina, oyó el grave murmullo de la voz de Gray y las risas de los mellizos. Estaban pasando un buen rato.

Al terminar, Holly fue al salón e intentó relajarse, acurrucada en el sofá con una novela. En cuanto Gray terminara de leerles el cuento, hablaría con él de Australia. Le sorprendía lo mucho que le ilusionaba la idea de ir para allá.

Pasado un largo rato, él apareció. Sonreía, y sus ojos reflejaban alivio y una felicidad nueva.

—Diría que ha ido bien —lo recibió Holly.

Él se detuvo en mitad de la habitación, con las manos en las caderas, y sonrió.

—Sí. Creo que he pasado mi primera prueba como padre soltero.

—Eso es fantástico. Supongo que Josh te convenció para que les leyeras el cuento de piratas.

—De hecho, les he contado un cuento nuevo. Uno que me he inventado, sobre el búho Hector y el ratón Timothy —explicó, y la miró de reojo—. Tus expertos no se opondrían, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Sólo estoy maravillada. Me encantan los cuentos, pero, aunque me pagaras millones, no podría improvisar uno. Parece que a Anna y Josh les ha encantado el tuyo.

Gray se encogió de hombros y cambió de tema.

—¿Te apetece otra copa del vino que abrimos anoche?

—¿Por qué no?

El vino seguramente le aplacaría los nervios, pensó.

Mientras él iba a por el vino y las copas, Holly dejó el libro y, poniéndose en pie, se miró en el espejo de la pared. Qué tonta. A Gray no le importaba si estaba bien peinada, cómo le sentaban los vaqueros ni la caída de su blusa. Pero la conversación que iba a iniciar era casi una entrevista de trabajo. Comprobar su aspecto fue un acto reflejo.

—Estás muy guapa —alabó Gray, regresando antes de lo que ella esperaba.

Holly se ruborizó y se sentó enseguida, deseando que se le ocurriera una respuesta ingeniosa.

—En serio, ese nuevo peinado te favorece —añadió él, tendiéndole una copa del tinto australiano.

Holly había pasado por la peluquería como parte de su plan de recuperación después de Brandon, y le maravilló que Gray se hubiera dado cuenta.

—Gracias —dijo, elevando su copa—. Porque los mellizos se adapten felices a Australia. Que todo vaya sobre ruedas.

—Brindo por eso —secundó él, y se sentó en una silla, estiró las piernas y cruzó los tobillos.

Holly intentó no mirarlo, pero era tan atractivo… Sus vaqueros, desgastados, le abrazaban los poderosos muslos. Sus botas de cuero, hechas a mano, estaban usadas pero impecables. La luz de la lámpara hacía brillar su cabello y acentuaba los marcados rasgos de su rostro.

Tal vez no debería proponer lo de Australia. No quería pasarse los dos meses siguientes observando de reojo al exmarido de Chelsea, sólo porque no tenía novio. Se suponía que iba a continuar con su emocionante vida de soltera, y a hacer planes para su brillante carrera profesional.

Dio un sorbo a su copa, preparándose para abordar la charla, y se le escaparon las palabras.

—He estado pensando que vas a necesitar ayuda con los niños nada más llegar a Australia.

Gray asintió suavemente.

—He pensado lo mismo. Tal vez debería llamar a la agencia de empleo antes de llegar.

A Holly le invadió una emoción tan intensa, que se asustó.

—Yo no tengo nada que hacer.

¿Cómo podía ser que lo que había repetido miles de veces en su cabeza sonara bien, y al decirlo en voz alta pareciera una estupidez? Tampoco ayudaba la mirada atónita de Gray.

—¿A qué te refieres con eso? —inquirió él en voz baja.

—Estoy libre durante un mes más o menos. Los colegios aquí cierran en verano —explicó, intentando que no le temblara la voz—. Hasta agosto, o posiblemente septiembre, no empezaré el nuevo empleo.

—¿Entonces estás libre el resto de junio y julio? —inquirió él, con los ojos como platos.

—Siempre y cuando tenga acceso al teléfono y a Internet. Para posibles entrevistas.

Viendo la reacción de Gray, se puso aún más nerviosa.

—Sólo es una idea.

—Una idea fantástica —recalcó él, con los ojos brillantes, y sonrió ampliamente—. Serías perfecta.

«Por todos los santos, Holly, no te emociones».

—¿Tienes pasaporte? —preguntó él, sin duda pensando con más claridad.

Holly asintió. Había estudiado italiano en el colegio y sus padres habían ahorrado y la habían enviado a un maravilloso viaje de estudios a la Toscana. El pasaporte seguía en vigor.

Gray frunció el ceño de pronto.

—¿Seguro que no te importa renunciar a tanto tiempo?

—Me encantará ir con vosotros. Me interesa mucho el Colegio del Aire, quiero ver cómo funciona. Y, por supuesto, deseo ayudar a Anna y Josh a que se adapten a aquello.

Gray se puso en pie y empezó a pasearse agitado.

—Te prometo que no tendrás que preocuparte acerca de venirte allí —tragó saliva y la miró de reojo—. Quiero decir, que nadie sacará conclusiones acerca de ti y de mí… de si somos pareja.

Evidentemente incómodo, soltó una risa forzada. Holly sintió horrorizada que se ruborizaba.

—Bien —se apresuró a decir—. Por mi parte, tampoco tienes que preocuparte de eso. No tengo ninguna intención de enamorarme. Acabo de terminar una relación larga, y ha sido angustioso, así que transcurrirá mucho tiempo antes de que busque otra.

Gray asintió pensativo, con mirada comprensiva, y Holly sintió un gran alivio por saber que habían dejado las cosas claras. Al mismo tiempo, le dolió aquella ansia de Gray de querer aclarar que no estaba interesado en ella a nivel romántico. ¿No era una locura? Clavó la vista en su copa y se recordó por qué se había ofrecido. Gray necesitaba ayuda, Anna y Josh una niñera, y ella necesitaba sentir que había hecho todo lo posible por los hijos de Chelsea.

—Entonces, ¿lo dices de veras? —le preguntó Gray, serio de nuevo —. ¿Vendrás a Australia?

De pronto, Holly sintió como si aquello fuera algo inevitable. El destino. Como si, de siempre, él le fuera a hacer esa pregunta. Y como si la respuesta sólo pudiera ser…

—Sí.

Capítulo 5

A Gray le sorprendió lo feliz que le hizo saber que Holly les acompañaría en el viaje de regreso.

El resto de los días, según terminaban de empaquetar todo, incluso Anna llegó a considerar el cambio como una gran aventura.

Llegaron al aeropuerto JFK deseando despegar. Mientras esperaban en la cola del control de seguridad, sonó el móvil de Holly. Para oír mejor, ella se giró y se tapó el otro oído con la mano, al tiempo que fruncía el ceño y se concentraba totalmente en la llamada.

Gray se dio cuenta de que estaba observándola con demasiada atención, pero no podía evitarlo. Tal vez no fuera tan guapa como Chelsea, pero tenía algo especial y más duradero que la belleza. Vio que sonreía al contestar, con las mejillas encendidas, feliz.

Al terminar, se giró hacia él exultante.

—¿Buenas noticias? —preguntó él.

—Sí. Al principio temí que fuera Brand… alguien que me llamaba para despedirse. Pero es mejor que eso: he encontrado empleo.

Sorprendentemente, Gray se alarmó. ¿Cómo afectaría aquello a sus planes? ¿Aún podía ayudarlos?

—¿Cuándo empiezas?

—Hasta agosto, nada —respondió ella, bailando de alegría—. No puedo creerlo, ¡es el empleo de mis sueños! El colegio en el que siempre había querido enseñar.

Gray deseó alegrarse. Seguro que había sido la mejor candidata.

Entonces se dio cuenta de que apenas la conocía. Parecía una profesora de primera. Sus mellizos tenían mucha suerte de haber contado con ella unos pocos meses.

Sí que se alegraba por ella. De hecho, se alegraba por los cuatro. Todo estaba saliendo a la perfección. En agosto, sus hijos ya se habrían adaptado a su nuevo entorno y, con ayuda de Holly, tendrían una nueva niñera. Y ella regresaría a casa para empezar su fabuloso empleo.

—Enhorabuena, es fantástico —afirmó, alargando la mano.

Y, por fin, sonrió.

Sídney resultó una sorpresa total para Holly.

Durante el vuelo, se había preparado mentalmente para el outback, un entorno hostil de amplias llanuras, aislamiento, polvo y calor. Sin embargo, no había pensado mucho en Sídney: ni en las fabulosas

playas de arena dorada, ni en la enorme y moderna ciudad plagada de rascacielos.

Tampoco esperaba encontrar a la madre de Gray esperándolos a su llegada al aeropuerto. Ni que recibiera tan fríamente a su hijo. Nada de sonrisas y abrazos. Tan sólo:

—Hola, querido.

—Hola, madre.

Y ella ofreció su mejilla expertamente maquillada para que Gray la besara.

La tensión podía cortarse. Sin embargo, desapareció en cuanto Sasha Carlisle vio a sus nietos. Afortunadamente, los niños sonrieron y soportaron los achuchones sin quejarse.

—Vuestra abuela os ha echado mucho de menos —anunció, entregándoles varios regalos.

Holly se alegró al ver que Anna y Josh se acordaban de dar las gracias.

Dio un respingo al notar una mano en su hombro. Era Gray.

—Tal vez no recuerdes a mi madre, Sasha Carlisle.

Con el hombro aún cosquilleándole, Holly extendió la mano.

—Sí que la recuerdo, señora Carlisle. ¿Cómo está?

La mujer le estrechó la mano con cautela, como si temiera que la manchara.

—Holly fue una de las damas de honor de Chelsea —recordó Gray.

—Sí, y ahora es la niñera —señaló la mujer.

—Va a ayudamos con el Colegio del Aire —explicó Josh con orgullo.

Sasha enarcó las cejas y lanzó una penetrante mirada a Gray.

—¿Está debidamente preparada?

Molesta de que se hablara de ella como si no estuviera allí, Holly intervino:

—Tengo el título de profesora de Lengua.

La mujer sonrió levemente.

—Gracias al cielo por los pequeños regalos.

¿Qué demonios sucedía allí?

Anna rompió la gélida tensión, porque necesitaba ir al servicio. Agradecida por la excusa para escapar, Holly la acompañó. Para cuando regresaron, Sasha se había marchado.

—Mi madre tenía que atender a un evento —explicó Gray, mucho más tranquilo, y sonrió—. En marcha, busquemos un taxi.

* * *

La tarde en Sídney fue muy divertida. Los cuatro cenaron en un

restaurante tailandés y luego regresaron caminando a su hotel, disfrutando de la suave noche invernal y el cielo estrellado. Los niños estaban agotados, y Gray tuvo que llevar a Anna en brazos el último tramo del camino. Josh y ella se durmieron nada más tumbarse en la cama.

Gray le propuso a Holly tomar una copa en el salón de la lujosa suite que había reservado. Sacaron hielo, copas y pequeñas botellas del minibar y se sentaron en cómodas butacas.

Y de pronto, él le preguntó por su ruptura con Brandon:

—¿Qué ocurrió? —inquirió, mirándola con ojos entrecerrados.

Holly sólo había hablado de eso con su madre y un par de amigas, le resultaba difícil explicárselo a un hombre a quien apenas conocía.

—Lo habitual —comenzó—. Él estaba más interesado en otra mujer.

—Menudo imbécil —dijo Gray empático.

—Sí, un auténtico idiota —respondió ella, forzando una sonrisa—. Pero en parte fue culpa mía, supongo. Me vine a Nueva York y, en este caso, la ausencia no ayudó a que me quisiera más.

Gray asintió pensativo y dio un sorbo a su copa.

—No sé si te ayudará, pero cuando Chelsea se marchó con los niños, creí que nunca lo superaría. Sin embargo, después de un tiempo, los sentimientos más dolorosos fueron desvaneciéndose.

Holly quiso preguntarle qué había fallado en su matrimonio, pero no se atrevió.

—Supongo que a Chelsea le encantaba Sídney.

A Gray se le borró la sonrisa instantáneamente.

—Seguro que te contó lo que le parecía esta ciudad.

—No —aseguró ella, sorprendida—. No hablaba mucho de su vida en Australia.

Gray se terminó su whisky de un trago y se quedó mirando el vaso con el ceño fruncido. Holly se sintió obligada a explicarse.

—Tan sólo me sorprende lo ajetreada y cosmopolita que es la ciudad, con sus rascacielos, tanta gente, teatros y restaurantes… Tiene todo lo que Chelsea adoraba.

Gray frunció los labios, y luego suspiró.

—Sí, a Chelsea le encantaba esto. Solía venir para un par de días y al final se quedaba un par de semanas. Aquí tenía todo lo que necesitaba —señaló Gray sombrío.

¿Habría sido aquél el problema de su matrimonio? ¿No podría él haber dejado su rancho para intentar algo más acorde a la personalidad y el talento de su esposa?

—¿Alguna vez te planteaste mudarte aquí? —preguntó Holly con cautela—. ¿O vivir más cerca?

—Mudarse no era una opción —afirmó él con rotundidad.

Quedaba muy claro, el tema terminaba ahí. ¿Sería la falta de flexibilidad uno de los defectos de Gray Kidman? ¿O estaba siendo muy dura con él? Después de todo, su prima había asegurado al casarse que renunciaba con gusto a su carrera para vivir con él en su outback.

—Estoy deseando que llegue mañana y conocer tu casa —dijo, para cambiar de tema.

Vio que Gray relajaba los hombros y le dirigía una sonrisa que la encendió por dentro.

—Yo también —dijo él, con una mirada llena de calidez—. Siempre me alegro de volver a casa.

Sentía nostalgia de su hogar en el enorme y vacío outback. Holly lo comprendía, ella siempre se emocionaba al regresar a la granja de su familia en Vermont.

Por su bien, y especialmente por el de Gray, esperaba que a Anna y Josh les gustara su nuevo hogar. Era labor suya asegurarse de que así fuera.

Gray no podía dormir.

Se levantó de la cama y se paseó por la habitación del hotel intentando sacudirse la tensión que lo mantenía despierto. Le había mentido a Holly. Le había dicho que los sentimientos y los recuerdos se desvanecían con el tiempo pero, tras la gélida bienvenida de su madre en el aeropuerto, y tras la conversación con Holly sobre Chelsea, se encontraba de nuevo luchando contra los sentimientos de incompetencia y fracaso que lo habían acosado toda su vida.

De pequeño, nunca había cumplido las expectativas de su madre. Ni siquiera se había acercado a ellas. Aún podía escuchar cómo le gritaba a su padre: «El chico no tiene remedio, es imposible enseñarle. Menuda desgracia».

Tanto tiempo después, el recuerdo aún le hizo golpearse el puño contra la palma de la mano.

¿Siempre iba a repetir el mismo patrón de fracaso? Primero había sido su madre la que había abandonado Jabiru, para no regresar jamás; luego, su esposa. En ambas ocasiones, él había sido una de las principales causas de sus problemas.

Si hubiera podido, se habría establecido con Chelsea en Sídney, como Holly había sugerido tan inocentemente. O en Nueva York, o donde ella hubiera querido vivir.

Pero, debido a su analfabetismo, nunca encontraría trabajo en la ciudad. Además, aunque vendiera su rancho e invirtiera en ganado y acciones para ganarse la vida, se volvería loco en una claustrofóbica ciudad. Después de un día, siempre estaba deseando escapar a la

naturaleza.

Se había esforzado al máximo para que Chelsea fuera feliz en Jabiru. Y, al nacer los mellizos, se había desvivido para mantener unida a su familia, repartiéndose las tareas de cuidarlos.

Pero la llegada de los bebés había coincidido con un mal momento en la industria del ganado. Sus ingresos se habían visto muy mermados y se había visto obligado a despedir a bastante de su personal y hacerse cargo él de sus tareas, con lo cual el tiempo que podía ayudar en casa se había reducido al mínimo. Había mantenido al ama de llaves, que también ayudaba con los pequeños, pero el conjunto había resultado una carga demasiado grande para Chelsea.

Gray se había asustado al verla adelgazar y palidecer, así que la había enviado a Sídney cada poco tiempo para que se tomara un descanso. Y, tal como le había confesado a Holly, los períodos que pasaba fuera cada vez se habían alargado más.

Y un día, cuando ella le había dicho que necesitaba regresar a Nueva York, la había dejado irse, junto con los niños. Él no podía acompañarlos. E intentar haberla retenido habría sido cruel.

Más tarde le había anunciado por teléfono que no iban a regresar. La noticia le había entristecido, pero no sorprendido. Había accedido al divorcio porque no tenía otra opción.

Se había esforzado todo lo posible y había fracasado. Mejor admitir la derrota que ver cómo su esposa se amargaba, sintiéndose atrapada, igual que le había ocurrido a su madre.

No podía soportar la idea de que su amor hubiera hecho infeliz a su esposa, y estaba decidido a no fallar a sus hijos.

Los próximos dos meses serían determinantes. Se dejaría guiar por Holly, olvidaría su orgullo y aceptaría sus consejos. Seguro que habría momentos humillantes, cuando su incompetencia se pusiera de manifiesto una vez más y probablemente Holly lo despreciara tanto como Chelsea.

Pero podía afrontar el desprecio de otra mujer, siempre y cuando sus hijos estuvieran orgullosos de él. Siempre y cuando no les fallara.

A la tarde siguiente, se dirigían hacia el interior de North Queensland en un enorme todoterreno que levantaba una nube de polvo. El vehículo llevaba un portaequipajes en el techo, parachoques delantero para proteger el motor en los golpes con los canguros, según dijo Gray, y bidones de agua. A Holly le parecía una expedición.

En el asiento trasero, los niños contemplaban el paisaje emocionados, deseando ver su primer canguro.

—Esta es mi tierra —le dijo Gray a Holly, especialmente orgulloso.

Había algo primitivo y casi espiritual en aquel espacio tan vasto y

tan vacío, algo más grande que ella misma, admitió. Extrañamente, se parecía mucho a lo que había sentido la primera vez que había entrado en la centenaria Biblioteca Pública de Nueva York.

De cuando en cuando, el coche subía una pequeña cresta, y veían extenderse los pastos hasta el horizonte. En otros momentos, la carretera descendía hasta un puente de madera sobre un río. Algunos arroyos sólo eran un vado de cemento sobre el que transcurría agua llena de barro.

—En la temporada seca, aquí no hay nada de agua —le informó Gray.

Llegaron a un ancho torrente y, mientras lo atravesaban, el agua estuvo a punto de colarse por debajo de las puertas.

—Aquí fue donde me rompí el tobillo, pero el agua bajaba mucho más rápido y con más caudal entonces —comentó él con una sonrisa —. Estaba comprobando el fondo antes de pasar con el coche y metí el pie en una grieta.

Las plantas de las orillas aún estaban aplastadas, y los pequeños árboles habían quedado doblados en la misma dirección, evidencia de lo fuerte que debía de haber sido la crecida del río. Holly sintió un escalofrío al intentar imaginarse atravesando la crecida en el todoterreno.

—Creí que tenías una pista para aviones en Jabiru —comentó.

—El suelo estaba demasiado cenagoso para que pudiera aterrizar un avión normal, y todos los helicópteros estaban dedicados a rescates de emergencia. Esperé a que el agua descendiera un poco, y me arriesgué.

—Pero no estabas solo, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Quieres decir que tuviste que rescatarte a ti mismo?

Gray miró un momento hacia atrás y bajó la voz.

—O eso, o estos dos se habrían quedado huérfanos.

Holly se estremeció, y lamentó haberse quejado cuando Gray la había telefoneado avisándole de que no podía abandonar Australia por las crecidas y un tobillo roto. Viendo el lugar donde se había producido el accidente, estaba horrorizada.

No le extrañaba que Gray diera sensación de que podía con cualquier cosa.

Una vez vadeado el río, y de nuevo en la llanura, los gritos desde el asiento de atrás recordaron a Holly por qué estaba allí. Anna y Josh, aburridos, empezaban a pelearse el uno con el otro. Sacó un CD de su bolso y se lo entregó a Gray.

—Esto los entretendrá —anunció—. Es Winnie the Pooh.

—No los conozco. ¿Es un grupo nuevo?

Holly rio.

—Muy bueno.

Él la miró, descolocado.

—De veras, ¿quiénes es?

Holly lo miró boquiabierta. ¿Cómo podía preguntarlo?

—Winnie the Pooh es el protagonista de un cuento infantil. Seguro que lo leíste cuando eras pequeño. Es un oso al que le encanta la miel.

Él puso cara de póquer y se encogió de hombros.

—Lo que sea. Aún nos quedan unos tres cuartos de hora de viaje, así que, si crees que alegrará a estos pequeños, ponlo.

Desconcertada, Holly metió en CD en el reproductor, y pronto la hermosa voz del narrador inundó la cabina. Los mellizos dejaron de pelearse y prestaron atención. Gray también escuchó, y rio las bromas de los famosos personajes como si fueran la primera vez que las oía.

El CD aún no había terminado, cuando se detuvieron frente a unas enormes puertas de metal, debajo de un cartel donde aparecía el nombre Jabiru Creek pintado en blanco.

—¡Hemos llegado! —exclamó Anna entusiasmada—. Éste es tu rancho, ¿verdad, papá?

—Así es, pequeña, pero aún nos quedan unos quince minutos hasta la casa.

Los niños se sentaron de nuevo con resignación.

—Abriré las puertas —anunció Holly—. Soy una chica de granja.

—¿Cuándo has estado tú en una granja? —preguntó él, atónito.

—Crecí en una en Vermont —gritó ella, bajándose del coche.

A través del polvoriento parabrisas, le vio sonreír con una nueva luz en su mirada, de auténtico interés. Holly se ruborizó y se concentró en abrir las puertas.

Dentro ya de la propiedad, continuaron su camino y Holly reanudó el CD, evitando así preguntas sobre su niñez en la granja. ¿Por qué importaba dónde se hubiera criado?

Había más arbustos, y los árboles de caucho proyectaban sus sombras sobre el camino de tierra. Varias veces, Gray tuvo que frenar en seco cuando algún canguro aparecía por el borde de la carretera de improviso. Los niños y Holly celebraban cada encuentro, pero la aparición súbita de los animales era un peligro. Holly apagó el CD para que Gray pudiera concentrarse.

—No ha sido un mal cuento —señaló él y habló hacia el asiento trasero—. ¿Qué opináis, niños? ¿Ese pobre oso es tan interesante como el Búho Hector y el Ratón Timothy?

—Qué va, el Búho Hector es mucho mejor, mata a la malvada Rata del Arbusto —contestó Josh, aunque había escuchado atentamente el CD.

Holly sonrió. ¿Cómo iba a competir el pobre Winnie con un búho justiciero? Seguía descolocándole que Gray no conociera a Winnie the

Pooh. ¿Debería temer lo que le esperaba? ¿La casa de Gray sería tan poco atractiva y acogedora como la de las cartas que había llevado?

Enseguida lo averiguaría.

Tomaron una curva y salieron de nuevo a campo abierto. Holly vio múltiples cercados con madera en lugar de alambrada, como había visto siempre. Junto a ellos había múltiples edificios: naves para maquinaria, silos, barracones, garajes, incluso un hangar para un avión. Era una ciudad en miniatura.

Claramente, Jabiru Creek era un rancho mucho más grande de lo que ella había conocido.

—¿Cuál es tu casa, papá? —inquirió Anna.

—Aquel edificio de allá con el tejado plateado —respondió Gray, señalando un edificio bajo de madera blanca rodeado de hierba sorprendentemente verde.

Aliviada, Holly comprobó que resultaba acogedora. Era una casa sencilla, pero grande y con un porche alrededor. El césped se encontraba dividido por un camino de gravilla, y a cada lado se levantaban grandiosos árboles que daban buena sombra.

—Hay un columpio —gritó Anna, señalando un neumático colgando de uno de los árboles.

—Está esperándote —le dijo Holly.

Podía imaginarse a Anna y Josh jugando en aquel hermoso césped, columpiándose, montando en bici, jugando a la pelota, corriendo detrás de los cachorros…

La puerta principal se abrió, dando paso a una mujer con una amplia sonrisa que se limpiaba las manos en su delantal. Debía de tener más de sesenta años. Llevaba un vestido de flores y el cabello recogido en un moño en lo alto de la cabeza.

—El ama de llaves, Janet —anunció Gray tras apagar el motor—. Nos ayudó a cuidar a los mellizos cuando eran unos bebés, está deseando verlos de nuevo.

Era perfecta, pensó Holly, viendo su alegría al saludar a los niños.

—Venid adentro, está caliente —ofreció la mujer tras haberlos saludado a todos, incluida Holly, con un gran abrazo—. Ahora empieza a refrescar temprano, y tengo un calentador en la cocina.

El interior de la casa era acogedor y lleno de deliciosos aromas. Holly se alegró de que sus temores hubieran sido infundados.

Por supuesto, las primeras impresiones podían ser engañosas. Sin duda, Jabiru Creek revelaría pronto sus desventajas. Algo había hecho huir a Chelsea de allí.

Capítulo 6

Aquella noche, el cielo ofreció un espectáculo como sólo puede verse en el outback, con un millón de estrellas de un extremo al otro del horizonte. Gray admiró el paisaje desde la entrada de la casa, empapándose de su silencio y grandeza.

Tras el ritmo frenético de Nueva York, los aeropuertos y Sídney, agradecía que la tranquilidad de su hogar penetrara de nuevo en sus venas. Desde la muerte de Chelsea había vivido en una constante montaña rusa de preocupación y desesperación, pero por fin se sentía tranquilo.

Dentro de casa, Janet se afanaba en recoger la cocina. Holly se encontraba en el dormitorio de los mellizos, calmándolos para que se durmieran después de la emoción de la llegada y de descubrir a los cachorros en la cocina, junto a la estufa.

Le debía mucho a Holly. Había sido fabulosa mientras viajaban, manteniendo a Anna y Josh entretenidos, y recordándoles lo que podían esperar en cada tramo del viaje. No sólo era capaz, además tenía un gran cariño a los niños. Iba a resultarle muy duro separarse de ellos.

De hecho, ella le había sorprendido enormemente: resultaba ser la chica de campo que decía ser.

Recordó la sonrisa que le había dirigido tras descubrirle que había crecido en una granja. Sus ojos oscuros habían brillado, sus labios se habían curvado y…

—Gray.

Se giró bruscamente. Ella estaba en la puerta y sonreía tímidamente.

—Dos personitas están esperando su beso de buenas noches.

—Voy —murmuró él, desprevenido—. Gracias.

Se acercó a donde ella estaba, alumbrada por la luz del pasillo. Tenía los ojos brillantes, los labios rosados e incitantes… Sería tan fácil y tentador preguntarle si ella también quería un beso de buenas noches… Estaba a la distancia justa, y olía a flores, y…

Y lo último que él deseaba era flirtear con la prima pequeña de Chelsea, que además había ido hasta allí como un favor especial a sus hijos.

«Hoy se me va la cabeza». Aliviado de haber recuperado el juicio a tiempo, pasó por delante de ella y se dirigió a la habitación donde Anna y Josh lo esperaban.

Holly estaba tumbada bajo su cálido edredón. Escuchaba los sonidos nocturnos del outback: silencio, principalmente, y de cuando en cuando, el ulular de algún búho o el mugido del ganado en la distancia. Era increíble lo lejos que se encontraba de Vermont y, sin embargo, los sonidos eran los mismos con los que había crecido.

Estaba agotada después del largo viaje, ni siquiera había leído antes de acostarse. Pero quería tomarse un momento, antes de dormir, para revivir su primera noche en Jabiru.

Para su sorpresa, le habían gustado muchas cosas: aquel agradable dormitorio, por ejemplo, con la fabulosa cama antigua con cabecero de metal, o la amplia cocina llena de aparadores de madera y deliciosos aromas. También le encantaba el acogedor porche con sus tumbonas de mimbre. Por no hablar de los preciosos cachorros que habían encandilado a los niños.

Le gustaba incluso el olor a césped, animales y polvo que llegaba del exterior. Se sentía increíblemente en casa, le costaba recordar que se encontraba en mitad de ninguna parte. Había esperado sentirse sola y aislada, pero con sólo mirar por la ventana, veía las luces de las viviendas de los vaqueros y peones, brillando amigablemente en la noche.

Pensó en Chelsea. ¿Cómo se habría sentido la primera noche allí? Nacida y criada en Nueva York, debía de haberle resultado todo bastante extraño. Los niños, sin embargo, parecían haberse adaptado bien, aunque Gray no estaba tan relajado como ella esperaba. De hecho, algo en él la desconcertaba.

La mayoría del tiempo, él rezumaba seguridad y confianza, algo que daba mucha tranquilidad. Pero, a veces, ella captaba un destello de su vulnerabilidad en su apariencia fuerte. Lo había advertido cuando menos lo esperaba, como esa misma noche cuando le había avisado para que fuera a dar las buenas noches a sus hijos.

¿Acaso le preocupaba su responsabilidad más de lo que ella había creído? ¿Le asustaba que sus hijos se aburrieran de aquel lugar y quisieran regresar a Nueva York?

A ella no le parecía que eso fuera a suceder, y haría todo lo posible para que Anna y Josh se adaptaran lo más fácilmente posible. Aunque, tras la reacción de Chelsea ante Jabiru, comprendía la preocupación de Gray.

Una cosa sí que le había sorprendido acerca de él: sus libros. O más bien, la falta de ellos. ¿Dónde los guardaba?

Como amante de la lectura que era, ella siempre curioseaba las estanterías de los demás. Le fascinaba lo que los libros revelaban de sus propietarios: sus aficiones, intereses y gustos. En aquella casa, había visto algunos libros de recetas y revistas femeninas en la cocina,

que obviamente pertenecían a Janet.

Tal vez él era muy ordenado y le gustaba tener todo su material de lectura en un lugar, seguramente su estudio. Contenta con esa idea, se durmió rápidamente.

Holly estaba en pleno sueño cuando comenzaron los gritos. Una parte de su cerebro le urgía a responder, pero estaba agotada.

Entonces recordó que era Anna quien gritaba.

Luchando contra su cansancio, abrió un ojo y vio la luz de la luna entrando por una ventana desconocida. Por un instante, le invadió el pánico. ¿Dónde se encontraba? Lo recordó al instante y se incorporó de un salto, con el corazón desbocado. Tiritando de frío, pues allí era invierno, encendió la lámpara de su mesilla y se estremeció cuando sus pies tocaron el gélido suelo.

No había tiempo para buscar una bata. Los gritos de Anna habían aumentado considerablemente. Holly se lanzó al pasillo, camino del dormitorio de los niños.

Gray ya estaba allí. Entre las sombras, Holly lo vio sentado al borde de la cama de su hija, intentando tranquilizarla.

—Tranquila, pequeña —murmuró, abrazándola—. No pasa nada.

Pero ella siguió gritando.

Holly se acercó y, aunque no podía ver el rostro de Gray, supo lo impotente que se sentía.

Suavemente, acarició el cabello y la suave mejilla de la niña.

—Anna —comenzó, con su voz más tranquilizadora—. No pasa nada, cariño. Has tenido otra pesadilla, pero ya ha terminado. Estás bien. Estoy aquí contigo, y papá también.

Para alivio suyo, los gritos fueron sustituidos por fuertes sollozos.

Holly notó que Gray suspiraba pesadamente.

—Será mejor que me la lleve a mi cama —ofreció ella, sabedora de que el extraño entorno haría más difícil que la niña volviera a dormirse.

—De acuerdo. Gracias. La llevaré en brazos hasta allá —aceptó Gray, sin dudarlo.

Holly asintió y se acercó a la cama de Josh.

—¿Estás bien, campeón?

—Sí —murmuró el niño, medio dormido.

—Voy a llevarme a Anna a mi habitación, ¿de acuerdo?

Holly lo abrazó, lo arropó y se marchó con Gray por el gélido pasillo hasta su dormitorio. Tiritaba conforme se metió en la cama de nuevo. Tenía tanto frío que ni se preocupó de la intimidad de tener a Gray Kidman en pijama en su habitación.

Al menos, Anna estaba más tranquila.

Conforme Gray la dejaba en su cama, sus brazos se rozaron, y Holly sintió una descarga eléctrica que la dejó casi temblando. Miró a Gray, que estaba muy preocupado.

—Anna está bien ya —afirmó.

—¿Estás segura? —inquirió él, incapaz de ocultar su ansiedad.

—Sí, Gray, ya ha pasado todo. Estoy segura.

El colchón se hundió cuando él se sentó en el borde. Holly vio que le temblaba la mano al acariciar el cabello de su hija.

—Lo siento mucho, pequeña —dijo tenso, como si él fuera responsable de su angustia.

Holly quiso asegurarle que estaba haciéndolo muy bien con sus hijos, pero no era el momento.

—Vas a dormirte, ¿verdad, Anna? —preguntó a la pequeña, que se acurrucó contra ella y, sin abrir los ojos, asintió.

A pesar de todo, Gray continuaba sentado, observándola. Holly se obligó a mantener la calma. Él estaba tan cerca que casi podía sentir el calor de su cuerpo. Era tan guapo, tan masculino…

Lo vio inclinarse para besar a su hija y aspiró el aroma de su perfume.

—Buenas noches, tesoro —dijo él, y le brillaban los ojos cuando sonrió tristemente a Holly—. Gracias, Holly, eres maravillosa.

Y, antes de que ella se diera cuenta de lo que sucedía, sintió que la besaba en la mejilla. Se encendió toda entera al instante. No había sido más que un roce amistoso, pero muy cerca de su boca.

Gray se puso en pie y se estiró.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Algo que desees?

Holly se habría echado a reír de no estar tan excitada. Menos mal que Anna estaba allí, evitando que dijera alguna insensatez.

—Estoy bien, gracias —logró articular—. Anna y yo vamos a estar bien.

Gray las miró muy serio.

—Entonces, buenas noches —dijo, y sonrió de medio lado, de lo más sexy—. Que durmáis bien.

Incapaz de hablar, Holly asintió y le observó marcharse, con su cabello brillante, sus hombros anchos, su trasero perfecto y sus largas piernas.

—¿Josh? —susurró Gray en la semioscuridad—. He venido para asegurarme de que estás bien.

La luz que llegaba del pasillo le permitió ver a su hijo acurrucado de lado, con las sábanas hasta la barbilla y el cabello oscuro enmarcando sus suaves mejillas.

Sólo tenía seis años, pero a veces Gray creía ver destellos del

hombre que llegaría a ser.

Cuidadosamente, se sentó en el borde de la cama, y notó que el pequeño le hacía sitio.

—Asusta bastante cuando Anna grita así, ¿verdad?

Josh asintió serio.

—Pero está mejorando —replicó, con un aplomo de adulto—. Holly dice que un día se acabará.

—Estoy seguro de que Holly tiene razón.

Gray recordó la conversación en Nueva York, cuando ella le había hablado de sus hijos y del dolor que almacenaban. Si seguía su consejo, y hablaba más de aquello, tal vez evitaría las pesadillas de Anna. En aquel momento, Holly estaba con ella, haciendo todo lo posible para que se sintiera segura y se recuperara.

Pero en unas semanas Holly se marcharía, y todo dependería de él. Josh también necesitaría su ayuda. Por el momento, el niño parecía mantenerse bien, pero ¿cuánto dolor tenía acumulado?

—Josh, nunca te he dado las gracias —comenzó, inseguro y con un nudo en la garganta—. Nunca te he dado las gracias por haber telefoneado a la ambulancia para tu madre.

Se detuvo e inspiró hondo para que la voz dejara de temblarle.

—Fuiste muy inteligente. Estoy muy orgulloso de ti, hijo.

Transcurrió un rato en silencio, y entonces Josh habló:

—Pero no la salvé —replicó con un hilo de voz—. Mamá murió.

Gray contuvo un sollozo.

—A veces no podemos salvar a las personas, Josh —dijo, e inspiró hondo—. Lo grande es que hiciste todo cuanto pudiste. Por eso estoy tan orgulloso de ti. Tu madre también lo estaría.

Las lágrimas lo amenazaron de nuevo. Para su sorpresa, Josh lo abrazó por el cuello y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Gracias, papá.

A Gray le inundó el amor por su hijo. De pronto, sintió lágrimas empapándole la camiseta. Al poco, Josh lloraba ruidosamente como si fuera a rompérsele el corazón.

Controlando sus propias lágrimas, Gray abrazó fuertemente a su hijo y sintió cómo se estremecía conforme soltaba su dolor.

—Estoy aquí para ti, Josh —le susurró—. Voy a ser el mejor padre del mundo, te lo prometo.

Transcurrió un tiempo hasta que el niño se tranquilizó.

Agotado de llorar, se dejó caer sobre la almohada y miró a Gray con ojos enrojecidos.

—Papá, ¿crees que, si nos hubiéramos quedado aquí contigo, mamá no habría muerto?

Gray sintió un nudo en la garganta.

—No —logró contestar por fin—. Me temo que eso no habría

cambiado las cosas.

—¿Por qué no nos quedamos aquí?

Qué duro era aquello.

—¿Vuestra madre no os lo explicó?

—Dijo que necesitaba trabajar en el ballet.

—Así fue. Su trabajo era muy importante para ella. Tenía mucho talento y necesitaba vivir en Nueva York.

Josh asintió y suspiró. Se tumbó de lado y, sorprendentemente, se durmió enseguida.

Cuando Gray regresó a su dormitorio, se tumbó mirando al techo y pensando de nuevo en su matrimonio y sus maravillosos hijos.

Su viejo temor lo asaltó de nuevo. ¿Cómo iba a ser el mejor padre del mundo? Anna y Josh necesitaban a alguien con una educación, con las conexiones adecuadas, y que supiera mucho más que dirigir un rancho de ganado.

Pensó en Chelsea, en su creciente decepción e infelicidad. Pensó en su propia madre, quien todavía lograba hacerle sentir un incompetente. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que Anna y Josh descubrieran los fracasos que él había logrado ocultar durante tanto tiempo?

—Tu cena está en el horno, para que no se enfríe —anunció Janet a Gray dos noches después, cuando él llegó a casa después de un largo día con el ganado—. También he dejado la de Holly. Está acostando a los niños.

—¿Tan pronto? Sólo son las siete y diez —dijo sorprendido—. No están enfermos, ¿verdad?

Janet soltó una carcajada.

—En absoluto. Si tuvieran mejor salud, serían peligrosos.

Gray la miró con cautela.

—¿Cómo ha ido su primer día de colegio?

—Dejaré que te lo cuenten ellos —respondió ella con una enigmática sonrisa.

Gray se dirigió a la habitación de los niños. Antes de llegar, oyó sus risas, y se dio cuenta de que provenían del dormitorio de Holly. Se detuvo. Los últimos dos días, y sus noches, le habían asaltado recuerdos de ella en la cama, lo cual sólo demostraba lo tonto que era. En mitad de la angustia de su hija, él se había visto distraído por una arrebatadora urgencia de besar a su niñera, a pesar de ir vestida con un discreto pijama de franela.

Esa tendencia a pensar en Holly era lo último que deseaba. No tenía ningunas ganas de pasar por otro desastre romántico.

Las carcajadas de los niños fueron seguidas por la voz de Holly,

que estaba narrando un cuento. Gray tomó aire y se acercó al dormitorio.

Para su sorpresa, la habitación estaba a oscuras. Logró ver que la cama de Holly se había convertido en una tienda, hecha con sábanas enganchadas a los postes y unidas a la mitad por grandes imperdibles. Se veían las siluetas de los niños y su niñera iluminadas por una linterna en el interior. Parecía tremendamente divertido.

Gray se quedó en la puerta, observándolos, recordando su propia niñez solitaria en aquella casa, con las peleas constantes entre sus padres.

Nunca había vivido algo tan divertido ni de tanto compañerismo. De más mayor, sí disfrutaría de historias alrededor de una hoguera, y descubriría la camaradería de los vaqueros, pero su niñez había estado plagada de tensión e infelicidad.

En contraste, Holly estaba desviviéndose para que los niños estuvieran entretenidos, felices y a salvo. Su generosidad era apabullante.

Sintiendo que estaba a punto de llorar, inspiró hondo y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Josh, haciéndose el importante.

—El Búho Hector —respondió Gray con su voz más grave.

—¡Papá! —gritaron los mellizos, y sacaron las caritas por una de las improvisadas paredes—. Estamos viendo una función de marionetas.

Con una amplia sonrisa, Josh levantó la sábana, y mostró a Holly iluminada por la linterna, sentada a lo indio a los pies de la cama. En una mano llevaba un guante que intentaba parecerse a un pato.

Gray vio que ella se ruborizaba.

—Estábamos haciendo tiempo hasta que llegaras a casa.

—No quiero poner fin a vuestra diversión, seguid. Sólo decidme, ¿qué tal os fue el colegio?

—¡Fabuloso! —exclamaron los mellizos al unísono.

Anna estaba exultante.

—Es un colegio de cohetes, papá. Josh, Holly y yo estamos en uno y hablamos por radio con todos los otros niños en los otros cohetes.

—Parece emocionante —comentó Gray, atónito.

—Lo es. Y ya hemos aprendido sobre matemáticas y *wombats*.

Gray sonrió a Holly.

—Ya me contarás los detalles después.

Últimamente sonreía muy a menudo, se dijo. De hecho, estaba deseando hablar con ella.

—¿No vas a jugar ahora con nosotros? —le pidió Josh.

Gray dudó. Seguramente estaban representando otro cuento que él no conocía. Tenía ya una excusa preparada.

—Toma, papá, una marioneta —le dijo Anna con autoridad, tendiéndole una tela rosa—. Serás el cerdo.

Gray se sentía incapaz, pero, a pesar de su recelo, necesitaba aprender a hacer aquello. Por el bien de sus hijos, tenía que aprovechar al máximo mientras Holly estaba allí para enseñarle cómo funcionaba todo.

—Por supuesto —dijo, acercándose a la cama con valentía y agarrando el cerdo—. ¿Qué tengo que hacer?

Capítulo 7

—¿Y bien? —preguntó Gray, después de oír el informe completo de Holly sobre el primer día de colegio de los mellizos—. ¿Nuestro outback es tan malo como esperabas?

Sonreía, pero a ella le pareció que estaba tenso, como si realmente le importara su respuesta.

—No esperaba que fuera malo —aclaró.

—¿Ni siquiera después de las advertencias de Chelsea?

Holly negó con la cabeza.

—Yo no soy como ella —le espetó—, Chelsea era una chica de ciudad, lo sabes de sobra.

Estaban sentados en un extremo de la mesa de la cocina, dando cuenta de su cena recalentada. El cuento con las marionetas había sido un éxito. Luego, Janet se había retirado a su casa y los niños estaban dormidos, así que Holly y Gray se encontraban solos en la enorme y silenciosa casa.

Él se había duchado y puesto una camisa blanca que hacía destacar su garganta morena. Tenía el cabello húmedo y se había afeitado. Holly se fijó en una cicatriz en la mandíbula que no había visto antes. Se repitió a sí misma que aquélla era una cena habitual y que no tenía sentido ponerse nerviosa cada vez que sus miradas se encontraban.

—¿Y tú no te consideras una chica de ciudad? —inquirió él.

—Ya sabes lo que dicen: puedes sacar a la chica de la granja, pero no puedes sacar la granja de la chica.

Gray sonrió.

—¿En qué tipo de granja creciste?

—En una lechera.

Él enarcó, las cejas, sorprendido.

—Las granjas lecheras son un trabajo duro.

Holly soltó una carcajada.

—¿Y tu rancho no lo es?

—Esto no tiene nada —aseguró él, con un destello en la mirada que la encendió—. Excepto cuando tengo que atravesar la crecida de un río con el coche.

—O luchar contra cocodrilos.

—O domar toros salvajes.

Ambos sonrieron. Holly, intentando ignorar sus nervios, se apresuró a preguntar:

—¿Cómo de grande es Jabiru Creek?

—Cerca de cuatrocientas mil hectáreas.

—Seguro que en Europa hay países más pequeños que eso —comentó ella, sorprendida.

Gray se encogió de hombros.

—Algunos, por lo que sé.

—Pero Janet me ha dicho que diriges este lugar tú solo. Dice que llevas al mando casi diez años.

—Así es, pero no podría hacerlo sin la ayuda de Ted. Él es mi gestor: lleva la contabilidad y se ocupa del papeleo. Y tampoco habría podido funcionar sin Janet. Ted y ella son un gran apoyo.

—¿No tienes más familia por aquí?

—No —respondió él, y se concentró en pinchar un guisante con el tenedor—. Como ya sabes, mi madre está en Sídney. Mis padres rompieron cuando yo era pequeño. Después, la salud de mi padre empeoró, así que se mudó a Caims para estar más cerca de los médicos. Está bien, siempre y cuando se haga chequeos regulares.

Gray elevó la mirada.

—Cuéntame acerca de tu granja. ¿Tus padres siguen ocupándose de ella?

—Por supuesto, con la ayuda de mi hermano el mayor. Su familia y él viven con nuestros padres.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Tres, todos mayores que yo.

Sonriendo, Gray hizo a un lado su plato vacío y se recostó en el respaldo de su silla.

—Así que eras la única chica, y la pequeña de la familia.

—Sí —dijo Holly, devolviéndole la sonrisa—. Lo sé, debo de estar muy mimada.

—Yo no veo ningún signo de ello —replicó él, recorriéndola con la mirada.

A Holly le sorprendió la sensación que comenzó a nacer en su interior, algo que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Tú no has hablado de hermanos o hermanas —señaló—. ¿Eres hijo único?

—Sí, pero no precisamente mimado.

—Ya —señaló ella, recordando la gélida bienvenida de su madre en el aeropuerto—. En realidad, lo mío no son hermanos, sino hermanastros.

Gray era demasiado educado para preguntar, pero Holly sabía que se moría de curiosidad. Decidió contárselo.

—Nunca conocí a mi padre. Se marchó cuando yo era un bebé, así que viví hasta mis cinco años con mi madre, soltera y peluquera, en la ciudad. Las dos solas, en un pequeño piso encima de la peluquería. Un día, un agradable hombre llevó a sus tres hijos a cortarse el pelo.

Sonrió y continuó:

—Resultó ser un viudo solitario, granjero de una lechería. Mi madre y él se enamoraron y, cuando se casaron, nos convertimos en una familia.

Para su sorpresa, vio que él fruncía el ceño.

—¿Y habéis vivido felices desde entonces?

—Ya lo creo —aseguró ella, sonriendo con despreocupación—. Así que, ya sabes la moraleja de esta historia, ¿verdad? La próxima vez que vayas al pueblo, estate atento por si te encuentras a una peluquera agradable y sola.

Pretendía ser una broma, pero vio que a él no le hacía ninguna gracia.

—No estoy buscando una segunda esposa —gruñó.

Ella lo había dicho pensando en lo felices que eran su padrastro y su madre, pero tal vez había sido una falta de sensibilidad. Estaba muy claro que le había molestado.

Holly recogió los platos y los llevó a la cocina, furiosa consigo misma por haber estropeado una conversación tan agradable. Había que cambiar de tema.

—Ya que estoy de pie, ¿quieres un té?

—Gracias —aceptó él, en tono más conciliador—. Meteré las cosas en el lavavajillas.

Holly intentó no mirarle el trasero mientras él se agachaba. ¿Cómo era posible que unos vaqueros normales pudieran captar tanto la atención?

—Por cierto, quería darte las gracias por dejamos usar tu estudio como clase —señaló, apartando la mirada de los vaqueros, y volviéndola a ellos sin poder evitarlo.

—No hay problema.

Gray terminó con los platos y se giró, amigable de nuevo.

—Me alegro de que lo uséis.

—Les he dicho que tienen que mantenerlo ordenado por ti.

El rostro de Gray se volvió inexpresivo.

—En realidad, no importa si no está muy ordenado. No lo utilizo mucho.

—Debo admitir que me sorprendió que esté tan vacío. Creí que estaría lleno de tus libros.

Gray frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Apenas hay libros en el resto de la casa. Creí que los guardarías en tu estudio, pero obviamente los tienes en otro lugar. Confieso que, en el piso de Chelsea, guardo los míos en mi dormitorio. Tengo estanterías del suelo al techo con varias filas de libros.

Se dio cuenta de que, mientras hablaba, la expresión de Gray había cambiado. De nuevo.

Esa vez, sin embargo, advirtió dolor en su mirada. ¿Qué había dicho esa vez?

El *kettle* empezó a hervir y Holly se giró rápidamente. Confusa y avergonzada, se concentró en servir el agua en dos tazas.

Cuando miró a Gray de nuevo, él tenía una expresión impenetrable y la mirada gélida.

—No tengo tiempo para leer —aseguró.

De acuerdo, ése era otro tema del cual no hablar con aquel hombre. Primero había sido la preferencia de su antigua esposa por Sídney; luego, su comentario en broma sobre un posible nuevo matrimonio; también qué libros le gustaban era un tema tabú…

Consciente de que no recuperarían el ambiente relajado y agradable de antes, Holly anunció que se tomaría el té en su habitación y Gray pareció aliviado. Se desearon buenas noches y se despidieron.

En la cama, con su té caliente, ella analizó la conversación. Había disfrutado mucho de la compañía de Gray. No sólo era sexy, además resultaba un hombre muy agradable.

Y ella lo había fastidiado todo. ¿Quién era ella para juzgar sus hábitos de lectura? ¿Qué sabía de las responsabilidades que suponía ocuparse de cuatrocientas mil hectáreas? Gray no debía de tener más de veinte años cuando había asumido tal responsabilidad, normal que no tuviera tiempo de leer.

Lo que quedaba claro era que él tenía mucho más de lo que se veía a simple vista. Parecía un sencillo ganadero australiano de carácter práctico pero, debajo de aquellos vaqueros y botas, había un complicado *puzzle*.

Averiguar cómo era no formaba parte de su trabajo, pero, si iba a dejar a Anna y Josh a su cargo, ¿no debería intentar comprenderlo?

Después de que Holly se marchara, Gray se quedó en la cocina, reflexionando mientras contemplaba el cielo a través de la ventana.

Se había acorazado para las preguntas fisgonas de Holly. Después de todo, ella era profesora. Aunque lo que le había molestado había sido su sugerencia acerca del futuro.

Siempre que pensaba en el resto de su vida, se le helaba el corazón, pero ¿realmente iba a encerrar sus emociones y a no volver a mirar a ninguna mujer de nuevo? ¿Estaría bien que sus hijos nunca tuvieran una madrastra? ¿Acaso Janet y una niñera no serían suficiente?

Siempre había considerado la llegada de Chelsea al outback como un regalo de los dioses, pero había estropeado esa oportunidad. ¿Sería la única?

¿Qué tenía planeado para el resto de su vida? ¿Simplemente aprovecharía las oportunidades casuales que se presentaran? ¿O se lanzaría al mercado, como en esos absurdos programas de la tele tipo *Granjero busca esposa*?

Aún no sabía qué responder a esas preguntas. Ojalá Holly no las hubiera planteado.

A la tarde del viernes, los niños ya estaban perfectamente adaptados a su nuevo hogar. La semana de colegio había ido muy bien. En aquel momento, los mellizos se encontraban jugando con el columpio. Era su pasatiempo preferido de la tarde, sólo precedido por observar a los cachorros, que ya habían crecido un poco y tenían un suave pelaje.

Josh se había quedado con un macho negro; Anna, una hembra con pintas azules.

Desde la cocina, Holly oía los alegres gritos de los niños conforme impulsaban el columpio más y más. Vio que Janet iba a cocinar pollo al horno.

—Déjame ayudarte —se ofreció—. ¿Corto algo?

—Tú ya tienes trabajo ayudando a los mellizos con las clases, cariño. No espero que me ayudes aquí —respondió la mujer.

—Pero me gustaría hacerlo.

Holly recordaba las innumerables veces que había ayudado a su madre en la cocina. Por alguna razón, aquella tarde sentía una tremenda nostalgia de su hogar. Por supuesto, no tenía nada que ver con el hecho de que apenas hubiera visto a Gray durante la semana, desde la conversación del domingo por la noche…

Janet observó largamente a Holly y cambió de idea.

—Puedes cortar zanahorias y apio si quieres. Estoy preparando pollo a la *cacciatore* —anunció, y le guiñó el ojo sospechosamente—. Es uno de los platos preferidos de Gray.

«De nuevo, Gray», pensó Holly. Le sorprendía la cantidad de veces que la mujer se lo mencionaba. Incluso había sugerido que él estaba más alegre desde su llegada al rancho.

Gray estaba más alegre porque sus hijos estaban con él, no por ella. Más bien lo contrario: siempre que hablaba con él, terminaba por incomodarlo. Y el hecho de que desde el lunes la evitara le preocupaba más de lo que debería.

Obviamente, un ranchero tenía que levantarse temprano y pasarse el día fuera de casa, trabajando en su propiedad. Pero cada noche, después de contarles un cuento a sus hijos antes de dormir, Gray se metía en uno de los cobertizos, aduciendo que tenía un problema con un tractor roto.

Holly se decía a sí misma que arreglar tractores era lo que hacían los hombres del outback por las tardes, en lugar de leer el periódico o ver la televisión.

No le habría importado la ausencia de Gray si no estuviera casi segura de que estaba evitándola. ¿Acaso le preocupaba que lo abordara con más preguntas?

Al final de toda una semana arreglando tractores, deseó saber si le había dicho algo que realmente le había molestado, o si estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Su mente se tranquilizaría tras una breve charla.

Mientras cortaba zanahorias, decidió que se acercaría al cobertizo aquella tarde en son de paz.

Sin luna que alumbrara el camino, Holly bajó con cautela la escalera de la casa. Eran las ocho y media, y los niños estaban dormidos. Se dirigió al cobertizo, iluminando su camino con una linterna.

Una sombra se elevó del césped a su lado, extendiendo unas largas alas y haciéndola saltar del susto. Con una mano en el pecho, se planteó volver atrás, pero se dijo que seguramente se trataba de un búho y que cruzar un prado de Jabiru Creek no era diferente de cuando jugaba al escondite entre los cobertizos con sus hermanos.

Le pareció una eternidad hasta que alcanzó la luz que se colaba por la puerta de la nave con tejado de zinc. Del interior llegaba un martilleo. ¿O era su corazón?

Entró y vio neumáticos de todos los tamaños apilados contra una pared, piezas de maquinaria… y un tractor intacto.

Gray estaba trabajando sobre un banco de madera. No llevaba el clásico mono, sino sus vaqueros de siempre y un suéter de lana arremangado, con un agujero en un codo. Había dejado de martillear y estaba cepillando los bordes de un gran objeto de madera. Se giró levemente y Holly apreció la fuerza de sus manos y antebrazos. Podía incluso sentir el movimiento de sus fuertes hombros bajo el gordo jersey de lana.

Holly apagó la linterna y se la guardó en el bolsillo del abrigo. Le sudaban las manos, así que se las metió en los bolsillos también. Luego, sintiéndose como una intrusa, inspiró hondo y dio tres pasos más.

Estaba muy nerviosa. En cualquier momento, él la vería y le preguntaría qué hacía allí. Intentó recordar lo que había ensayado decirle, algo acerca del tractor. Pero él no estaba trabajando en el tractor.

Con la vista clavada en Gray, dio otro paso… y se tropezó con una

tubería de metal, que salió rodando por el suelo de cemento.

Gray elevó la cabeza al instante, y la miró atónito.

—Lo siento —exclamó ella, frotándose el tobillo dolorido.

—¿Estás bien? —inquirió él, acercándose rápidamente, mientras se limpiaba las manos polvorientas en un viejo trapo.

—Sólo ha sido un golpe.

—Espero que no te salga un moratón —dijo él, y frunció el ceño—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo? ¿Es Anna?

—No, no ha pasado nada. Los mellizos están profundamente dormidos.

—Me alegra oírlo —dijo él, y la observó desconcertado—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas de la noche? Creí que estarías acurrucada delante de un libro.

Holly se sentía una tonta. Él no parecía molesto con su presencia allí, así que, ¿cómo decirle que tenían un problema que debían solucionar?

—¿Has acabado con el tractor? —preguntó.

—¿Qué tractor?

—Creí que estabas arreglando uno.

—Me has descubierto —dijo él guiñándole un ojo, y se giró hacia el banco donde estaba trabajando—. La verdad es que he estado haciendo algo para Anna y Josh. Casi está terminado. ¿Te gustaría verlo? Aún tengo que pintarlo.

Sin esperar respuesta, Gray regresó al banco y agarró el armazón, que parecía una enorme caja. Orgulloso, lo depositó en el suelo.

—¡Es un teatro de marionetas! —exclamó Holly con un hilo de voz.

—He hecho el escenario lo suficientemente alto como para que Anna y Josh puedan colocarse detrás.

—Es perfecto —alabó ella, realmente maravillada—. Les encantará. ¡Hasta has hecho el tejado en punta!

—Y Janet está cosiendo el telón de terciopelo rojo.

—¡Es fantástico!

¿Así que Janet también lo sabía? Holly se sentía totalmente descolocada. Había pasado toda la semana creyendo que él la evitaba, cuando en realidad había estado creando una maravillosa sorpresa para sus hijos.

—Es una idea fabulosa —alabó, pasando la mano por la suave pared del escenario y admirando su factura impecable—. ¿Has dicho que vas a pintarlo?

—Creo que a los niños les gustaría mucho colorido, pero, aparte del tejado rojo, no sé cómo decorarlo.

—No tienes cerca una tienda de bricolaje, así que dependerá de qué pintura tengas por aquí.

—Casi todos los colores, de hecho —dijo él, abriendo un armario que contenía múltiples espráis—. El año pasado uno de mis vaqueros trabajaba además como payaso de rodeo y le ayudé a fabricarse su atrezo.

Holly rio.

—Pintar el arcoíris en las paredes sería complicado, pero quedarían fabulosas.

Gray reflexionó y sonrió de medio lado.

—Yo no soy ningún Van Gogh —dijo, y la miró divertido—. ¿Y tú? ¿Se te dan bien los espráis?

Holly había utilizado más de un espray al preparar los expositores infantiles de la biblioteca, descubriendo además una vena creativa que no sabía que poseía.

—Habría que empezar por arriba y seguir hacia abajo —aconsejó ella—. Tendrías que usar un cartón como protector.

—Me ayudarías, ¿verdad?

Holly sabía que no debería sentirse tan halagada.

—Podría intentarlo.

—Estupendo —exclamó él, con igual entusiasmo.

Y, mirándola a los ojos, sonrió de la manera más sexy.

Algo que no debería importarle, se reprochó Holly.

Fue sumamente divertido, trabajar duro hasta casi medianoche para dejar cada franja del arcoíris en su lugar. Holly disfrutó de cada segundo.

Mientras secaba el tapa poros, Gray preparó un té. Guardaba leche y azúcar en una nevera antigua, e incluso un paquete de galletas.

Se sentaron en destartalados taburetes en mitad de la nave, bebiendo té caliente y dulce y comiéndose las galletas.

Holly sonrió con la boca llena mientras agarraba otra galleta.

—Qué alegría ver a una mujer con apetito —señaló Gray, tomando él también otra galleta—. Chelsea siempre cuidaba mucho lo que comía.

—Todas las bailarinas hacen dieta. Tienen una voluntad de hierro —apuntó ella.

—Están obsesionadas —recalcó él, tenso.

Holly decidió no seguir con el tema. Después de todo, había ido allí en son de paz. Sonrió.

—Janet y Ted se han pasado toda la semana alabando tus cualidades.

Gray clavó la mirada en el suelo y se encogió de hombros.

—No son objetivos.

—Tal vez, pero tampoco son fáciles de engañar. Me han dicho que

eres un ganadero brillante, respetado y admirado por tus compañeros de la industria. Ted dice que, cuando te hiciste cargo de esto hace diez años, aumentaste considerablemente el número de cabezas y diversificaste las razas. Y que fuiste pionero de la gestión de la tierra y del agua.

Gray miraba fijamente su taza.

—Así dicho, puede parecer grandilocuente, pero cuando estoy por ahí fuera, conduciendo, escucho muchos programas de radio sobre agricultura. Es una buena manera de aprender.

—Según Ted, almacenas toda esa información en tu brillante memoria y luego la pones en práctica —añadió Holly, y sonrió—. También dice que eres fabuloso con las cuentas. Te llama la calculadora humana.

—Ese hombre habla demasiado —lamentó él, y la desafió con la mirada—. ¿Por qué intentas halagarme?

—No lo hago, sólo te doy un refuerzo positivo. Échale la culpa a mi formación de profesora.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—¿No deberíamos estar pensando en cómo vamos a pintar el arcoíris en estas paredes?

Decidieron que empezarían por el naranja justo debajo del tejado rojo, y continuarían hacia abajo con azul y púrpura, para terminar con verde en la base.

Cuando se secó el tapa poros, se pusieron a ello. Tras algunos intentos, acordaron que él sujetaría el cartón protector y ella usaría los espráis.

Mientras trabajaban, hablaron de temas neutros, sobre todo de los mellizos y su primera semana de colegio.

Holly disfrutó enormemente de la actividad, cosa que le sorprendió, teniendo en cuenta que hacía tiempo había querido compartir algo así con Brandon. Había sido tan tonta como para imaginar que Brandon y ella pintarían la habitación de su primer bebé, y hasta había elegido los colores.

Qué extraño que aquel teatro de marionetas le inspirara casi tanto como su viejo sueño.

El domingo por la mañana, Gray se levantó al amanecer y atravesó el césped helado hasta la nave donde guardaba el teatro de marionetas, con las paredes arcoíris y el telón de terciopelo rojo.

Sonrió al verlo. Resultaba alegre y muy profesional. Casi como el lugar al que habían llevado a los niños en Nueva York. A los niños iba a encantarles.

Y todo gracias a Holly. Sin ella, no habría sabido que existía algo

así. Ni habría disfrutado tanto decorándolo. Era muy agradable estar a su lado. No le extrañaba que a Anna y Josh les encantara el colegio, con Holly ayudándolos a que fuera divertido. ¿Cómo reaccionarían cuando ella se marchara?

Pronto, necesitaría su ayuda para buscar otra niñera.

Aunque por el momento, no podía pensar en una tarea menos apetecible. Ninguna mujer podría sustituirla.

El momento en que Anna y Josh descubrieron el teatro de marionetas fue de película. Los mellizos habían entrado en la cocina para el desayuno y, al divisar la construcción justo delante de la puerta mosquitera, reaccionaron con bailes, gritos y una enorme ilusión.

—Y ni siquiera es nuestro cumpleaños —exclamó Josh, casi sin dar crédito, mientras se turnaba con Anna para abrir y cerrar el telón.

—No puedo creer que tengamos un teatro y nuestros propios cachorros —dijo Anna, también resplandeciente—. Es genial, papá.

Juntos, entraron por la puerta trasera y examinaron el escenario. Al descubrir que su padre lo había construido con sus propias manos, se quedaron atónitos.

Holly sonrió a Gray.

—Recordarán este día para el resto de sus días —le aseguró en voz baja.

Vio que él asentía, lleno de satisfacción, pero tuvo que desviar la mirada. Ese «algo» que había entre ellos, de pronto fue demasiado intenso.

Terminado el desayuno, los niños se lanzaron a representar su primera función de títeres en el porche. Holly, Gray y Janet fueron el público, y se sentaron felizmente en la fila de sillas, con los cachorros a sus pies.

—Los cachorros también tienen que ver la obra —insistió Anna.

Por supuesto, la función recibió numerosos aplausos y, al terminar, los mellizos salieron corriendo a planear la siguiente.

—Pronto les llamaremos Shake y Speare —murmuró Janet con buen humor, antes de regresar a la cocina a preparar bollos para media mañana.

Holly la hubiera seguido, de no ser porque Gray la sujetó del brazo. Ella dio un respingo, como si la hubiera quemado, y se sintió una tonta.

—¿Te gustaría venir a dar una vuelta en coche conmigo?

Necesitó un momento para recuperar el aliento.

—No creo que podamos apartar a Anna y Josh de las marionetas en todo el día.

Gray sonrió.

—No tenía pensado invitar a los niños. Seguro que prefieren quedarse aquí, y Janet cuidará de ellos.

A Holly le dio un vuelco el corazón.

—¿Seguro que Janet no tiene otros planes?

—Seguro, ya he hablado con ella y le encantaría pasar el día con los mellizos. De hecho, ha empezado a preparamos comida para hacer un picnic.

—¿En serio?

—Te has ganado un día libre, y pensé que te gustaría ver el desfiladero.

Era muy amable por molestarse en entretenerla.

—Gracias, me encantará conocerlo —admitió, con marcada formalidad—. Les explicaré a Anna y Josh que…

Gray la detuvo elevando la mano.

—Ya se lo explico yo mientras tú te arreglas. Vas a necesitar crema solar, un sombrero y calzado resistente.

Casi la estaba obligando, pero por una vez no le importó.

En su habitación, se miró en el espejo. Como siempre, vestía una vieja camiseta lisa y pantalones vaqueros, llevaba el pelo recogido en una coleta y tenía la nariz plagada de nuevas pecas.

En Nueva York, si un hombre le invitaba a pasar el día juntos, rebuscaría en su armario el conjunto perfecto, llamaría a sus amigas para que le aconsejaran, y se haría la manicura, la pedicura y la depilación.

Le resultaba extraño pensar que iba a pasar todo el día con un hombre que no era Brandon, y a quien no le preocupaba qué aspecto tenía. Resultaba un descanso saber que no tenía que esforzarse con Gray Kidman.

Después de haber pintado juntos el teatro de marionetas, habían logrado una agradable relación laboral, así que ella podía guardar sus coqueteos para el nuevo hombre que encontraría al regresar a casa en otoño. El cosquilleo que sentía estando cerca de él sólo eran hormonas, y debía estar agradecida de saber que seguían funcionando.

Capítulo 8

Conforme se alejaban de Jabiru Creek levantando una polvareda con el coche, Holly fue consciente de lo aislado que estaba el rancho.

Nada más pasar el último edificio, se encontraron de nuevo en una pista en mitad de interminables llanuras que se extendían en todas direcciones. No veía más que el cielo azul y sin nubes, el polvo rojo y algo de hierba, junto con algunas cabezas de ganado refugiadas bajo la sombra de algún árbol.

—Debe de ser fabuloso pasearse por esta tierra a caballo —comentó, en parte porque realmente lo pensaba, y en parte porque quería decir algo positivo del monótono paisaje.

Gray se giró hacia ella sorprendido.

—¿Montas a caballo?

—No desde hace siglos. Pero hubo un tiempo en que montar a caballo era mi deporte favorito.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —preguntó él, perplejo.

—He venido para ser la niñera de tus hijos, no para pasearme a caballo.

Gray, con la mirada clavada en la carretera, sacudió la cabeza.

—Seguro que puedes sacar algo de tiempo para montar mientras estés aquí.

—Eso sería maravilloso, aunque seguro que lo lamentaré cuando me duela todo el cuerpo.

Él la miró con ojos brillantes.

—Se te pasará —aseguró y, tras unos instantes, añadió—: Pensaba enseñar a montar a Anna y Josh.

—Genial. Les encantará.

—¿A Anna también?

—A ella especialmente. Cada día se hace más a la vida en el outback.

Gray sonrió.

—Tendré que medirles para sus cascos de montar.

Dicho eso, volvió a su pensativo silencio, y Holly intuyó que pasaba de centrarse en la conversación al milenario paisaje que los rodeaba.

Al cabo de un tiempo, frente a ellos apareció una cordillera de montañas rojas. Coronaron una de las montañas y Gray detuvo el coche. Delante de ellos, la tierra se hundía, sin previo aviso, formando una cadena de acantilados.

—¡Cielo santo! —exclamó Holly, agradeciendo llevar puesto el

cinturón de seguridad.

Inclinándose hacia delante tanto como podía, miró por la polvorienta ventanilla.

—No es el Gran Cañón, desde luego —señaló él.

—Pero es espectacular —aseguró ella y, mirando hacia atrás, vio las vacías llanuras que acababan de atravesar—. ¿Seguimos en tus tierras todavía?

—Por supuesto —respondió él, abriendo su puerta—. Ven a echar un vistazo. Esto me encanta.

El sol era achicharrante. Holly se caló bien el sombrero y no se acercó demasiado al borde del acantilado. Quedaba una larga distancia hasta las pozas de agua cristalina en la base. Sólo con mirar rápidamente una vez, se sintió mareada.

—Ven conmigo.

Gray había sacado sus mochilas de la furgoneta y le tendía la más pequeña.

—Te enseñaré la mejor manera de disfrutar de las vistas.

Ella estuvo a punto de declinar la oferta. Ya lo veía suficientemente bien agarrada al parachoques. Pero Gray estaba ofreciéndole su mano, con tal aire de confianza que resultaba muy convincente.

Reuniendo valor, Holly logró soltarse del parachoques y lo agarró de la mano, que resultó maravillosamente fuerte y segura. Lo apretó tan fuerte que temió hacerle daño.

Para su alivio, él la apartó del borde del acantilado hacia lo que al principio parecía un agujero en el suelo, y que resultaron ser unos escalones esculpidos en la roca.

—Conduce al interior de una de las cuevas —informó él.

—Increíble. ¿Has hecho tú las escaleras?

Gray rio.

—Qué va. Llevan aquí más de un siglo, mi abuelo ayudó a esculpirlas.

Curiosa, Holly le siguió en el descenso.

La cueva a la que se dirigían no era lúgubre, al contrario, estaba llena de luz. Y el suelo era de arena blanca, lo que le tranquilizó.

Al llegar a la base de las escaleras, Holly miró alrededor maravillada. La cueva se situaba en una de las paredes del acantilado, conformando una plataforma segura con unas espectaculares vistas al cañón.

—Gray, es fabuloso…

Vio que él la observaba atentamente, como si le importara mucho su reacción.

—No está mal, ¿verdad? —dijo él, sonriendo satisfecho.

—Es una maravilla. Voy a sentarme para apreciarlo mejor.

Para entonces, era extremadamente consciente de que seguían agarrados de la mano, y sentía el calor de la palma de él y la presión de sus dedos conforme la sujetaba firmemente y a salvo. Le costó soltarse de él, para sentarse en el suelo arenoso.

Gray se acercó entonces a la boca de la cueva y, agachándose, apreció la vista. Le encantaba aquel lugar, con sus pozas cristalinas reflejando el cielo y las espectaculares formaciones de arena de aquel paisaje milenario. Siempre le emocionaba aquella grandeza.

Ese día, sin embargo, intentó imaginarse qué le parecería a Holly. No sabía por qué le importaba tanto, pero esperaba que comprendiera por qué significaba tanto para él.

Por lo menos, ella era capaz de estar en silencio. Parecía contenta empapándose del ambiente, o tomando fotos con su pequeña cámara digital.

Gray se recostó sobre una pared de arenisca. Oyó el canto lejano de las cacatúas y contempló a un par de aves que se refrescaban en el agua.

Transcurrido un rato, preguntó en voz baja:

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Es bellísimo —respondió Holly suavemente—. Casi resulta… espiritual.

«Una buena respuesta».

—Es espiritual —recalcó él—. Al menos, para los aborígenes.

«Y para mí también», pensó, recordando la cantidad de momentos duros en su vida en que había ido hasta allí para encontrar algo de paz.

Gateando, Holly se le acercó un poco. Se sentó a lo indio y contempló el paisaje.

—Es increíble. Inolvidable —murmuró, y tomó algunas fotos—. Seguro que este cañón lleva aquí toda la vida. Si un dinosaurio saliera de detrás de una de esas rocas, no resultaría extraño.

Tenía el rostro relajado, y los ojos le brillaban de emoción. Gray se obligó a desviar la mirada, y se concentró en un lagarto que desapareció por una grieta. Tenía ganas de que a Holly le gustara aquel lugar, pero no esperaba que captara tan bien su misterio atemporal.

—¿Es una locura sentir que hay alguien aquí? —preguntó ella—. ¿Un espíritu bueno que nos cuida?

A él se le hizo un nudo en la garganta. Necesitó un momento antes de responder.

—Ninguna locura. Por eso amo este lugar. Cuando llego aquí y me empapo de este silencio, siempre me siento más fuerte y capaz. Los aborígenes lo llaman «escuchar a la tierra».

Se giró y vio que Holly asentía lentamente, con una hermosa

sonrisa que iluminaba su rostro.

—Escuchar a la tierra —repitió suavemente—. Me gusta eso. Solía hacerlo a menudo de pequeña en Vermont. Me encantaba ir caminando al colegio, bajo los arces y los abedules.

Gray se puso en pie y se acercó al borde de la cueva, a punto de llorar. Nunca habría imaginado conocer a una mujer como Holly, encantadora, dulce y tan acorde a su propio mundo. Había estado a punto de atraerla hacia sí y besarla, de saborear su sonrisa. «Una mala idea». Ella estaba allí para ayudar a sus hijos, y regresaría a Estados Unidos para comenzar su nueva carrera profesional. Además, su estúpido novio acababa de romperle el corazón. Lo último que necesitaba era que el exmarido australiano de su prima se le insinuara. Especialmente, cuando ese hombre no sabía hacer felices a las mujeres.

Por múltiples razones, sería un tonto si empezaba algo con ella. Aunque ella insistiera en que le encantaba el outback, tal vez no quisiera vivir allí. No con él. Pronto se daría cuenta de su error, igual que le había pasado a su prima.

—Esta tierra debe de ser fuente de inspiración para músicos y artistas —estaba diciendo ella—. Y escritores. No conozco nada de literatura sobre tu outback, pero debe de haber novelas y poesía. ¿Tienes algún…?

Se detuvo a mitad de frase y se ruborizó, como dándose cuenta de que había cometido un terrible error.

—Lo siento, ya sé que no lees mucho.

Gray se tensó y le invadió el miedo al ridículo del que nunca había conseguido librarse. Lo único que deseaba en aquel momento era cambiar de conversación.

—Puedo recitarte algo de poesía local —se apresuró a decir.

La vergüenza de recitar no era nada comparado con que se descubriera su gran defecto.

Al ver el rostro atónito de ella, se sintió aún más estúpido.

—Me encantaría oírlo.

—Son poemas muy sencillos, nada que ver con Shakespeare —advirtió, deseando poder zafarse de aquello.

—Las cosas sencillas suelen ser las más auténticas.

Maldición, estaba arrinconado. Parecería aún más tonto si se negaba. Carraspeó y, con la mirada clavada en el cañón, recitó:

«He atravesado tierras duras y rojas
de fantasmales cauchos que brillan blancos,
y dunas de arena que invaden el cauce del río,
y todo el día rezaba por que llegara la noche.
He oído a la tierra cantarme

cuando aquietaba mi mente,
un canto del Tiempo del Sueño
proveniente de las rocas y los árboles…».

Gray hizo una pausa y se dio cuenta de que Holly lo miraba interrogante.

—Lo siento —se disculpó, con las mejillas encendidas. ¿Por qué había recurrido a un poema para salir del apuro?

—No te disculpes. Me ha encantado, Gray.

Él se encogió de hombros con exageración y desvió la mirada al cañón, donde un grupo de ualabíes se alimentaban de la vegetación húmeda al pie de una poza.

—¿Cuándo aprendiste ese poema? —preguntó ella, con la curiosidad propia de una profesora.

—No lo recuerdo.

—¿Quién lo escribió?

Gray se ruborizó aún más y contestó bruscamente, sin mirarla:

—Es una tontería… el poema es mío.

Ella ahogó un grito.

—¿Es tuyo? ¿Cuándo lo escribiste?

Él encogió de nuevo sus anchos hombros.

—Hace años, ya no lo recuerdo. Fue estando aquí, junto a una hoguera, yo solo.

Presa de una terrible vergüenza, se puso en pie y recogió su mochila, deseoso de acabar con aquella conversación.

—Gray, por favor, no te molestes, pero es maravilloso que hayas creado un poema tan bonito. Estoy impresionada.

—Gracias.

—¿A Chelsea le gustaba?

Él suspiró, y luego contempló el cielo azul y las paredes de arena roja.

—Compartí mis poemas con ella una vez, pero sólo vio una excusa más para rogarme que renunciara a mi ganado y nos instaláramos en la ciudad. Quería que fuéramos una pareja de artistas: ella, coreógrafa en Sídney, y yo, recitando mis poemas.

—Eso no suena muy práctico…

—Estaba convencida de que sería un éxito. Siempre me estaba buscando una ocupación distinta de cuidar ganado.

Holly no dijo nada, pero tenía el ceño fruncido. Entonces, presa de una gran idea, abrió su mochila y sacó un cuaderno.

—Me gustaría anotar tu poema.

—¿Por qué? —gruñó él suspicaz, pensando aún en Chelsea.

—Porque es maravilloso, me gusta mucho. Quiero poder leerlo de nuevo cuando me encuentre en Estados Unidos.

Se colocó el cuaderno en el regazo y preparó un bolígrafo.

Gray se obligó a relajarse. La petición de Holly no era ninguna amenaza. De hecho, le gustaba imaginársela sacando su cuaderno, de regreso en la bulliciosa Manhattan, y leyendo su poema… Tal vez recordaría aquel momento, aquella paz.

Con timidez, pero ya no incómodo, comenzó de nuevo: «He atravesado tierras duras y rojas…».

La mano de Holly volaba sobre el papel, dejando una caligrafía impoluta. Asintió entusiasmada cuando Gray terminó la primera estrofa y añadió una segunda.

—Es fabuloso. Gracias —alabó al finalizar, guardando el cuaderno con las mejillas encendidas y la mirada brillante.

—De nada.

—Tener una copia de tu poema convierte esta excursión en algo aún mejor.

Gray estaba más contento de lo que debería, pero no iba a mostrarlo.

—¿Te gustaría llegar hasta la base del cañón? —ofreció, con cara de póquer.

—Ya lo creo —contestó ella, levantándose y agarrando su mano con confianza casi infantil—. Te sigo.

De la mano de Gray de nuevo, mientras descendían los escarpados escalones, Holly se dio cuenta de que se había metido en un lío.

Acababa de descubrir dos cosas muy importantes acerca de él: que amaba profundamente su tierra, y que había existido una razón para la ruptura de su matrimonio.

También había descubierto algo acerca de sí misma.

Sentada en la hermosa cueva, escuchándole recitar tímidamente su poema, le había sucedido algo crucial, inesperado y que le rompería el corazón.

El sol del mediodía se colaba hasta el fondo del cañón, calentando las rocas donde iban a disfrutar de su picnic: sándwiches de huevo y lechuga en pan casero, bizcocho de frutas, y naranjas.

Holly hundió la mano en el agua cristalina mientras Gray encendía una hoguera para el té.

—¿Está fría el agua? —preguntó.

—Fría sí, aunque no gélida.

—Podríamos darnos un baño si no temieras a los cocodrilos.

—Por supuesto que los temo, ¿quién no lo haría?

Al verle sonreír, supo que bromeaba.

Le observó mientras trabajaba: la piel bronceada de su cuello, la camisa abrazando sus anchos hombros, sus largos dedos partiendo ramitas hábilmente y lanzándolas al fuego.

Se imaginó poniéndose el bañador y remojándose con él, y se estremeció de placer.

—El agua aún tardará unos minutos en hervir —anunció él, sacándola de sus pensamientos—. Será mejor que empecemos a comer.

Holly estaba más hambrienta de lo que creía, y los sándwiches le supieron a gloria.

El cañón se hallaba completamente en silencio. Con el calor, los pájaros habían desaparecido. Gray había apoyado la espalda sobre una pared de roca, y tenía las piernas estiradas y el rostro protegido del sol por su sombrero de ala ancha. Parecía muy relajado.

Holly imaginaba que comerían en silencio, segura de que él lo prefería, así que le sorprendió cuando empezó a hablar.

—¿Qué te hizo decidirte a ser profesora?

—La que tuve en cuarto de primaria, la señorita Potter. Era amorosa, brillante y amable. Consiguió que toda la clase nos aficionáramos a la lectura.

Gray asintió lentamente, observándola por debajo del ala de su sombrero.

—Empecé a dar clases en Vermont —explicó Holly—. Eso estuvo bien durante unos años, pero me atraía mucho la biblioteca, así que decidí formarme para dirigir una biblioteca escolar. Por eso fui a Nueva York.

—Dejando atrás a tu novio.

—Sí —reconoció Holly.

Esperaba el acostumbrado dolor que le invadía cuando pensaba en Brandon. Y lo sintió, pero no inmediatamente, y mucho más suave que otras veces.

Advirtió que Gray la estaba observando, y que apartó la mirada rápidamente, fijándola en el fuego. Apartó el cazo, añadió la infusión, y la dejó reposar.

—¿Lista para el té? —preguntó, tras unos minutos.

—Gracias —dijo Holly, agarrando la taza con té caliente, negro y dulce.

Dio un sorbo, que le ayudó a calmar la tensión de su interior, una tensión que no tenía nada que ver con Brandon y sí con su actual compañía.

—Gray…

—¿Sí? —dijo él, cómodamente apoyado en la roca, con su té en la mano.

—¿Existía el Colegio del Aire cuando eras pequeño?

—¿Tenemos que hablar del colegio precisamente ahora?

—No es imprescindible, pero acabo de contarte acerca de mi profesora preferida. Y estaba pensando en tu precioso poema, preguntándome dónde habrías aprendido poesía.

—No fue en el Colegio del Aire, eso te lo aseguro.

—¿Estuviste en un internado?

Gray suspiró pesadamente.

—¿No podemos dejar el tema, Holly?

—Soy profesora, no puedo evitar querer saber estas cosas. ¿O es otro tema tabú?

Gray frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Tengo la impresión de que, cada vez que hablamos, cometo algún error. Siempre hay algo de lo que no quieres hablar. De Chelsea, puedo entenderlo. Pero ¿qué tiene de malo hablar del colegio?

—El colegio al que uno va no importa aquí, en plena naturaleza. No somos unos esnobs que necesitemos impresionar a otros.

—No te estoy pidiendo que te pavonees. Sólo tengo curiosidad, cualquier cosa acerca de tu colegio me serviría. Tu mejor profesor, o el peor. Tu materia preferida, el deporte que más te gustaba…

Vio movimiento a su lado y, al instante, Gray estaba sobre ella. Se dio cuenta de que tenía intención de besarla, y se encendió por dentro. Debería decir algo para impedírselo, pero su cerebro no cooperaba.

Gray la besó suavemente en la boca, y ella se derritió y respondió como si aquello fuera un sueño.

La boca de él era como un sol abrasador, avanzando sobre sus labios centímetro a centímetro, con cautela al principio. Holly no se movió, por si en cualquier momento se despertaba y tenía que comportarse responsablemente. Porque no quería ser responsable. Al principio, le pudo la curiosidad, y luego se quedó hechizada con el encanto absolutamente masculino de él.

Derretida, entreabrió los labios. Gray aceptó su invitación sin dudarlo. La sujetó por la nuca, y su beso, con leve sabor a naranja y a té, se volvió experto y tremendamente seductor.

Holly podía oler el sol en su piel, sentir el calor en sus párpados cerrados, entregada por completo a aquella boca sabia. No podría resistirse aunque quisiera.

Una dulce urgencia nació en su interior, empujándola a acercarse a él, a abrazarlo por el cuello y devolverle el beso, a comunicar con su cuerpo la abrumadora impaciencia que estaba apoderándose de ella.

«Como se detenga, me muero».

Un gemido rasgó el silencio. Era suyo, pero no era momento de preocuparse por el decoro.

Para su consternación, Gray se apartó.

«¡No!», pensó ella, con los ojos aún cerrados.

En el silencio que los rodeaba, podía oír su corazón desbocado y los jadeos de Gray.

Él la besó tiernamente en la nariz y se separó aún más.

—Lo siento —se disculpó, mirándola arrepentido.

¿Cómo podía él haberle brindado el beso más apasionado de su vida, posiblemente el beso más fabuloso desde el principio de los tiempos, y pedir perdón como si fuera un error?

—¿Por qué te disculpas? —preguntó, destrozada.

—No debería haberte besado —respondió él, y tragó saliva—. Por favor, no le des mucha importancia.

—¿Por qué lo has hecho?

Él sonrió compungido.

—Me pareció una buena idea.

—¿Me has besado para hacerme callar?

Lo vio asentir, y se apoyó contra la piedra sin dar crédito. Qué ingenua. Se había dejado llevar completamente, mientras que para él había sido una manera de evitar preguntas incómodas.

—Soy una idiota —afirmó.

—No, Holly.

—¿Qué soy entonces?

Él sacudió la cabeza mientras sonreía.

—¿Otra pregunta? Debería haber sabido lo peligroso que es besar a una profesora.

—Sí, deberías aprender algunas cosas —le espetó ella con brusquedad.

Las bromas no eran su fuerte, y menos aún cuando estaba tan enfadada.

Maldito Gray. Aún podía sentir sus cálidos labios besándola. Aún podía olerlo y saborearlo, y sentir las olas de placer en su interior. Y para él sólo había sido un juego…

Evitando mirarlo, se puso en pie y empezó a recoger el picnic.

Mientras subían con más facilidad que el descenso, Gray fue consciente de que había estropeado un día perfecto. Había permitido que Holly creyera que la había besado para distraerla. Lo cual era cierto, hasta un punto. Ella había forzado la conversación en una dirección que él no quería tomar, le había presionado a desvelar su secreto, y había tenido que detenerla.

Era un mal hábito que había comenzado en su matrimonio. Siempre que su esposa le presentaba uno de sus planes para abandonar Jabiru Creek, le resultaba más fácil seducirla que confesarle la verdad: que no tenía aptitudes para ningún empleo, aparte de dirigir aquel rancho.

De todas formas, aunque su impulso inicial de besar a Holly había sido por autoprotección, todo había cambiado en cuanto sus labios se habían tocado. Entonces, una especie de hechizo se había apoderado de él.

Hacía mucho tiempo que no besaba a una mujer, eso explicaría por qué se había excitado tanto. Pero la abstinencia no explicaba por qué había sentido una conexión emocional con ella, ni por qué sentía que besarla era lo correcto, tanto como simplemente estar a su lado.

A pesar de sus preguntas, ella era una compañía tremendamente agradable, y se sentía como en casa en el outback. Deseaba una conexión más profunda con ella, y su cuerpo latía de deseo de entregarse a su dulce abrazo.

Afortunadamente, oírla gemir le había devuelto a la realidad. Sin esa advertencia, tal vez no habría encontrado la fuerza de voluntad para detenerse. Pero, al ponerse a la defensiva, había herido a Holly y estropeado algo especial.

Debería haberlo sabido. ¿Acaso su matrimonio no le había enseñado que él no tenía nada que hacer con una mujer inteligente y culta? ¿Aún no había aprendido que estaba mejor solo?

O lo estaría hasta que la educación de sus hijos lo superara.

El viaje de regreso se produjo en un incómodo silencio, con lo cual Holly tuvo mucho tiempo para rumiar lo sucedido.

Durante un momento, mientras Gray y ella contemplaban el cañón, había experimentado una auténtica conexión con él. Y a la vez, se había dado cuenta de que, aunque no quería que ocurriera, se había enamorado de él.

Lo cual significaba que él podía hacerle tanto daño como Brandon.

No debería haber permitido que la besara. ¿Por qué no había sido más juiciosa? Lo último que necesitaba era otra relación, especialmente con el exmarido de Chelsea.

Quería libertad, no complicaciones. ¿Para qué iba a poner en peligro su corazón, cuando tenía un fabuloso empleo esperándole en casa?

«No le des mucha importancia», había dicho él. ¿Cómo podía haberla besado sólo para hacerla callar? ¿Qué problema había en preguntarle por su colegio? O por su falta de libros…

De pronto, le recorrió un escalofrío conforme muchas de las rarezas de Gray empezaban a cuadrarle: su desconocimiento de Winnie the Pooh; su reacción en Nueva York, cuando ella le había animado a leerles un cuento a sus hijos; su falta de atención a los menús, y al folleto de Central Park…

Lo observó de reojo, desde el bulto en su entrepierna hasta su

marcado perfil. Gray Kidman, experto ganadero, atractivo y capaz… ¿era analfabeto? Resultaba difícil de admitir. Pero si había crecido allí, a cientos de kilómetros de un colegio y seguramente sin un tutor, no era difícil imaginar que tal vez no supiera leer ni escribir. Seguramente conocía unas cuantas palabras que le permitían manejarse en la vida, y ya.

Holly recordó la falta de afecto de su madre. ¿Qué rol había tenido en la infancia de su hijo? ¿La tensión entre ellos habría empezado mucho tiempo atrás? Los problemas de analfabetismo solían estar causados por asuntos emocionales de la niñez.

Pero los analfabetos podían ser muy astutos y competentes, y Gray era un claro ejemplo de inteligencia y talento. Creaba poesía de memoria. ¿Cuánta gente era capaz de eso? Y, con Ted llevando la contabilidad, dirigía su negocio con gran éxito.

Sintió compasión de que un hombre tan orgulloso y capaz como él tuviera un problema que se veía obligado a esconder. A pesar de eso, se había manejado fabulosamente en la vida.

Aunque tal vez ella exageraba y estaba completamente equivocada.

Las últimas luces del día teñían los prados de rosa y malva, cuando Holly y Gray alcanzaron la casa. Grillos y saltamontes cantaban sus melodías en los árboles junto al arroyo.

Anna y Josh, recién bañados y en pijama, corrieron a saludarlos, seguidos por Janet.

—No han dado ningún problema —aseguró la mujer a Gray—. Han estado metidos en el estudio casi todo el día.

—Creí que jugarían con las marionetas —comentó él.

—Las han usado, pero principalmente han estado haciendo los deberes.

—Yo no les había encargado nada —intervino Holly, frunciendo el ceño.

—Han estado escribiendo algo para las marionetas —explicó Janet y rio—. Definitivamente, voy a apodarlos Shake y Speare.

—Vamos a hacer una función después de cenar —explicó Anna entusiasmada—. Y todo el mundo tiene un papel.

De los bolsillos de su camisón, sacó unas hojas dobladas e, ilusionada, separó tres páginas para Holly, tres para Janet y otras tres para Gray. Eran fotocopias de su bella caligrafía.

—Papá, tú eres el Búho Hector, yo soy el Ratón Timothy, y Josh…

Holly no escuchó el resto. Estaba demasiado ocupada viendo la mirada horrorizada de Gray.

Miró sus papeles. Anna había escrito un rudimentario guión. Era el tipo de ejercicio que los gemelos habían sido animados a hacer en su

pionero colegio de Manhattan. Debería estar dando saltos de alegría por ellos. De hecho, sí que estaba emocionada, pero también muy preocupada por Gray.

¿Serían correctas sus sospechas? ¿Sería aquello crucial para él? A juzgar por su repentina palidez y el gesto de su boca conforme miraba el papel, la respuesta era… sí.

Se le rompió el corazón al verle forzar una sonrisa.

—Una obra, ¡qué listos sois! —alabó él.

—Tienes que poner tu voz más grave —le advirtió Josh.

Gray dio golpecitos a su papel, pensativo.

—¿Habéis cambiado mucho mi historia?

—¡Muchísimo! —exclamó Anna, señalando el guión—. Lo tienes todo ahí escrito. Hemos creado una historia completamente nueva, para que podamos tener al búho y al ratón, además de una rana, un *wombat* y un cerdo. Todo el mundo tiene un papel.

Gray pareció a punto de enfermar.

Capítulo 9

Gray contempló el guión en sus manos, luchando contra el pánico. Como siempre, entendía alguna palabra, pero el resto no sabía lo que decían. No podía respirar. El corazón iba a estallarle.

«Tengo que tranquilizarme. No puedo perder el control».

—No se puede hacer una obra de marionetas sin marionetas, y no tenéis una de un búho, ¿verdad? —dijo, con tanto desenfado como pudo—. Tendré que fabricar una antes de la función.

—No hace falta, papá —dijo Josh—. Janet ya nos ha hecho uno con un cubreteteras.

Gray conocía bien el cubreteteras que Janet solía usar, seguro que resultaba una perfecta marioneta de búho.

—Esto de la obra suena genial —intervino Holly—. Pero ahora, vuestro padre y yo tenemos que recoger las cosas del coche, y luego asearnos para la cena.

Agradecido por su intervención, Gray fue a por las mochilas. Sorprendido, vio que Holly lo acompañaba.

—Haz que te llamen por teléfono —le sugirió ella, mirándolo con determinación—. Si uno de tus amigos te llama justo después de cenar, con una importante llamada de negocios que tendrás que atender en tu estudio, te perderás las marionetas, pero los mellizos superarán su decepción.

Gray se la quedó mirando, atónito. Holly sonrió y le tocó en la muñeca.

—Janet y yo participaremos en la obra. Se irán a dormir felices.

Cielos, Holly conocía su secreto. Gray sintió un nudo de vergüenza en la garganta. Esa mañana, la había besado para evitar hablar de ello. Y, a punto de quedar en ridículo delante de sus hijos, ella estaba ofreciéndole una salida. Tuvo que controlarse para no abrazarla.

—Tienes razón. Una llamada es una buena idea. Gracias —dijo, bastante bruscamente.

Cerró la puerta de la camioneta y se echó la mochila al hombro.

Conforme volvían juntos a la casa, no fue capaz de mirar a Holly. Le costaba admitir que la vergüenza que había encubierto con éxito durante más de veinte años, había quedado expuesta.

Se sentía un fraude. Ella acababa de salvarle, pero ¿qué pasaría la próxima ocasión? No podía seguir ocultando la verdad a sus hijos. El destino más temido, estaba allí, y no tenía más opción que prepararse para la humillación.

* * *

Alrededor de las ocho y media, Holly llamó a la puerta del estudio.

—Soy yo —anunció.

—Entra, está abierto.

Abrió y encontró a Gray sentado frente a su escritorio, iluminado por una lámpara. Le vio ponerse en pie tenso. Parecía que en la última hora y media, después de la cena, hubiera envejecido repentinamente.

—¿Ya se han dormido los mellizos? —preguntó.

—En la cama están.

—¿Y felices?

—Como perdices —respondió Holly, y sonrió como si no hubiera ningún problema—. Les ha entristecido que no pudieras compartir la diversión, pero han comprendido lo de la llamada de teléfono.

—Gracias —dijo él, con extraña formalidad.

—Anna y Josh han considerado la función de hoy como un ensayo general —le advirtió ella.

Gray intentó sonreír.

—Entonces, ¿planean seguir haciendo la gran actuación?

—Eso me temo. Con todo el reparto, incluido el héroe, el Búho Hector.

—¿Cuándo? ¿Mañana por la noche? —preguntó él, sonriendo levemente.

—Así lo esperan.

Holly lo vio asentir sombrío, y estuvo a punto de echarse a llorar.

—No te preocupes, Gray —se apresuró a decir—. Puedo ayudarte con esto. De hecho, se me da bastante bien este tipo de problema.

Él negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que eres una profesora brillante, pero…

—Antes de que continúes, mira esto.

Sacó una hoja de papel de un bolsillo y se la tendió. Inspiró hondo. Estaba tan nerviosa como él.

Gray desdobló el papel y lo ojeó. Frunció la boca.

—¿Qué es esto? —inquirió, entre la furia y la desesperación.

—Es tu poema, Gray. Lo he fotocopiado para ti.

—¿Mi poema? —cuestionó él, mirándola incrédulo, pero se fijó en el papel de nuevo.

Holly contuvo el aliento mientras le observaba: el exitoso y orgulloso ganadero, en mitad de su estudio, con fotos de toros galardonados en las paredes y una estantería llena de trofeos, cruzado de brazos, firmemente plantado en el suelo, y con el ceño fruncido de concentración ante el papel…

Entonces, vio que empezaba a mover los labios conforme seguía las

palabras, pronunciando cada sílaba conocida en voz baja. Se le encogió el corazón al ver a aquel hombre tan capaz reducido a la vulnerabilidad de un niño. Tragó saliva y se esforzó por contener las lágrimas.

Él continuó hasta llegar al final de la página. Entonces, miró a Holly con un brillo de esperanza en la mirada y las mejillas encendidas.

—Lo siento. Ni siquiera te he ofrecido asiento —se disculpó, señalando el sofá—. Por favor, Holly.

Mientras ella se sentaba, él regresó a su escritorio y, como si no pudiera resistirse, comenzó a leer su poema de nuevo. Al terminar, elevó la vista.

—¿Cómo funciona esto? ¿Es como un código? ¿Si me familiarizo con estas palabras, crees que podré descifrar las demás?

—Es uno de los sistemas que puedes utilizar —respondió ella—. En cuanto a las marionetas, puedo leerte la obra, y podemos ensayar tu parte, igual que hacen los actores. No es lo que se dice una obra maestra de la literatura. Seguro que Anna y Josh ni se darán cuenta si cambias alguna línea que otra.

Gray asintió lentamente y sacó el guión de un cajón del escritorio con la mirada brillante.

—De acuerdo, profe. Juego si tú juegas —dijo, guiñándole un ojo, y se sentó a su lado.

Fue muy divertido. Demasiado, de hecho. Holly disfrutó de cada minuto, aunque intentó ignorar los estremecimientos que le provocaba su cercanía.

Al poco tiempo, él había captado la esencia de la sencilla historia y de su personaje, y sólo necesitó un poco más para aprenderse sus líneas. Tenía una memoria excelente y bien ejercitada.

Cuando acabaron, se quedaron sentados en silencio, recreándose en la sensación de logro.

—Anna es muy lista, ¿a que sí? —comentó él, maravillado, contemplando el guión.

—Es hija tuya, Gray.

—Es hija de su madre. Chelsea era inteligente y creativa.

—Y tú también lo eres —afirmó ella, y vio que él ponía cara de póquer—. Es cierto, eres tan listo como Chelsea, o como tus hijos. Tan sólo te falta una habilidad, y puedo ayudarte con eso.

Gray gimió y se puso en pie. Ella lo imitó.

—Sentiría mucho verte huir de esto de nuevo.

Él la fulminó con la mirada. Holly no se arredró.

—Te has aprendido tus líneas hoy, y mañana representarás la obra de maravilla. ¿Qué sucederá el resto de veces? Sabes que habrá más desafíos.

—Me las apañaré.

—Cierto. Llevas haciéndolo desde hace mucho tiempo, pero te manejarías mucho mejor si supieras leer y escribir.

Ya estaba, había sacado la dura verdad a la luz.

A Gray se le escapó un horrible sonido, como si algo en su interior se hubiera roto. El dolor le contrajo el rostro, y Holly no pudo detener las lágrimas. Aquello era tan duro para él… ¿Había sido demasiado cruel al pronunciar lo que él detestaba? Sólo había hablado porque estaba segura de que podía ayudarlo. Si ambos eran lo suficientemente fuertes, podía ayudarle a superar aquello. Y entonces, él sería libre…

Se enjugó las lágrimas bruscamente y le tocó en el brazo.

—¿Y si hablamos de ello? —propuso con suavidad.

Él contestó con un suspiro. Pero Holly no iba a rendirse.

—Me imagino que sucedió algo cuando eras pequeño. ¿Me lo cuentas?

—¿Para qué?

—Podría ser importante. Eres inteligente y enormemente capaz, lo cual quiere decir que, seguramente, hay una razón emocional por la que no aprendiste a leer. ¿Has hablado de esto con alguien?

—No.

—¿Ni siquiera con Chelsea?

Él negó con la cabeza.

A Holly no le sorprendía. Sospechaba que su prima se había enamorado de su fabuloso aspecto, pero no había logrado conectar con sus necesidades más profundas. Lo cual significaba que llevaba demasiado tiempo portando aquella carga él solo.

—Yo no soy psicóloga, pero hablar de ello es el primer paso.

—¿Quieres que me tumbe en el sofá y te cuente mi niñez? —le retó él, mirándola fijamente.

Holly contuvo el aliento, y esperó. Entonces, para alivio suyo, vio que él sonreía.

—De acuerdo, doctora O'Mara. No pierdo nada por probarlo.

No se tumbó, sino que los dos se pusieron cómodos en el sofá. Sirvió un par de copas de whisky. Holly no solía beber pero, por ser amigable, aceptó el vaso.

Gray dio un sorbo a su bebida.

—Muy bien… ¿por dónde crees que debería empezar?

—¿Alguien empezó a enseñarte a leer?

Gray suspiró.

—Mi madre lo intentó.

Holly recordó la tensión palpable entre ella y su hijo en el aeropuerto.

—¿Vivía aquí contigo?

—Sí. Dábamos las clases, si es que podían llamarse así, en esta

misma habitación. Yo las odiaba —explicó Gray—. Amaba a mi madre, por supuesto, pero temía nuestras sesiones de lectura.

—¿Por qué?

—Sabía que a ella le suponían una carga, y además siempre tenía prisa. Yo me esforzaba al máximo por agradarla, pero me entraba el pánico y entonces iba más lento, y ella se frustraba y terminaba llorando.

Holly se imaginó a aquel pequeño intentando agradar a su madre y fallando sin remedio.

Gray terminó su whisky y dejó el vaso en la mesa.

—No ayudaba mucho el que mi madre detestara vivir aquí. Mi padre y ella discutían horriblemente casi todo el tiempo. Iban camino del divorcio, aunque por entonces yo no me daba cuenta. Mi lectura, o mi falta de ella, se convirtió en una de las causas de su separación. Se acusaban el uno al otro de mi fracaso.

—¿Discutían acerca de tu problema con la lectura delante de ti?

—A veces —respondió él, sombrío—. Pero, aunque cerraran la puerta, podía oír sus gritos. Me sentía culpable. Si supiera leer, volverían a quererse y todo recuperaría la normalidad. Pero mi madre ya se había desentendido de mí.

Se levantó para servirse otro whisky, pero lo pensó mejor y volvió a sentarse.

—No tiene sentido emborracharse por algo que sucedió hace tanto tiempo.

—Puedes beberte el mío si quieres —le ofreció Holly—. Sólo he dado un par de sorbos.

Gray agarró el vaso con sonrisa temblorosa.

—Gracias —dijo, y bebió un poco—. Tienes razón, hablar de esto ayuda. Nunca me había permitido a mí mismo reflexionar sobre ello.

—Ya entiendo por qué no podías leer —dijo ella—. Desarrollaste un bloqueo emocional.

—Y mi escritura era igual de pésima. La hora de la verdad llegó justo antes de que mi madre abandonara Jabiru. Yo quería rogarle que se quedara, y pensé que, si le escribía una nota diciéndole cuánto la quería, se quedaría sin dudarlo.

Forzó una risa, pero Holly captó el dolor en el fondo. Quiso abrazarlo y consolarlo.

—La carta iba a ser una maravillosa sorpresa para ella —continuó él—. La deslicé por debajo de la puerta de su dormitorio… Fue el peor error de mi vida. Mis padres tuvieron la peor de sus peleas a causa de mis faltas de ortografía. Lo oí todo. Ella dijo que mi letra era ilegible y que yo no tenía solución, que era una desgracia.

Holly se estremeció. Podía imaginarse la nota llena de faltas, sin puntuación, con mala caligrafía. Pero era un mensaje desde el corazón

de un niño angustiado. ¿Cómo podían haber ignorado eso sus padres?

—Parece que tu madre no pudo soportar la situación —señaló—. ¿Tu padre salió en tu defensa?

Gray sacudió la cabeza.

—Ese era el otro problema. Mi padre no confiaba en los libros. Él tampoco había recibido mucha educación, al igual que la mayoría de sus amigos, y aseguraba que estaban bien. ¿Quién necesitaba al maldito Shakespeare y las enciclopedias? Los libros no podían ayudar a un hombre a capturar a un toro salvaje, ni a arreglar una alambrada.

Holly asintió, imaginando la situación: el ganadero terco y analfabeto casado con la mujer de ciudad, tensa e infeliz. En la generación siguiente, la historia se había repetido al casarse Gray con Chelsea.

—¿Tu madre se marchó?

Gray suspiró pesadamente.

—A los pocos días. Se fue a vivir a Sídney. Y no tardó mucho en encontrar un nuevo marido, dueño de una inmobiliaria. Su hijo fue a los mejores colegios, y ahora es un brillante banquero de inversiones.

—¿Y tú te quedaste aquí con tu padre?

Gray asintió.

—Mi educación fue puramente práctica a partir de entonces —afirmó y, entrecerrando los ojos, sonrió de medio lado.

Holly se estremeció de placer. Cuando él la miraba así, sólo podía pensar en abrazarlo y acariciarlo. Se sujetó las manos firmemente para evitar tocarlo.

—De acuerdo, no tenías niñera —se obligó a continuar—. ¿Qué me dices del Colegio del Aire?

Gray negó con la cabeza.

—¿Quieres decir que no recibiste ninguna educación?

—Me temo que no.

—¿Cómo logró tu padre salirse con la suya? Seguro que de vez en cuando venía alguien del Departamento de Educación preguntando sobre ti…

—Probablemente —dijo él, y se encogió de hombros—. Mi padre se aseguraba de que yo estuviera reuniendo al ganado siempre que algún funcionario venía a fisgonear. Se enorgullecía de haberme enseñado habilidades prácticas y haberme mantenido apartado de los libros y el colegio. Al mirar atrás, no puedo evitar pensar que me alejó de los libros como reacción a que mi madre nos abandonara.

«¡Eso es un crimen!», quiso gritar Holly, pero se contuvo. Criticar al padre de Gray no iba a ayudar en nada.

—Para cuando comprendí mi desventaja, ya era demasiado mayor, orgulloso y terco —concluyó, y se encogió de hombros—. Como te he dicho, he salido adelante.

—Y de forma brillante.

—Aprendí a escribir mi nombre y mi dirección, a rellenar formularios sencillos. Si hubiera querido, habría encontrado la forma de aprender más por mi cuenta. Pero nunca he necesitado leer en mi tipo de trabajo. Aunque ahora…

Se detuvo y frunció el ceño, con la vista clavada en su vaso.

—Supongo que prefieres que Anna y Josh no conozcan tu falta de escolarización.

Dejó el vaso, aún a medias, a un lado.

—No puedo seguir ocultándoselo. Y ya es demasiado tarde para empezar a aprender.

—No lo creo —replicó Holly con suavidad y, sin poder contenerse, lo besó en la mejilla—. De hecho… estoy segura de que no es demasiado tarde.

Sus rostros se encontraban a meros centímetros de distancia. Holly notó que se encendía por dentro.

Parecía que sus últimas palabras, «estoy segura de que no es demasiado tarde», ya no se refirieran a la lectura. Gray la miró con tal intensidad que la dejó sin aliento.

Sería tan fácil acercarse un poco más e invitarle a repetir el beso… Era lo que más deseaba. Pero logró encontrar la fuerza para separarse. Tenía que pensar con claridad. Debía recordar que el beso junto al cañón no se debía a que él la deseara. Gray lo había dejado muy claro. Lo importante en aquel momento era recordar que sólo le quedaban unas semanas más en Australia, y que tenía que empezar a enseñarle a leer.

Nunca se lo perdonaría si no lo intentaba.

—De hecho, se ha hecho un poco tarde para empezar con las clases de lectura —dijo, sin levantar la vista—. Pero podemos comenzar mañana por la noche, cuando los niños estén ya acostados.

Lo miró, y vio su mirada cargada de emoción.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Lo digo en serio, Holly. Muchas gracias. Eres una mujer fabulosa. No tienes ni idea…

—Sí que la tengo —le interrumpió ella, forzando una sonrisa—. Tengo mucha idea, por eso me gustaría ayudarte.

Gray sonrió. De pronto, parecía más joven, más libre, más relajado.

—Has hecho mucho por mí. ¿Cómo puedo agradecértelo?

«¿Besándome de nuevo?», pensó ella. Cielo santo, ¿dónde estaba su sentido común?

—¿Podrías organizar que montáramos a caballo? No sólo yo, los niños también.

—Por supuesto. Será lo primero que haga por la mañana.

Gray se quedó sentado durante siglos después de que Holly se marchara, contemplando las cuatro paredes de su estudio y reviviendo los recuerdos que acababa de revelar. Para su sorpresa, ya no le hacían tanto daño. Era como si al hablar de ellos ya no fueran sus pesadillas privadas, sino algo más real, pistas en un crimen.

En el fondo, siempre había creído que el hecho de ser analfabeto era culpa suya. Había permitido que Chelsea se marchara porque no se creía digno de ella. Pero la realidad era que su madre no había sabido enseñarle, y su padre le había impedido recibir una educación decente.

Cierto, su padre le había enseñado casi todo lo que sabía acerca del ganado, máquinas y carpintería, pero el mundo era grande y complicado, y los conocimientos prácticos sólo permitían llegar hasta un cierto punto. El outback era un lugar limitado, y él quería que sus hijos tuvieran oportunidades que él nunca había tenido. Y para eso necesitaban estudios.

Por primera vez, se permitió aceptar que no era totalmente culpable de su analfabetismo. Sí que era culpa suya no haber hecho nada para solucionar el problema con el que ellos le habían dejado. Si hubiera tenido una desventaja a nivel físico, habría buscado consejo médico, no habría intentado ocultarla.

Holly nunca imaginaría cuánto le había costado admitir que no sabía leer ni escribir. Ya no se sentía impotente al respecto. Por fin iba a ponerle remedio, con su ayuda.

Se sentía como un hombre al que acababan de soltar de la cárcel. Debería contárselo a Holly, seguramente le haría sonreír. Y le encantaba verla sonreír.

—Ahora es el turno de Holly —anunció Gray a sus hijos—. Va a demostramos cómo monta a caballo una chica de Vermont.

Los había despertado temprano, anunciando que darían la clase de hípica antes del colegio, y había sacado al picadero cuatro de sus caballos más tranquilos. Anna y Josh, con aire de suficiencia, estaban sobre unos pequeños ponis, mientras Gray sujetaba sus riendas.

Holly hubiera preferido probar sin público la primera vez, pero tres pares de ojos la observaban. Los miró con el ceño fruncido.

—Os advierto de que hace mucho tiempo que no me subo a un caballo.

—No habrás olvidado cómo se monta —le aseguró Gray.

—Tal vez mis músculos sí que lo hayan olvidado.

—Eso no es más que charla derrotista —dijo él sonriendo.

Holly sabía que él tenía razón. Pero, por más que lo intentaba, no lograba pasar la pierna derecha por encima de la montura.

—Deja que te ayude —se ofreció él.

Entregó las riendas a los mellizos y les dijo que no se movieran hasta que él regresara.

—Estoy segura de que lo conseguiré —insistió Holly, elevando la pierna una vez más.

Entonces, sintió las manos de Gray en su trasero. De un firme empujón, la elevó y ella pudo acomodarse fácilmente en la montura.

Anna y Josh gritaron de alegría.

—Gracias —dijo Holly, y al mirar a Gray a los ojos, se quedó sin aliento.

Su mirada tenía un brillo especial. Sólo por ella.

Sintió pequeñas explosiones en su interior y recordó el beso en la cueva. Seguro que él también estaba recordándolo. Ella había creído que la había besado para hacerla callar, pero ya no estaba tan segura…

Aquella noche, el ambiente en el estudio fue diferente desde el principio. Gray estaba exultante después de la obra con las marionetas. A Anna y Josh les había encantado su interpretación del Búho Hector, algo comprensible, pues se había entregado de lleno al personaje.

Los mellizos estaban tan emocionados, que habían necesitado más tiempo del habitual para dormirse, pero por fin estaba todo tranquilo. Janet se había retirado a su casa, y Holly se había reunido con Gray en el estudio.

Él estaba deseoso de empezar con sus clases de lectura, le brillaba la mirada.

—Mira esto —le dijo a Holly, sacando un sobre de su escritorio y repartiendo pequeños trozos de papel sobre la superficie.

Holly tomó uno, que contenía la palabra «rojo».

—Esta es mi letra. ¿La has sacado de tu poema?

Gray sonrió.

—Lo he fotocopiado y he recortado todas las palabras —explicó, tremendamente orgulloso de sí mismo—. Ponme a prueba, a ver cuántas me sé.

Holly dudó. Quería preguntarle si había tenido suficiente tiempo para aprenderse todas las palabras. Después de todo, eran muchas. Pero no quería debilitar su confianza.

—No te preocupes —dijo él, advirtiendo sus dudas—. Me he pasado toda la tarde practicando en la nave.

—Qué aplicado —alabó ella.

Escogió un papel y se lo tendió.

—«Tiempo del sueño» —dijo él, sonriendo ampliamente.

Le mostró otra palabra, y otra más, y él las acertó. Holly sonrió, emocionada de verlo tan contento consigo mismo.

—Sabía que eras brillante.

Y, de pronto, él la abrazó y bailaron de alegría, tropezándose con el escritorio y tirando una silla, y les dio igual. Sin aliento de tanto reír, se dejaron caer en el sofá, sonrientes. Holly nunca se había sentido tan feliz. Ni tan excitada.

Entonces, Gray se quedó muy quieto y el ambiente se cargó de tensión, por ambas partes.

—Holly —susurró, acariciándole la clavícula con un dedo.

Ella intentó responder, pero no podía articular sonido. Estaba demasiado pendiente de aquel cuerpo junto al suyo, de su propia excitación y del deseo que la invadía. Se obligó a ignorarlo. Aquello no debería estar sucediendo. ¿No se suponía que debía seguir enamorada de Brandon, lamentando su abandono?

Gray era completamente diferente de su exnovio: más grande y musculoso, más intenso. Todo en él era diferente: el tacto de su piel, su aliento rozándole el cuello…

Desde el beso del día anterior, ella había deseado más. Aunque había intentado atribuir el beso a un error, ansiaba sentir aquellos labios sobre los suyos, sus brazos rodeándola… No podría soportar que él la apartara en aquel momento.

—Por favor, no me digas que esto es un error —susurró.

—Cómo iba a hacerlo.

Era el permiso que ambos necesitaban. Gray la besó en la mejilla y continuó hasta su boca, donde le mordisqueó el labio inferior en un acto de íntima posesión.

Era un experto, comprobó Holly agradecida, devolviéndole el beso sin poder contenerse. Se acomodó contra su erección y oyó el gemido de placer de él. Sus lenguas se encontraron y se besaron apasionadamente.

Momentos después, estaban desvistiéndose el uno al otro.

Capítulo 10

A la mañana siguiente había colegio, y Holly agradeció la rutina del desayuno, hacer las camas y preparar la clase. Gray había desayunado y salido antes de que los niños y ella se despertaran, así que no tuvo que encontrárselo en la cocina. Lo cual era bueno. Si lo hubiera visto, se habría ruborizado. ¿Y quién no, después de la noche anterior?

Tenía todo el día para tranquilizarse y convencerse de que eso había sido una celebración, nada más. Ambos se habían emocionado al ver el gran avance de Gray y se habían dejado llevar.

Pero debía recordar que él no estaba buscando una relación seria. Lo de la noche anterior había sucedido probablemente porque era la única mujer joven en muchos kilómetros a la redonda.

En cuanto a ella, concluyó que hacer el amor con Gray había sido un paso necesario en su recuperación del fracaso con Brandon. Como un tónico curativo. O al menos, eso era de lo que intentaba convencerse, aunque nada más despertarse por la mañana, se había recreado en todos los detalles de la maestría de Gray al hacer el amor.

Pero debía aparcar esos recuerdos. Era hora de mirar con perspectiva las últimas semanas que le quedaban con Gray y sus hijos.

En un mes, o tal vez menos, una nueva niñera, australiana, ocuparía el puesto de profesora en el estudio de Gray, participaría en las obras de marionetas y, sin duda, sería llevada a contemplar el hermoso cañón. Tal vez incluso montara a caballo con Gray y los mellizos.

Su futuro estaba en Estados Unidos, en una nueva ciudad y un nuevo colegio, se recordó. Ahí se le abrirían multitud de oportunidades. Tal vez incluso encontrara un nuevo hombre.

¿Por qué no se sentía más feliz?

—Creo que ambos estamos de acuerdo en que lo de anoche no puede repetirse, ¿verdad?

Holly había pasado el día entero ensayando esas palabras y, cuando se encontró con Gray por la noche para una nueva clase de lectura, agradeció poder pronunciarlas. Especialmente, dado que entre ellos saltaban más chispas que la noche anterior.

—Ambos sabemos que entre nosotros no podría haber más que una aventura —añadió—. Y las aventuras son…

—¿Divertidas? —sugirió Gray, con una sonrisa difícil de

interpretar.

—Iba a decir peligrosas —replicó ella, sentada en el sofá, muy remilgada—. Después de todo, soy la niñera de tus hijos.

—Eso es cierto —reconoció él, poco convencido.

—Tenemos que pensar en ellos —añadió Holly, antes de olvidarse de su prudencia—. Podría ocurrir un desastre si se dieran cuenta de que entre nosotros hay algo.

—Puede que tengas razón —dijo él, suspiró y apretó suavemente su mano—. Supongo que los profesores siempre sois juiciosos y correctos.

Al sentir su cálida mano, Holly estuvo a punto de lanzarse en sus brazos. Una vez más.

Menuda hipócrita estaba hecha. Gray estaba de acuerdo con ella, y se sentía decepcionada. Nunca había experimentado un sexo tan excitante, no sabía que podía ser tan apasionada.

Pero tenía que olvidar su libido reactivada y recordar por qué había empezado aquella conversación.

—Los niños no suelen comprender las relaciones fortuitas, no es saludable para ellos. Y después de lo que ambos han pasado…

Gray asintió y frunció el ceño.

—No sé qué decir. Tengo que agradecerte tanto, Holly… —dijo, con sonrisa triste, y le recogió el cabello detrás de la oreja—. Anoche fue maravilloso, especial. No deberíamos considerarlo un error. Necesitamos que nuestra amistad dure mucho tiempo.

—Sí —dijo ella, con un hilo de voz.

—Lo que estás haciendo por mis hijos es más importante que nada.

Decidida a no llorar, Holly habló sin mirarle.

—Mi trabajo es preparar a Anna y Josh para su nueva niñera.

Sintió alivio al ver que Gray estaba de acuerdo. O al menos, lo sentiría una vez de regreso en su casa, y embarcada en su nueva carrera.

El asunto de la niñera sustituta cobró relevancia dos semanas después.

Habían comenzado el día muy bien, cuando el avión del correo semanal aterrizó con sus periódicos, cartas, catálogos y paquetes. Se trataba de un acontecimiento social, y Holly y los niños se acercaron a saludar a George, el cartero, y los pasajeros que llevara.

A veces, George tenía tiempo para tomarse un té, pero esa semana llevaba prisa, ya que tenía que entregar unas piezas de motor en otro rancho.

Holly le pidió un momento para comentarle su idea de intercambiar libros entre las mujeres que había conocido a través del

Colegio del Aire. A George le pareció una gran idea y prometió que la difundiría.

De regreso en la cocina de la casa, comprobaron su correo. Se trataba de las facturas habituales, cartas para que las revisara Ted, y libros que Holly había ordenado por Internet, para ella, los mellizos, y, discretamente, también para Gray. Progresaba de manera espectacular.

Esa semana, había también un paquete inesperado.

—Lleva tu nombre, Holly —informó Anna, y tocó el paquete—. Parece ropa.

Holly la miró extrañada.

—Yo no he pedido nada de ropa.

Vio que Gray y Janet se intercambiaban una mirada de suficiencia. ¿Qué ocurría?

Anna le pasó el paquete por encima de la mesa.

—Ábrelo —le urgió emocionada.

—No sé si debería. Tal vez sea un error.

Holly agarró el paquete con cautela. Parecía ropa. Comprobó la dirección: el paquete iba dirigido a ella.

—Qué extraño, viene de Melbourne.

—Hay unas preciosas tiendas de vestidos en Melbourne —señaló Janet, con la mirada clavada en la tetera.

—Vamos, ábrelo —le urgió Gray, casi con el ceño fruncido, aunque le traicionaba el brillo de su mirada—. Está claro que es para ti.

Resultaba una tontería seguir dudando.

Holly agarró unas tijeras con el corazón acelerado. Todo el mundo la observaba, especialmente Gray.

—Está envuelto en un precioso papel y parece algo terriblemente caro —anunció, conforme abría el paquete.

Miró abrumada a Janet. Unos diez días antes, en aquella misma cocina, las dos habían estado revisando varios catálogos juntas. Habían encargado ropa de montar a caballo para los mellizos y, una vez solucionado ese tema, habían hojeado las páginas de moda femenina. Holly se había quedado prendada del vestido más hermoso del mundo.

Había sido divertido. Ella nunca se gastaba cantidades desorbitadas de dinero en su ropa. Chelsea había sido la loca por la moda, mientras que ella se había centrado en los libros.

—Ábrelo de una vez —dijo Josh, dándole un codazo.

Con todos los ojos puestos en ella, abrió el paquete cuidadosamente, para no romper el delicado papel. Y, de pronto, ahí estaba: el bellísimo vestido de crêpe rojo del catálogo.

Holly se quedó sin habla. Miró interrogante a Janet, que se encogió de hombros y señaló a Gray con la cabeza.

—¿Te gusta? —preguntó él, con el ceño fruncido.
—Es fabuloso —susurró ella.
—Estíralo —le pidió Anna—. Queremos verlo.
Holly se puso en pie y apoyó el vestido sobre ella. Era divino, refinado, con una terminación exquisita, y color llamativo pero no chillón.
—Ese rojo va perfecto con tu cabello oscuro —aseguró Janet.
—Parece de tu talla —comentó Gray con despreocupación, aunque mirándola con impresionante intensidad.
—Así es —dijo ella, comprobando la etiqueta—. Pero… no lo entiendo.
—Es un regalo de agradecimiento —explicó él—. De parte de todos.
Holly se alegró un instante y, de pronto, se entristeció. Todos ellos estaban preparándose para decirle adiós. Sin embargo, a ella cada vez le resultaba más difícil la idea de marcharse. Amaba a aquella gente. Más que nunca, Anna y Josh parecían sus propios hijos, Janet se había convertido en una buena amiga, y Gray… bueno, sus sentimientos hacia él eran algo entre ambos. Todo el mundo de Jabiru Creek le era muy querido.
Tuvo que contenerse para no llorar. Qué tontería. Todavía no iba a marcharse de allí.
—Gracias —logró articular—. Nunca había tenido un vestido tan bonito.
—Deberías probártelo —le urgió Anna.
—¿Ahora?
—Póntelo hoy para nosotros —le sugirió Janet—. Cocinaré algo especial para la cena, y la tomaremos en el comedor.
—Y yo me pondré corbata —añadió Gray, guiñándole un ojo.
—¡Una fiesta por el nuevo vestido! —exclamó Anna, dando palmas de alegría.
—Mejor eso que una fiesta de despedida —se le escapó a Holly.
Su comentario dejó a todos descolocados.
Fue a su habitación, colgó el vestido en una percha, y decidió que seguramente había sacado conclusiones precipitadas acerca de ese regalo. Tan sólo era un detalle amable, no un adiós. Todavía le quedaba un mes antes de regresar a Estados Unidos.
Una cosa sí tenía clara: no iba a ponerse ese vestido sin antes arreglarse como era debido. Le hubiera encantado acercarse al salón de belleza más cercano para que la dejaran perfecta de pies a cabeza, pero, como eso no era posible, se metió en su cuarto de baño en cuanto los niños terminaron las clases.
Se lavó el pelo y lo secó con secador, se hizo la manicura y pedicura, se depiló las piernas. Deseaba estar tan perfecta como el

vestido se merecía.

Escogió su mejor sujetador y tanga y, cuando estuvo lista, se probó el vestido delante del espejo de su armario.

Increíble. ¿La mujer del espejo era ella?

Se giró para comprobar todos los ángulos. El vestido tenía un corte perfecto, realzaba sus curvas y le dotaba de un *glamour* que nunca habría soñado. Incluso el cabello le brillaba más de lo habitual.

Sintió un cosquilleo. ¿Qué pensaría Gray de su maravilloso regalo cuando la viera?

Aquella noche, cuando él regresó a casa, advirtió la alegría del ambiente. De la cocina llegaban deliciosos aromas, y en el comedor, Janet estaba poniendo la mesa con la mejor vajilla y cubertería de plata.

Una vez en su dormitorio, se sorprendió al ver que Janet había seleccionado la ropa que debía ponerse: pantalones de algodón, una camisa azul claro, su mejor chaqueta azul oscuro y una corbata plateada.

No había duda de que la mujer quería que la velada fuera un éxito. Holly le gustaba mucho, por eso había dedicado tanto tiempo a ayudarlo a elegir el mejor regalo para ella.

—Ese vestido es perfecto —le había asegurado—. Holly nunca se lo compraría para sí misma.

A él le preocupó que no quisiera algo tan elegante. Sólo la conocía con sus sencillas camisetas de algodón y vaqueros. En ropa, era casi lo opuesto a Chelsea, que siempre había querido destacar. Pero el estilo sencillo de Holly iba acorde con su personalidad cálida y tranquila, a la que estaba tan agradecido.

Ella había acertado al detener su aventura antes de que empezara realmente. Casi se había vuelto loco cada noche, aprendiendo a leer y escribir con ella, en lugar de hacerle el amor larga y sensualmente. Pero había progresado muchísimo. A su lado, leer se había convertido en un emocionante desafío. Había querido agradecérselo, y Janet le había convencido de que el vestido era la menor manera.

—Holly lo contempló durante horas en el catálogo —le había asegurado—. Cuando la veas con él, te vas a quedar pasmado. Espera y verás.

Habría dicho que la mujer intentaba emparejarlos, pero ¿para qué iba a hacerlo? Sabía tan bien como él que Holly se marcharía en cuestión de semanas. Además, ella había sido testigo del desastre en que había convertido su matrimonio.

También le sorprendía que Janet hubiera impulsado la cena de gala. De hecho, cuando había encargado el vestido, no esperaba que

Holly se lo pusiera en Jabiru Creek. Aunque sí había querido que, cuando lo luciera en Estados Unidos, en algún elegante cóctel lleno de intelectuales, se acordara de él. Y de los niños. Y del tiempo que había pasado allí.

¿Los echaría de menos tanto como ellos a ella?

Alarmado por el desánimo que lo invadía, Gray se apresuró a su cuarto de baño para afeitarse.

—¡Estás fabuloso, papá!

Anna fue la primera en saludar a Gray cuando apareció en la cocina, elegantemente vestido y con ganas de cenar.

—Tú sí que estás muy guapa —alabó, viéndola girar sobre sí misma—. Y tú también, Josh.

El niño, con vaqueros y una camisa, estaba entregado a jugar con los cachorros.

Janet se afanaba en la cocina. Llevaba un delantal encima de su mejor vestido negro y unos pendientes de turquesa. Ted también se encontraba allí, en una esquina, limpio y con el cabello cuidadosamente peinado sobre su calvicie.

—Que los cachorros no te manchen la camisa —le advirtió Janet a Josh.

Examinó a Gray con la mirada, y asintió aprobadora.

—Gracias por elegirlo —dijo él.

—No quería que fueras vestido de cualquier manera.

—Me conoces demasiado bien —apuntó él con una sonrisa—. La cena huele deliciosa. ¿Qué es?

—Costillas de cordero con pudín Yorkshire.

—Fantástico. Me comería un caballo.

—¡Papá! —exclamó Anna, horrorizada.

Gray rio.

—¿Dónde está Holly?

—Todavía en su habitación —respondió la niña haciendo una mueca—. Lleva horas arreglándose.

—A lo mejor quiere impresionarnos —señaló Janet.

—Ese no es su estilo —aseguró Gray.

—Aquí ya está todo casi preparado —comentó la cocinera—. ¿Por qué no vas a avisarla?

Él sintió un relámpago en su interior. Ir al dormitorio de Holly no era buena idea, con todas las fantasías que tenía sobre ella a todas horas. Iba a sugerir que fuera Anna a buscarla, pero la curiosidad le pudo. Estaba deseando verla arreglada.

Con la garganta seca y las manos sudorosas, recorrió el pasillo y llamó a la puerta.

—La cena está casi lista —informó.

La puerta se abrió y Holly se mostró hasta la cintura. Estaba bellísima. Siempre era guapa, pero se había hecho algo especial en el cabello, y se había maquillado. El resultado era arrebatador.

—Estás estupenda —murmuró él.

—El vestido es perfecto —dijo ella—. Pero tengo un problema.

Sonriendo tímidamente, abrió la puerta.

El vestido le sentaba de maravilla. Holly parecía una estrella de cine, excepto… Gray clavó la vista en sus pies. Llevaba deportivas.

—¿No quedan muy bien, verdad? —inquirió ella, algo avergonzada —. No he traído tacones, Gray. Venía al outback, así que sólo tengo deportivas y botas.

Él contuvo una carcajada.

—Es culpa mía —dijo—. Debería haber encargado también los zapatos.

Y entonces, como si fuera lo más natural del mundo, la abrazó.

Se recreó en su cabello, sedoso y fragante, en su piel suave, en la forma en que el vestido moldeaba sus curvas… En un segundo, se vio abrumado por el deseo que llevaba conteniendo desde su noche juntos.

Desgraciadamente, lo que tenía ganas de hacer arruinaría el maquillaje e incluso el vestido…

Se separó antes de que su fuerza de voluntad flaqueara.

—Creo que ese calzado es perfecto para hoy —le murmuró al oído —. A todo el mundo le va a encantar tu *look*.

Tal vez fuera mejor no haberse puesto tacones, pensó Holly, camino de la cocina. Aún le temblaban las piernas tras el maravilloso abrazo, que había despertado cada recuerdo de su única noche juntos: el aroma de su piel, la firmeza de su cuerpo, la intimidad de sus caricias y los increíbles fuegos artificiales entre ambos.

Afortunadamente, para cuando llegaron junto a los demás, había respirado hondo y estaba más tranquila.

Las deportivas supusieron una buena distracción. Todo el mundo sonrió comprensivo y alabaron lo bien que le sentaba el vestido. Holly se sintió realmente la invitada de honor.

La cena estuvo deliciosa, y todo el mundo disfrutó de haberse engalanado y cenar en el comedor.

Toda la velada, Holly fue muy consciente de Gray. Cada vez que sus miradas se cruzaban, un cosquilleo le recorría la piel. Él también recordaba todo lo que se suponía que debían olvidar.

Le supuso un alivio, al final de la cena, ofrecerse a recoger la mesa.

—No tienes que hacerlo, Holly —protestó Janet.

—Ya lo creo. Llevas todo el día preparando esto, y te estoy muy agradecida. Pero ahora voy a recoger todo mientras Gray les cuenta un cuento a los niños antes de dormir. Tú vete a casa, a descansar.

Holly no comprobó qué le parecía el asunto a Gray. Necesitaba quedarse sola un rato, por simple autoprotección.

—Eres un tesoro —alabó Janet—. Admito que los juanetes me están matando. Pero, al menos, usa el delantal.

Holly seguía con el delantal puesto cuando Gray regresó a la cocina al cabo de media hora, justo cuando ella terminó de recoger.

Con el enorme delantal, los guantes y las deportivas, no resultaba nada glamurosa, pensó Holly. Mejor así. Había pasado una velada encantadora, con un vestido precioso, pero era hora de regresar a la tierra.

Gray se había quitado la corbata y soltado el primer botón de la camisa. Seguía igual de atractivo.

—Esta noche eres una auténtica Cenicienta —comentó—. Vuelves a casa del baile y te metes en la cocina.

Holly se quitó los guantes de goma y sonrió.

—No me importa. Es lo menos que podía hacer después de la fabulosa cena que ha preparado Janet.

Quitarse el delantal con Gray mirándola fijamente fue casi como hacer un *striptease*. Se concentró en no ruborizarse conforme colgaba el delantal en su lugar.

—Creo que ese vestido es la mejor compra que he hecho en mi vida —aseguró Gray, viéndola de espaldas.

—Ha sido todo un detalle que me compraras algo tan hermoso —respondió ella, concentrándose para mantener la calma.

—Tú sí que has tenido un gran detalle renunciando a tus vacaciones para ayudar a los niños. Y ahora, también estás ayudándome a mí…

Holly se giró lentamente, y se encontró con la intensa mirada de él. Clavó la vista en sus deportivas, eso la tranquilizaría.

—No siento que haya renunciado a nada. Quiero a Anna y a Josh, y…

Se contuvo antes de decir algo que luego lamentara.

—Y he vivido muchas experiencias nuevas.

Se concentró en sus manos. Se había pintado las uñas del mismo color que el vestido, pero en aquella cocina resultaban fuera de lugar. Forzó una risa.

—Escúchanos, estamos hablando como si me marchara ya, y aún me quedan unas semanas.

Gray carraspeó incómodo.

—De eso quería hablar contigo.

A Holly le dio un vuelco el corazón.

—¿Quieres que me vaya antes?

—En absoluto. Puedes quedarte tanto como quieras —se apresuró a contestar él, y suspiró pesadamente—. Pero ya es hora de buscar a la nueva niñera, y esperaba que pudieras ayudarme a redactar el anuncio.

Era ridículo sentirse tan mal de repente, se dijo Holly. Afortunadamente, él nunca sabría que, aunque ella había insistido en que no intimaran, y aunque tenía un empleo importante al que regresar, se había enamorado de él.

—Por supuesto —dijo—. Me encantará ayudarte con el anuncio.

Tenía que mantenerse ocupada, y guardar la compostura.

—¿Quieres que lo hagamos ahora? Hay papel y lápiz en el cajón —balbuceó, sacándolos y sentándose a la mesa de la cocina.

Gray se tomó su tiempo. Se sentó frente a ella, apoyó la espalda en el respaldo y estiró las piernas debajo de la mesa.

Para no mirarlo a los ojos, Holly mantuvo la mirada clavada en el papel.

—Veamos qué necesitas. Imagino que alguien mayor de edad.

Como él no respondió inmediatamente, lo fulminó con la mirada.

—Quieres que una adulta cuide de tus hijos, ¿verdad, Gray?

—Claro —respondió él incómodo, con el ceño fruncido.

—¿Alguien que disfrute y valore el trabajo con niños? —preguntó ella, empezando a escribir una lista.

Gray asintió.

—¿Con titulación de primeros auxilios?

—Supongo que eso sería útil. Sobre todo, quiero una buena profesora.

—No creo que consigas a alguien con titulación en Magisterio, pero sí deberías intentar que pueda crear actividades estimulantes para los niños, que les ayuden a aprender a manejarse en la vida.

—Tienes razón —dijo él.

Aquello estaba matándola.

—Querrás poder comprobar las referencias de la persona.

Él asintió desanimado.

—¿Qué me dices de un seguro de responsabilidad civil?

—Tendremos que pensar algo. Ya tengo un seguro de empleados.

Gray suspiró y comenzó a mover el salero y el pimentero sobre la mesa como si fueran fichas de ajedrez. Por debajo de la mesa, Holly apretó el puño izquierdo, clavándose las uñas en la palma. Cuanto más le doliera, mejor, lo que fuera para no echarse a llorar.

—Creo que esta lista incluye los principales requerimientos. ¿Se te ocurre algo más?

—No.

—Si me dices en qué periódicos quieres poner el anuncio…

—Le diré a Ted que te dé una lista por la mañana. Creo que también hay páginas en Internet.

—Fabuloso.

Holly soltó el bolígrafo y se frotó los brazos. De repente, tenía frío.

—Supongo que hoy será mejor que no demos la clase —dijo Gray.

—Sí, será lo mejor —respondió ella, evitando su mirada—. Ha sido un gran día. Siempre puedes leer uno de tus nuevos libros… en la cama.

Se ruborizó. «No pienses en eso», se ordenó. Se frotó los ojos como si tuviera mucho sueño, aunque en realidad quería asegurarse de que no lloraba. Luego, arrancó la hoja y guardó el cuaderno y el lápiz en su lugar. A su espalda, oyó a Gray levantarse de la silla.

Se dio cuenta de que estaba temblando del esfuerzo de contenerse. Era una idiota. No podía derrumbarse sólo porque habían redactado un anuncio para su sustituía. Sabía que aquello sucedería, era lo que había planeado desde antes de llegar allí. Cualquiera diría que acababa de firmar su sentencia de muerte.

Regresó a la mesa a recoger la lista, pero seguía sin poder mirar a Gray, aunque se le había acercado bastante. Le oyó suspirar y sintió el eco por todo su cuerpo.

—Ojalá fueras tú —le oyó decir, y se quedó helada.

—Sé que es muy egoísta —continuó él—. Pero ojalá no tuviéramos que buscar una nueva niñera.

Entonces, se permitió mirarlo. Le brillaban los ojos, y fruncía la boca como si él también estuviera conteniendo sus emociones. Sonrió de medio lado y se encogió de hombros.

—¿Dónde vamos a encontrar a otra Holly?

A ella se le aceleró el corazón. Una loca esperanza la invadió. Intentó ignorarla.

—No soy imprescindible.

—Sí que lo eres.

Holly se agarró al respaldo de la silla.

—¿Estás diciéndome que quieres que me quede?

—Sé que no puedes quedarte. Tienes por delante una brillante carrera.

—Pero si realmente me necesitaras…

—¿Te quedarías? —preguntó él, abriendo mucho los ojos.

—A lo mejor.

¿Realmente había dicho eso? ¿Estaba loca?

—Sería perfecto, ¿no crees? Los niños te adoran. Les haces mucho bien, Holly —continuó él, muy serio.

Holly esperó que continuara. «Por favor, que él también me necesite».

Tal vez era el momento de confesarle que se había enamorado de

él. Podrían admitir que su noche juntos y la intimidad que habían compartido en tantos niveles había evolucionado hacia algo más profundo, duradero y maravilloso.

De pie en mitad de la cocina, Holly sintió que la noche del outback los envolvía. El único sonido provenía del viejo reloj de la pared.

Vio que él cerraba los puños y volvía a abrirlos. Y recordó cuando esas manos fuertes la habían abrazado antes de cenar, y el deseo que había percibido en él.

«Di algo, Gray. No me quedaré a menos que me quieras, así que dime lo que sientes. Da igual si me quieres aquí o me dejas marchar, pero no me tengas en la incertidumbre».

—¿Y tú? —preguntó, viendo que él no decía nada—. ¿Quieres que me quede?

Capítulo 11

«¿Tú quieres que me quede?».

Gray contuvo un gemido de frustración. Por supuesto que quería que Holly se quedara, pero eso significaba pedirle que renunciara a todo: su empleo, su hogar… y que se comprometiera con su estilo de vida en el outback, sus hijos, su rancho. Y significaba llevar su relación a otro nivel, de mucho mayor compromiso.

Se había jurado que nunca volvería a arriesgarse. Tanto su madre como Chelsea habían sido infelices en aquel lugar. No soportaría que a Holly también le sucediera.

Ella reunía todo lo que deseaba en una esposa: era divertida y encajaba en Jabiru Creek como si se hubiera criado allí. Los mellizos la adoraban. Janet y Ted la adoraban.

Él le debía mucho: le había quitado un enorme peso de encima, le había enseñado que su futuro no estaba limitado por su pasado. Y además, era dulce, sexy… Se había ganado un lugar en su corazón.

La deseaba. Había sido una tortura verla con aquel vestido rojo y tener que mantener las distancias. No dejaba de imaginarse desvistiéndola, lentamente, cubriéndola de besos hasta que ambos enloquecieran de deseo, y haciéndole el amor. Tierna o apasionadamente, lo que ella deseara.

Pero no podía recrearse en sus fantasías egoístas. Tenía que ser práctico, pensar con claridad y recordar que, en lo relativo a mujeres, se había equivocado demasiadas veces. En algún momento, Holly se cansaría de aquello y querría regresar a su vida anterior.

Debía ser fuerte y no tratar de aprisionarla. Debía enviarla a la brillante carrera que le esperaba en Estados Unidos. Hundió las manos en los bolsillos para evitar tocarla.

—No puedo pedirte que te quedes, Holly.

Ella elevó la vista, e iba a hablar, cuando él hizo un gesto para acallarla. Ya que había empezado, tenía que decirlo todo.

—Sé que mis hijos son muy importantes para ti; los echarás de menos y ellos, sin duda, a ti. Pero me esforzaré al máximo por ellos, Holly. Tú nos has enseñado el camino a seguir.

Tuvo que tragar saliva para aliviar el nudo de su garganta.

—Creo que me las arreglaré bien a partir de ahora. Siempre te estaremos enormemente agradecidos.

Vio que ella estaba a punto de llorar, y sintió que le fallaba el valor.

—Te espera un buen empleo, tu familia, y una vida maravillosa en

Estados Unidos —se apresuró a decir, antes de cambiar de idea—. Sabes que no podría pedirte que renunciaras a eso.

Ella estaba muy quieta, con la mirada perdida y abrazada a su estómago, como protegiéndose.

—Cuando te llamaron por teléfono en el aeropuerto, ofreciéndote ese empleo, se te iluminó el rostro como si acabaras de ganar una medalla de oro. Sé lo importante que es para ti.

Holly abrió los ojos sorprendida, como si lo hubiera olvidado.

—Necesitas regresar a casa, Holly.

—Quieres que me vaya —afirmó ella, más que preguntarlo.

—Lo que no quiero es que te quedes aquí atrapada.

La vio entrecerrar los ojos y creyó que iba a seguir discutiendo, pero ella forzó una sonrisa, agarró la lista que acababan de escribir, y salió casi corriendo de la habitación.

Gray la observó marcharse. De pronto, le pareció que el corazón se le había vuelto tan duro como una piedra.

Holly logró llegar a su habitación sin llorar, pero temblaba de pies a cabeza. En toda su vida, nunca había sentido tal desesperación. Y ni siquiera sabía cómo había llegado a ese punto.

Hasta aquella noche, no había sido consciente de lo mucho que deseaba quedarse en Jabiru. Su felicidad dependía de ello. Pero sólo se quedaría si Gray correspondía a sus sentimientos. Esa noche, sólo había hablado de las necesidades de sus hijos.

¿Acaso no sabía que ella lo amaba?

No sabía cuándo había sucedido. ¿Había sido esa noche, al abrazarse? ¿O mientras escribía el fatídico anuncio? ¿O había empezado en la excursión al cañón?

¿Por qué no había tenido más cuidado? Desde el principio, sabía que él nunca se arriesgaría a casarse de nuevo, y menos con otra estadounidense. Porque, si le pedía que se quedara, se sentiría obligado a casarse.

¿Cómo permitía que le ocurriera de nuevo, tanto sufrimiento?, se reprochó. Aunque en aquella ocasión, era mucho peor que la ruptura con Brandon. Cuando se marchara de Jabiru, dejaría allí una parte de su alma.

Pasó un siglo antes de que se levantara de la cama, se quitara cuidadosamente el precioso vestido y lo colgara en la percha. Luego, se puso el pijama y fue al baño a desmaquillarse, creyendo que la rutina le ayudaría.

No fue así.

Se metió en la cama y, sabiendo que no podría concentrarse en la lectura, recordó cada palabra de la conversación con Gray. Luego,

apagó la luz, hundió el rostro en la almohada y dio rienda suelta a sus lágrimas.

* * *

—Ahora se te ve mucho más cómodo y confiado con tus hijos —alabó Holly, varias tardes después—. Las clases de hípica han marcado una considerable diferencia. Ahora, ellos son unos niños del outback en condiciones, y tú te las arreglarás bien solo.

—No creo que aún esté preparado para quedarme solo.

—Por supuesto que lo estás —le aseguró—. Has avanzado mucho con la lectura, ahora es cuestión de práctica. Deberías leerles a Anna y Josh. Les encantaría.

Gray sonrió.

—Siento como si me hubiera quitado una pesada carga de encima.

—Me alegro —dijo ella, e ignoró los nervios que le encogían el estómago—. De hecho, con el nuevo giro que han dado las cosas, tendrás que apañártelas solo muy pronto.

—¿Qué nuevo giro? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—He recibido un correo electrónico de la directora del nuevo colegio, quieren que empiece antes de lo que habíamos planeado en un principio.

Gray se la quedó mirando, atónito, y luego entrecerró los ojos con suspicacia. Holly contuvo el aliento. ¿Adivinaría que ella había orquestado ese cambio?

Quedarse en Jabiru Creek se había convertido en una tortura. Cada puesta de sol, cada comida en familia, cada clase a solas con Gray, le recordaban lo que iba a perder. Desesperada, había escrito a la directora, avisándola de que podía comenzar antes, si ellos querían.

—¿Por qué tanta prisa? —inquirió él, con un hilo de voz.

—Un benefactor ha fallecido, dejando una gran suma de dinero a la biblioteca del colegio, así que les gustaría que me incorporase antes, para ir comprando libros para el nuevo año escolar —explicó ella, forzando una sonrisa—. Voy a gastar dinero a mansalva, qué suerte.

Vio que Gray se dejaba caer en su silla, con una expresión sombría que agradeció, pero ya no se engañó con que aquella tristeza significara algo más. Su marcha antes de tiempo era un inconveniente, pero Gray se las apañaría. Al igual que Anna y Josh. Tenían un padre que los amaba y haría lo que fuera por ellos.

El anuncio buscando nueva niñera había sido publicado en varios periódicos y páginas de Internet, así que ese asunto ya estaba en marcha. Hasta que la nueva llegara, Janet aprendería a conectarse cada mañana al Colegio del Aire. Para Holly, salir de allí cuanto antes

se había convertido en una necesidad.

—¿Cuándo tienes que marcharte?

—He pensado en tomar el próximo avión del correo.

Gray saltó de su asiento.

—Eso es dentro de tres días. ¿Qué me dices de los niños? Va a ser un *shock* para ellos.

—No tanto. Saben desde el principio que yo iba a marcharme, y les he ido preparando para la nueva niñera.

Él se detuvo, pálido, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Aun así, será un *shock* para ellos. ¿Cuándo vas a decírselo?

—Esperaba que se lo anunciáramos juntos mañana por la mañana.

Se produjo un silencio sepulcral.

—Me apoyarás, ¿verdad, Gray?

Pasó un siglo antes de que él contestara. Aliviada, Holly lo vio asentir.

—Por supuesto —dijo él.

Lo único bueno de los tres días siguientes fue que Holly apenas tuvo tiempo para pensar. Debía organizar muchas cosas: los vuelos a casa, un hotel en Sídney, detalladas notas para la nueva niñera, y correos electrónicos de despedida para las madres, profesoras y niñeras que había conocido a través del Colegio del Aire.

Pasó tanto tiempo como pudo con Anna y Josh, y hubo momentos de lágrimas, muchas preguntas y abrazos.

—Vendrás a vernos, ¿verdad?

—Os veré cuando vuestro padre os lleve a Estados Unidos a visitar a los abuelos —sólo pudo contestar.

Les creó cuentas de correo electrónico para seguir en contacto cuando ella se marchara.

No hubo más clases de lectura con Gray. Las noches se dedicaron a actividades relacionadas con la despedida. Janet insistió en celebrar una fiesta e invitó a toda la gente del rancho.

La última noche, Gray hizo una fogata a la orilla del río y asó peces que había pescado esa misma tarde. Los degustaron bajo las estrellas y resultó una velada mágica. Los niños bailaron alrededor del fuego y Gray contó otra historia del Búho Hector. Holly no supo cómo logró contener las lágrimas.

El peor momento, sin embargo, fue la separación, a la mañana siguiente. Nadie, ni siquiera Gray, logró fingir que estaba alegre. De camino al avión, los niños se abrazaron a Holly llorando desconsolados.

—Te quiero, Holly —le susurró Josh.

—Yo también te adoro, cariño.

—¡No quiero que te vayas! —gritó Anna.

—Lo sé, pero ahora estás con papá, cielo. ¿Recuerdas lo que dijimos? Que ibas a ser valiente.

A Holly se le partía el corazón. Aquellos maravillosos niños habían perdido a su madre, y ella también salía de sus vidas.

Janet no podía hablar. Abrazó a Holly con fuerza.

Lo que casi acabó con ella fue la expresión sombría de Gray.

—Te deseo lo mejor en tu nuevo empleo —murmuró, abrazándola tan fuerte que pudo sentir su corazón—. Espero que en ese colegio sepan apreciar lo que tienen.

De milagro, Holly consiguió no llorar. Y lo peor estaba por llegar: subir al minúsculo avión y contemplar cómo iban quedando atrás el rancho y sus habitantes.

El piloto la miró empático.

—Volverás.

Holly negó con la cabeza. Escribiría correos electrónicos, cartas y hablaría por teléfono con Anna y Josh, y los vería siempre que viajaran a Estados Unidos, pero no regresaría a Jabiru Creek.

No podría soportar ser recibida como una visitante en el lugar donde había dejado un buen pedazo de su corazón.

Por fin se habían dormido.

Gray contuvo el aliento mientras cerraba el libro de cuentos y salía de la habitación de los mellizos.

Contrariamente a las predicciones de Holly, Anna y Josh habían reaccionado bastante mal a su partida, y esperaba que se despertaran de nuevo. Por el momento, afortunadamente, dormían tranquilos.

Se dirigió a su estudio, preparándose para encontrar el sofá vacío. Aun así, la ausencia de Holly le partió el corazón.

Era increíble la diferencia que aquella mujer había supuesto en la vida de todos en Jabiru. Los había alegrado con su chispeante personalidad. Todos la adoraban, habían respetado sus conocimientos y habilidades, y apreciado su interés y deseo de ayudar. Y con su proyecto de intercambio de libros, su bondad se había expandido a los ranchos vecinos.

Él no podía ni plantearse las razones por las que la echaba de menos.

No le habría costado tanto decirle adiós si hubiera estado seguro de que ella se alegraba de marcharse. Pero los últimos días había estado distinta. Daba la impresión de valentía, sonriendo en todos los eventos de su despedida, pero él había percibido su fragilidad y, casi diría, su temor a derrumbarse, si se despistaba un momento.

Él había creído que hacía lo correcto al dejarla marchar, pero ya

no estaba tan seguro. Y se sentía tremendamente solo.

* * *

—Eres una estampa —comentó Janet a la mañana siguiente, cuando Gray entró en la cocina bostezando.

—Anna tuvo una pesadilla anoche —explicó él, frotándose la mandíbula sin afeitar—. Me la llevé a mi habitación, y no pude volver a dormirme.

—Es la primera pesadilla que Anna ha tenido en mucho tiempo —señaló ella—. Sabes cuál es la causa, ¿verdad?

—Supongo que echa de menos a Holly.

—Eso es evidente —dijo, y bajó la voz—. ¿Dónde están los niños ahora?

—Aún vistiéndose. Se han quedado dormidos. ¿Por qué?

—Tengo algo que decirte. Desgraciadamente, he tenido que esperar a que Holly se marchara, porque temía que no quisieras escucharme.

Janet lo estudió atentamente, y asintió.

—Te encuentras mal, ¿verdad? No duermes, estás deprimido… Te has dado cuenta de que has cometido un gran error al dejar marchar a Holly.

Él iba a negarlo, pero ¿qué sentido tenía?

—Tenía que hacerlo.

—Perdona que te lo diga, pero eso es basura. A esa maravillosa joven le encantaba vivir aquí, y era perfecta para Jabiru en todos los sentidos. Si crees que se parece a tu anterior esposa, no te has dado cuenta de nada —aseguró—. Y lo más terrible es que ella te ama, Gray. Debes saber que está loca por ti. Nos quiere mucho a todos. Y ama este lugar. Pero hasta un ciego vería lo que siente por ti.

Gray sintió que todo le daba vueltas.

—Pero su carrera…

—¿Crees que le importaría su carrera si pudiera quedarse aquí contigo?

Gray apoyó la taza en la mesa, temiendo que se le cayera de sus manos temblorosas.

—¿He sido un cobarde, Janet?

—Cielo santo, no. Eres humano, y comprendo tu temor de que te hagan daño de nuevo.

—Pero con Holly no tengo miedo. Es su felicidad lo que me preocupa.

—Entonces, deberías dejar de preocuparte y ponerle remedio. Si permites que Holly regrese a Estados Unidos, nunca te lo perdonaré.

—Pero ella ya está en camino.

Janet negó con la cabeza.

—Reservó dos noches en Sídney. Quería ver un poco más de Australia antes de marcharse.

—Entonces, sólo le queda una noche aquí. ¿Cómo voy a llegar a Sídney antes de esta noche?

Janet sonrió y le dio un suave golpe en la mejilla.

—Querer es poder.

Sídney era una ciudad muy bonita. Holly se despertó con un soleado día de invierno, y decidió aprovecharlo haciendo turismo por la bahía, viendo su famoso puente y la Casa de la Opera.

Intentó divertirse, pero no era fácil, dado que no sentía nada. Aquella escala en Sídney no tenía nada que ver con la anterior, con Gray y los niños, recién llegados a Australia, todos ilusionados con su nueva aventura. Le parecía que había sido hacía años. ¡Y sólo había pasado un mes!

Por la noche, se obligó a salir de nuevo. Se había comprado unos elegantes zapatos de tacón para acompañar al vestido rojo. ¿Por qué desperdiciarlos?

Acudió a una obra de teatro, donde dio rienda suelta a sus lágrimas en el tercer acto, llamando la atención de todo el mundo. Luego, se arregló el maquillaje en el tocador y cenó en un pequeño restaurante. Normalmente, el suflé de chocolate la alegraba, por más triste que estuviera.

Pero no esa noche.

Gray recorrió una vez más el pasillo al que daba la habitación de Holly, con el estómago encogido de nervios. Eran más de las once de la noche y ella no había regresado. ¿Cuánto más podía esperar antes de que algún empleado del hotel le tildara de acosador?

Todo había ido como la seda hasta entonces. Por la mañana, había telefoneado a un amigo piloto quien, afortunadamente, había podido cambiar su turno para llevarle a tiempo a Sídney. Y Janet le había dicho dónde se hospedaba Holly.

Pero ella había decidido aprovechar la noche, por lo que parecía.

Le había dejado mensajes por teléfono, pero si ella regresaba muy tarde, seguramente no los comprobaría.

Se tocó el bolsillo de la chaqueta y sintió el pequeño sobre rectangular. Se puso aún más nervioso. ¿Podría hacerlo? Esa vez sí que tenía mucho que perder.

Y también mucho que ganar.

Sacó el sobre con mano temblorosa. Era pequeño, con pocas palabras.

Conforme se arrodillaba frente a la puerta, le asaltaron los recuerdos de la otra vez que había intentado algo tan desesperado, rogando a su madre que no abandonara Jabiru. Entonces era un niño con el corazón roto, temblando de esperanza mientras pasaba la nota por debajo de la puerta.

¿Estaba loco por intentar de nuevo algo así?

Tras el café y el postre, Holly regresó a su hotel. Se sentía más sola que nunca. Las calles estaban llenas de parejas que reían, se besaban, paseaban juntas…

Agradeció llegar al hotel. Pasó rápidamente por la recepción, compuesta pero sin novio, y subió a su habitación.

Al salir del ascensor, vio su imagen reflejada en un espejo. El vestido le quedaba mejor que nunca: en la última semana había adelgazado, lo que le daba un aire de heroína trágica.

«No tiene gracia», se reprendió.

Llegó a su habitación y abrió la puerta. Menuda última noche en Australia.

Capítulo 12

Había un sobre blanco en el suelo, junto a la puerta. Holly lo vio, debía de ser una factura del hotel y estaba demasiado triste para preocuparse por eso. Pasó por encima, diciéndose que se encargaría de ello por la mañana.

Se metió en el lujoso cuarto de baño, con su enorme bañera. Un baño caliente le ayudaría a dormir. Abrió el grifo y echó sales con olor a jazmín y rosas.

De pronto, recordó algo del pequeño sobre. Tal vez debería mirarlo de nuevo.

Dejando el agua correr, regresó al vestíbulo de su habitación. Su nombre estaba escrito a mano en el sobre con una caligrafía torpe. Lo recogió con el corazón disparado.

«Tranquilízate».

No era una factura del hotel, sino lo último que habría esperado encontrarse. Le temblaban tanto las piernas que tuvo que apoyarse en la pared antes de leerlo. Era un mensaje muy sencillo:

Por favor, quédate. Te amo. G.

Tuvo que taparse la boca para no gritar. Se le nubló la visión, y el corazón se le aceleró. ¿Cómo había llegado allí esa nota? ¿Dónde estaba Gray?

De pronto, oyó un goteo. «Maldición». El agua estaba rebosando la bañera.

Corrió a cerrar el grifo, justo cuando sonaba el teléfono de su habitación.

—Lo siento, caballero. Todavía no responde nadie en la habitación 1910.

Gray le dio las gracias y se retiró a una esquina del vestíbulo del hotel. No sabía cuánto más podría estar allí.

Casi era medianoche. Había salido un par de veces a dar un paseo, pero al regresar siempre había llamado a la habitación.

¿Dónde estaba Holly? Empezaba a perder la esperanza.

—¿Señor Kidman?

Gray se volvió y vio a uno de los empleados del hotel.

—Sí, soy yo.

—La señorita O'Mara ha regresado. Ha llamado a Recepción y ha dejado un mensaje para usted —informó, tendiéndole un papel doblado.

Gray lo abrió y quiso morirse. Era una nota manuscrita, y no entendía la caligrafía.

El empleado estaba alejándose, así que corrió tras él.

—Disculpe.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero? —preguntó el hombre, girándose.

Gray se ruborizó y sintió un nudo en la garganta. En el pasado, no se habría sometido a esa vergüenza, se habría rendido antes de exponer su incompetencia.

En aquella ocasión, le tendió la nota con mano temblorosa.

—¿Podría decirme lo que pone?

El empleado disimuló su sorpresa con profesionalidad.

—Por supuesto. Le pido disculpas por mi mala letra —dijo, y carraspeó—. La nota dice: Perdona por no haber estado cuando llamaste. Ya he vuelto a mi habitación. Sube, por favor.

Holly estaba esperando junto a la puerta, y la abrió a la primera llamada.

Gray, con un traje oscuro y corbata, estaba más atractivo que nunca. Quiso lanzarse en sus brazos, entusiasmada desde que había leído la nota. Pero no se movió. ¿Y si su ilusión le había hecho malinterpretar el mensaje? Aunque, ¿qué se podría malinterpretar de esa nota? Aun así, no podía arriesgarse a dar nada por hecho.

—Sé que es tarde —se disculpó él—. Pero tenía que verte.

—He ido al teatro —explicó ella, intentando sonar tranquila a pesar de los nervios.

—¿Qué tal ha estado?

Él parecía igual de nervioso, probablemente porque le había visto lo hinchados que tenía los ojos y la nariz de tanto llorar.

—La obra ha sido magnífica —aseguró ella, y se frotó el rostro—. Disculpa mi aspecto. Estoy bien. Comportándome como una chica, como dirían mis hermanos.

—¿Puedo entrar, Holly?

—Claro, perdona.

Entre emocionada y temerosa, le invitó a entrar en el pasillo que daba a su habitación, dominada por una enorme cama de matrimonio. Aparte, sólo había una silla, una butaca en una esquina.

—Siéntate ahí —le indicó—. Yo lo haré en la cama.

—Preferiría no sentarme —dijo él, con los ojos brillantes—. ¿Has leído mi nota?

—Sí. Ha sido una gran sorpresa.

—Pocas palabras, menos riesgo de cometer faltas de ortografía.

—Me ha parecido muy valiente por tu parte —dijo ella, sabiendo lo que debía de haberle costado repetir una acción que le suponía tantos recuerdos tristes.

Él negó con la cabeza.

—No debería haberla dejado tan tarde. Debería habértelo dicho antes de que te marcharas.

Él la tomó de las manos. A Holly se le encendió el cuerpo entero.

—Tal vez yo debería haberte dicho que no quería marcharme.

Gray sonrió.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Dejar Jabiru Creek ha sido lo más duro que he hecho en la vida.

—Me preocupaba tanto que te sintieras atrapada allí… Después de lo que ocurrió con mi madre, y con Chelsea, no quería fallarte a ti también —dijo él, y le apretó las manos suavemente—. Pero me has enseñado algo muy importante: a dejar los fracasos del pasado en el pasado.

Clavó la vista en sus manos, mientras las acariciaba.

—Me engañaba a mí mismo cuando dije que los mellizos se las arreglarían sin ti —confesó, sonriendo tímidamente—. Lo hemos intentado. Hemos jugado a las marionetas, leído cuentos y encendido hogueras junto al río. Pero nada de eso es divertido sin ti.

A Holly le invadió un enorme alivio.

—Y yo te he echado tanto de menos… —añadió él, acariciándole la mejilla con un dedo.

Ella se estremeció de felicidad.

Gray sonrió, y luego se puso serio de nuevo.

—Tenemos que hablar de ese empleo tuyo. Sé lo mucho que tu carrera significa para ti, y…

Holly le interrumpió negando con la cabeza.

—El empleo es sólo eso, un trabajo. Cuando lo solicité, había al menos otros sesenta candidatos. Cualquiera de ellos puede quedárselo —dijo ella, sonriendo ampliamente—. Soy una chica de campo de Vermont, recuerda. Me encanta tu outback y, aún mejor, crecí en una familia formada de la mezcla de otras anteriores, ¿recuerdas?

—Lo había olvidado.

—El único empleo que deseo es el que he dejado atrás en Jabiru.

Gray rio, y le dio el beso más dulce, experto y apasionado de su vida.

—Aún hay algo muy importante que no te he dicho —comentó él, terminado el beso, tomándola de las manos de nuevo—. Ahora, gracias a ti, puedo estudiar, adquirir habilidades nuevas y cambiar de

trabajo.

—¿Y por qué ibas a querer cambiar de trabajo?

—Lo haría si tú me lo pidieras —respondió él, besándole las manos—. Si quieres vivir en Nueva York, puedo formarme para ser bombero, o lo que sea.

—Un bombero de Nueva York, qué opción tan interesante…

Holly supo entonces que todo iría bien entre ellos. Verlo tan dispuesto a abandonar la seguridad de su rancho por ella, era una señal de amor mucho más auténtica que las palabras.

—Te amo tal cual eres —le aseguró—. Pero me siento muy honrada de que estuvieras dispuesto a cambiar de vida por mí.

—Quiero que estemos juntos mucho tiempo.

—En eso sí que coincidimos —dijo ella con una sonrisa, y lo besó suavemente—. Soy una chica de gustos sencillos. Esto es lo que me hace feliz.

Esa vez, el beso fue aún más espectacular que el anterior. Al terminar, Gray la subió en brazos y silbó sorprendido.

—Lo sé, peso mucho. Lo siento —se disculpó ella.

Él rio.

—No es eso. Acabo de ver tus preciosos zapatos nuevos —dijo, y le susurró al oído—. Aunque me encantas con deportivas. Tal vez te pida que las lleves en nuestra boda. ¿Qué me dices?

Holly sonrió, flotando de felicidad.

—Si nos casamos en tu hermoso desfiladero, tal vez las necesite.

—Me parece un buen plan —afirmó él, sonriendo.

—Un plan perfecto —secundó ella.

Fin